



¿Yo soy así?

FRANCISCO UMBRAI

Angel-Antonio Herrera



Autor de casi un centenar de libros e incontables artículos, cronista por excelencia y columnista de mano maestra, Francisco Umbral es, hoy, nombre primerísimo en nuestras letras contemporáneas y original figura en la vida social española.

Provocador y polémico, calumniado unas veces y ensalzado muchas otras, pero siempre seguido en su ya larga carrera de excepcionalidad, Francisco Umbral resulta inmejorable ejemplo de esos pocos casos que a nadie dejan indiferente.

Aquí se dan cita, por primera vez, el Umbral hombre y el Umbral escritor, dos caras de una sola existencia que no acaba de separar literatura y vida, sin duda porque jamás las ha entendido como cosa distinta. No «un» escritor, pues, sino «el» escritor; eso es Umbral, y eso es este libro.

Un libro que, huyendo en lo posible de la biografía al uso, arrasa con el género y da unas páginas cruzadas de diálogo, ricas de intimidad y vivas de confesión donde todo tiene el rigor del atrevimiento.



Ángel-Antonio Herrera

Francisco Umbral

ePub r1.0
Titivillus 14.02.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Francisco Umbral*
Ángel-Antonio Herrera, 1991
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Umbral miente

Le conocí, años ha, en la vana provincia de mis primeros versos, novias y demás desastres, a donde hube de arrastrarle previo pago de su importe, naturalmente, con la coartada de una conferencia. Una pela, pasta o pastizara municipal que yo había chuleado a fondo, en los despachos correspondientes, que para eso están. Durante aquel encuentro, hablé mucho con Umbral de política, de escritura, de drogas, de mujeres, y con todo ello hice larga entrevista, que se publicó en cuidada revista literaria, un lujo a pesar del cual logré cobrarme aquellos diez o doce folios conversacionales.

—Que lo mismo hasta escribes demasiado, Umbral.

—Y qué.

—Pues que lo mismo hasta cansas a los más fieles.

—*Yo siempre tuve muy claro que al lector hay que envenenarle. Ése es mi credo de escritor.*

Uno, entonces, estaba un poco o un mucho envenenado de Umbral, le leía sin prisa, unas veces, y otras me bebía de golpe su prosa de espesor y sorpresa, tanto en libro, donde es incurable de invención, como en periódico, donde mata marquesas, bendice rojos o apedrea puristas, sin nunca descuidar un alto estilo adjetival, ensortijado de greguería y sinuoso de sintaxis, que es en él facultad del alma.

A mí, entonces, me tenía un poco o un mucho hechizado su estatura literaria, de la misma manera que luego, a pesar de la complicidad o la camaradería en el trato, no deja de aturdir su mucha estatura física, exotismo ibérico que él mismo aún más acentúa con una melena antimoda, una voz de umbría hondura y esa tristeza «propia de los casi gigantes», como seguro también él escribiría.

Luego, ya en Madrid, huido yo, al fin, de la provincia, he frecuentado a Umbral por rachas, a propósito de viajes, fiestas y otros desmanes, he puesto tesón en algunos mutuos proyectos periodisticoliterarios, que han salido o no han salido, eso según clemencias de la vida, que es una inclemente, y hasta sospecho hemos compartido más de una joven novia rubia. Pero, sobre todo, me he seguido tomando, cada mañana, su dosis o sobredosis de malicioso cronista o columnista, primero en *El País*, después en *Diario 16*, y hoy mismo en *El Mundo*, a más de hacerle hueco, entre otras lecturas, al generoso y siempre desconcertante goteo de sus memorias, novelas y demás osadías de inclasificable género, entre el lirismo y el autobiografismo.

Umbral es que no se cansa.

—Que dicen algunos, Umbral, que lo mismo escribes de más y que te falta el gran libro.

—*Eso lo dicen los que no me han leído.*

Umbral es que tampoco se corta. Y ésta es una de sus grandezas. Si es verdad que, difícilmente, puede encontrarse a alguien, hoy, que despierte, a la vez, tantos odios como aprecio (y ambos males con la misma desmedida intensidad) no es menos cierto que difícilmente puede hallarse a alguien, hoy, que viva más en escritor, rehén, día y noche, de ese desapasionado apasionamiento que es, al cabo, la vocación literaria. Una figura como la suya, tan enfática en lo personal y lo profesional, y en caso de que en él la vida y la escritura fueran cosa distinta, que no lo son, exige devotos, más que lectores, admiradores o simpatizantes. Hechizados. Umbral, para bien o para mal, envenena, qué duda cabe. Y el primer envenenado es él mismo.

En todo ello hay un largo cultivo de imagen, que ha sostenido contra tempestades de moda, en proa de su individualidad, y hay un inacabable espartanismo o sonambulismo de trabajador que cree en el ahínco diario, como desesperada manera de estar —o de no estar— en el mundo.

La bufanda, que ya casi no usa roja, en beneficio de la blanca, el abrigo largo, que últimamente ya no lo luce negro Pierre Cardin, sino agrisado de delicada espiga, y la boutade a punto, que siempre le queda entre encanallada y lírica. He aquí el trípode

donde ha venido sustentándose su presencia de convidado, nunca de piedra, a toda última fiesta, couché o cirio televisivo.

La metáfora, que le queda llameante de hallazgo, la sintaxis, que es en él sierpe de barroquismo, y el adjetivo, que le hace la prosa un poco escultura o arquitectura. He aquí el trípode estilístico donde ha venido levantando su colosalismo de autor antigénero, copioso de producción y deslumbrante de párrafo.

—Que dicen esos mismos que no te leen, Umbral, que te repites.

—*Y qué más da, si me repitiera. Yo estoy, con Pavese, en que hay que ser brillantemente monocorde.*

Umbral es brillantemente monocorde y prueba a ser sublime sin interrupción, según quería Baudelaire, que éste sí que es no sólo referencia literaria de Don Francisco, tan proclive a la cita, sino espejo de modernidad donde nuestro prosista se mira a menudo, a ver si coinciden en mundo, maldades, manías y hasta en el pelo teñido en verde, que lo mismo también Umbral acaba coloreándose, algún día, como el poeta, al menos para aliviarse de su media calvicie, que yo creo le jode un rato.

Pero por debajo de su pose y su obra, que no son minucia, por debajo o por encima del escritor o el personaje, que son quilate, hay el Umbral hombre, un ser de ternuras y convalecencia al que sólo se llega, cuando se llega, después de sortearle su severidad de oficio, su verbo en filo e incluso esos días intratables en los que no está ni para sí mismo. Es difícil, como se entenderá, afinar su semblanza íntima, entre otras cosas porque en eso todos somos el desconocido más cercano y Umbral, tan aquejado de heterodoxias, ni así sale librado del tópico. A Umbral, en tales lides, habría que definirle por contraste. O sea, en oposición a ese otro Umbral social, popular, y hasta un punto escandaloso que yo, él, y cualquiera, más y mejor conocemos.

En La Dacha, verdes adentros de Majadahonda, donde hoy reside, parece, en efecto, hastiado de fastos y famas, desde luego desdeñoso de admiraciones, y un poco harto de lucir en bufanda e insolencia, por ese Madrid revuelto de actrices, eruditos, putas, banqueros, archicondesas y demás flora y faunas urbanas, que él tanto ha reinventado, glosado e incluso prestigiado. Puede que en este exilio, una voluntaria retirada del siglo, como él matiza, haya algo de última impostura umbraliana, pero lo cierto es que viéndole solo, de brujuleo por su chalé, entre gatos y magnolios, se diría que le apetece más —o únicamente— el contemplar su pared de yedra, ebria de cielos, que atender al teléfono, tan transitado de voces célebres. Más, mucho más, dedicarle cuatro endecasílabos a una fugaz niña rubia, de patín sobre el verano, que confirmar su asistencia a magna cena, entre un embajador y una redama de Serrano.

Se diría, con un whisky de intimidación por medio, en su propio jardín, que, al fin, estamos ante el Umbral que habla o calla para sí mismo, y no frente a aquel a quien todos y todas se acercan exigiéndole un rebrote de cinismo, un regate de ironía o una certera pedrada verbal, sobre la frente de los convencionalismos^A osadías que, por otra parte, le apasionan.

Exigiéndole que sea Francisco Umbral, que es a lo que él se ha condenado, condenándonos a todos, de paso.

—Así, entre nosotros, y te juro que no lo escribo, ¿a ti no te cansa ejercer de Umbral?

—*A veces sí, pero me aburro rápidamente y vuelvo al juego.*

—En el fondo eres un tímido incurable.

—*En el fondo. Pero yo entendí muy pronto que con la timidez hay que hacer algo. El quedarse quieto es de imbéciles.*

Pensando cómo hacer o no hacer este libro —a la hora de escribir ya no hay que pensar nada, eso que lo haga la prosa— uno ya sabía que iba a encontrarse con una gran dificultad primera, esto es, el poderoso autobiografismo de Umbral, en sus libros, dificultad aún más acrecentada por cuanto se tiene contado a sí mismo con mano maestra. Mal principio, pues, para quien pretende adentrarse por el bosque de una vida

donde ya todo, o casi todo, ha sido visto, aunque, eso sí, bajo la luz alucinógena de la literatura.

De modo que a uno, en la gesta, sólo le quedaba recurrir al propio Umbral hombre, a ver cuánto hay o no hay de verdad en sus páginas o, más bien, cómo la verdad de la vida, de su vida, pasa a ser la verdad de la creación, de su creación, que es aún mucho más importante y apasionante.

Lo que pasa es que Umbral más que dar información sobre su vida prefiere dar la imaginación de su vida, vigentando, de paso, aquello de que las cosas no son como son sino como las recordamos, según dictara Valle-Inclán.

Así el asunto, no he llegado sino a lo que me tenía sospechado, desde un principio, y que, desde luego, prefiero: a) que Umbral, en rigor, no es biografiable, b) que la verdad de su vida es lo que ha escrito y no lo que ha vivido, c) que Umbral miente y d) que uno mismo, en consecuencia, no tiene por qué hacer distingo entre la persona y el escritor, ya que son la misma cosa.

Contra otros casos, más o menos ilustres, donde desde la obra se puede bajar a la vida, o al contrario, en Umbral se da una afinada fusión vida/obra, una simbiosis vivencia/texto que le torna irreductible, irritantemente irreductible. No vive para la literatura, sino que vive en la literatura, y eso no es sólo ser *un* escritor sino ser *el* escritor.

Le conocí, años ha, en la honda provincia, ya digo, allí le arrastré, pagando con dinero de otros, hace ya siete, quizá ocho años, cuando ya uno había decidido ciegamente vivir de la fenicia Olivetti, y él ya llevaba toda una vida domesticando teclados, tecleando sobre las vértebras del lenguaje, tejiendo y destejiendo palabras en ese telar que es el alfabeto y, además, cobrando sus metáforas a precio de bordado en oro. Umbral ya había cumplido, obviamente, sus modestos presupuestos juveniles, como él recuerda a veces, de manera nada venial. O sea, que sí, que colonizaba y recolonizaba, cada mañana, el país, desde la puntualidad del columnismo, que nadie era alguien, del todo, hasta que Umbral le prestigiaba en negrita, que cerraba memorias, novelas, y más memorias inagotablemente, desconcertantemente, y todo se publicaba y publicitaba rápido, aquí y allá, en un milagro de opulencia creadora cuyo secreto no reside sino en un ascetismo o espartanismo de laboriosidad que le hace a Umbral monje golfo en los claustros de la escritura, cada mañana. Pero además, y a un tiempo, le sitiaban mozañones ultras, por madrileñas esquinas de premeditación, se le encampanaban feministas, por artículos condenatorios y tapias de su propia casa, donde le maldecían, a ráfaga de spray, le requerían las marquesas, por sentar un rojo a sus mesas, y le convidaban asimismo pasotillas de porro y minifalda, por tener a un colega en sus orgías y demás libertades, todo lo cual, abreviando, no confirmaba sino que Umbral, Francisco Umbral, Pacumbral, el escritor, el estilista, había calado, además, como persona, en el muy vario y revuelto tejido social.

Cuando le conocí, ya se había curado de la droga del éxito, y firmaba, casi en desgana, servilletas a líricas adolescentes, que se le acercaban, por los bares, en locuaz bandada, como al abordaje de un actor o un rockero, de gira por el sitio.

—Que si por favor nos firma aquí, señor Umbral, que usted sí que ha triunfado, como intelectual y como hombre.

—*Yo sólo habré triunfado, mujer, si tú me amas.*

Hice, de todo aquel encuentro, larga entrevista, ya lo dije, después de haber aprendido, por Umbral mismo, que la entrevista se roba, traición que he ejercido mucho luego, por Madrid, con él y con más gentes. No otra cosa pretende, hoy, este libro, como toda obra que se precie: un hurto a la vida, un botín de tiempo, un robo a mano armada de olivetti, con Francisco Umbral de fondo, que es nuestro tema.

El mismo *Umbral*, que sabe todo de la osadía del escribir, me lo confirmó de nuevo, cuando le llamé a propósito de comenzar estas páginas más o menos biográficas:

—*Y vas a escribir a tu aire, claro, para no perderte en los datos.*

—Yo preferiría, Umbral, que nos viéramos unos días, por charlar, una vez más, si no te importa.

—*Eso allá tú, Herrera. Te contaré unas mentiras distintas.*

Madrid, julio 1991

Ángel-Antonio Herrera

DATOS PARA UNA BIOGRAFÍA

Curriculum vitae

1935 (11 de mayo). Nace en la Ribera de Curtidores, en el madrileño barrio de Lavapiés. En la iglesia de La Palma recibe el bautismo, justo en la misma pila donde tuvo lugar el de Mariano José de Larra.

1936. Se traslada, con su familia, a Valladolid.

1937-1939. Durante estos años vive por tierras de León y de Palencia.

1940. De nuevo en Valladolid, sus padres establecen su residencia en la plaza de San Miguel número 11. Francisco Umbral ingresa en el colegio.

1945. Se matricula en la academia Hidalgo, en un cursillo de verano para aprender mecanografía. Su madre, Ana Pérez, empleada del Ayuntamiento, le inicia en sus primeras lecturas literarias.

1946. Abandona el colegio e ingresa en la Escuela de Artes y Oficios.

1950. Tras unas oposiciones, entra como botones en la plantilla de la sucursal del Banco Central en Valladolid. Ese mismo año contrae la tuberculosis.

1952. Fallece su padre, Francisco Umbral.

1954. A los cuarenta y cuatro años, a causa de una afección pulmonar, muere su madre.

1955. Alegando una falsa dolencia cardíaca, consigue la exención del servicio militar.

1956. Publica sus primeros trabajos en las revistas literarias y universitarias de Oviedo y de Valladolid. Se estrena en *Arco* con un artículo titulado «La mañana».

1957. Logra pasar a la prensa diaria. Empieza a publicar en el suplemento «Las artes y las letras» del periódico *El Norte de Castilla*, de Valladolid. Paralelamente, escribe poemas y narraciones cortas.

1958. Compatibiliza sus tareas en *El Norte de Castilla* con crónicas de diversa índole en el *Diario Proa*, de León, y comienza sus primeras crónicas radiofónicas para *La voz de León*.

1960. Colabora, de manera asidua, en el *Diario de León*. Coloca en este periódico su primera serie de crónicas y artículos, que lleva por título genérico «La ciudad y los días».

1961. Se traslada, previo homenaje en Valladolid, a la capital de España. Reside en pensiones de los barrios de Salamanca, Argüelles y Gran Vía y alquila, pocos meses después de su llegada, un apartamento en la calle General Oráa.

1961. Presentado por José Hierro, debuta en Madrid con una lectura de cuentos en el Aula Pequeña del Ateneo. Continúa enviando artículos, impresiones, entrevistas y reportajes al suplemento dominical de *El Norte de Castilla*.

1961-1965. Durante estos años colabora en *La estafeta literaria*, en *Mundo hispánico*, en *Vida mundial*, en *Arbor* y en *Poesía española*, revista esta última dirigida por José García Nieto.

1964. Se le otorga el Premio Nacional de cuentos Gabriel Miró.

1965. La editorial Alfaguara, dirigida entonces por Camilo José Cela, le publica *Larra, anatomía de un dandy* (libro de ensayo) y *Tamouré* (compendio de cuentos).

1965. Contrae nupcias con la fotógrafa María España.

1965. Establece su domicilio en la madrileña Avenida de Valladolid.

1966. Publica *Travesía de Madrid* (novela).

1966. Publica *Balada de gamberros* (novela corta).

1967. Se muda a la calle Félix Boix.

1968. Publica *Lorca, poeta maldito* (ensayo).

1968. Publica *Valle-Inclán* (ensayo).

1968. Nace su primer y único hijo, Francisco.

1969. Entra a trabajar en Colpisa, agencia de venta de colaboraciones coordinada por Manuel Leguineche. Escribe una crónica diaria que se distribuye a todos los periódicos asociados a la cadena (*El correo español*, *El diario vasco*, *Diario de Burgos*, *Diario de*

Cádiz, *Diario de Navarra*, *El Norte de Castilla*, *Heraldo de Aragón*, *Las provincias*, *La voz de Galicia* y *Diario de Mallorca*, entre otros).

1969. Publica *Si hubiéramos sabido que el amor era eso* (novela).

1969. Publica *Lord Byron* (biografía).

1970. Publica *Las europeas* (novela).

1970. Publica *El Gioconda* (novela), en la editorial Planeta.

1971. Publica *Miguel Delibes* (ensayo).

1971. Publica *Lola Flores, sociología de la petenera* (biografía).

1972. Vuelve de nuevo a la novela. Publica *Amar en Madrid* (recopilación de artículos).

1972. Publica *Memorias de un niño de derechas* (novela).

1972. Publica *Los males sagrados* (novela).

1973. Publica *Carta abierta a una chica progre* (novela del género epistolar).

1973. Publica *Spleen en Madrid* (recopilación de artículos).

1973. Fallece su hijo.

1974. Publica *Crónicas antiparlamentarias* (recopilación de artículos).

1974. Publica *Museo nacional del mal gusto* (recopilación de artículos).

1974. Publica *Diario de un snob* (recopilación de artículos).

1974. Publica *Las españolas* (ensayo).

1975. Comienza a colaborar de manera asidua en *La Vanguardia*.

1975. Publica *Mortal y rosa* (novela).

1975. La Sociedad General de Autores le concede el premio Carlos Arniches.

1975. Se le concede el premio Nadal por la novela *Las ninfas*.

1975. Publica *Diario de un español cansado* (recopilación de artículos).

1975. Publica *Cabecitas locas, boquitas pintadas y corazones solitarios* (también recopilación de artículos).

1975. Publica *Suspiros de España* (recopilación de artículos).

1975. Publica *La guapa gente de derechas* (recopilación de artículos).

1976. Abandona *La Vanguardia*, de Barcelona, y se pasa a *El País*, rotativo madrileño en el que escribirá durante más de diez años. Compatibiliza estas colaboraciones (que luego recopilará en varios libros) con otras similares en los semanarios *Interviú*, *Vida mundial*, *Destino*, *Triunfo*, *Por favor*, *Hermano lobo*, etcétera.

1976. Publica *Retrato de un joven malvado* (novela).

1976. Publica *Las cartas* (recopilación de artículos).

1976. Publica *Crónicas postfranquistas* (recopilación de artículos).

1976. Publica *España de parte a parte* (recopilación de artículos).

1976. Publica *Iba a comprar yo el pan* (recopilación de artículos).

1976. Publica *Los políticos* (recopilación de artículos).

1976. Publica *Mis mujeres* (también recopilación de artículos).

1976. Publica *Mis paraísos artificiales* (recopilación de artículos).

1977. Publica *La prosa y otra cosa* (recopilación de artículos).

1977. Publica *Diccionario para pobres* (de género obvio).

1977. Publica *La noche que llegué al Café Gijón* (memorias).

1977. Publica *Las jais* (recopilación de artículos).

1977. Publica *Teoría de Lola* (compendio o recopilación de cuentos).

1977. Publica *Tratado de perversiones* (ensayo).

1978. Publica *Ramón y las vanguardias* (ensayo).

1978. Publica *Diario de un snob-2* (recopilación de artículos).

1979. Con el aparente objeto de pasar los fines de semana y algunas temporadas, adquiere un chalé adosado en el pueblo-zona residencial de Las Rozas, a las afueras de Madrid.

1979. Publica *Diario de un escritor burgués* (diario).

1979. Publica *Los amores diurnos* (novela).

1980. Traslada su residencia a la calle Juan Ramón Jiménez.

1980. Publica *Los helechos arborescentes* (novela).

1980. Publica *la sombra de las muchachas rojas* (novela).

1980. Publica *Teoría de Madrid* (recopilación de artículos).

1980. Se le otorga el premio César González-Ruano, uno de los más prestigiosos en el mundo del periodismo, por el artículo «El trienio», aparecido unos meses antes en el diario *El País*.

1981. Publica *Spleen, cuaderno madrileño* (recopilación de artículos).

1981. Publica *Los ángeles custodios* (recopilación de artículos).

1981. Publica *La bestia rosa* (novela).

1982. Publica *Las ánimas del purgatorio* (novela).

1982. Publica *Spleen de Madrid-2* (recopilación de artículos).

1982. Publica *Las giganteas* (novela).

1982. Publica *El hijo de Greta Garbo* (novela).

1983. Publica *Diccionario Cheli*, del mismo género que *Diccionario para pobres*.

1984. Publica *España como invento* (recopilación de artículos).

1984. Publica *Trilogía de Madrid* (memorias).

1985. Publica *La fábula del falo* (ensayo de corte erótico).

1985. Su novela *Pío XII, la escolta mora y un general sin un ojo*, basada en su infancia, queda finalista en el premio Planeta.

1985. Publica *Mis queridos monstruos* (recopilación de entrevistas).

1985. Publica *La belleza convulsa* (novela).

1985. Decide establecer su domicilio definitivo en un chalé, que bautiza La Dacha, situado en una zona residencial del pueblo madrileño de Majadahonda. Deja su casa de la calle Juan Ramón Jiménez.

1986. Publica *Memorias de un hijo del siglo* (recopilación de artículos).

1986. Publica *El fetichismo* (ensayo de corte erótico).

1986. Publica *Guía de pecadores* (libro de personajes).

1987. Publica *Guía de la postmodernidad*, libro de ensayo y uno de los primeros títulos aparecidos en la colección «El papagayo». La edición se presenta con ilustraciones de Ceesepe.

1987. Retorna, una vez más, a la novela. Publica *Sinfonía borbónica*.

1988. Tras haber abandonado *El País*, pasa a *Diario 16*, entonces dirigido por Pedro J. Ramírez, periódico también madrileño en el que escribirá, durante poco menos de un año, una crónica diaria: «Diario con guantes».

1988. Publica *Nada en domingo* (novela).

1988. Publica *El día en que violé a Alma Mahler* (novela).

1989. Publica *El fulgor de África* (novela).

1989. Publica *Guía irracional de España* (recopilación de artículos).

1989. Unos meses después de su marcha de *Diario 16*, Pedro J. Ramírez le ficha de nuevo para el periódico madrileño *El Mundo*, en donde, además de su crónica diaria y de sus «Diálogos» en el magazine semanal del rotativo, escribe reportajes, entrevistas y crítica literaria y teatral. Compatibiliza este trabajo con sus colaboraciones en *Interviú*, *Jano*, *Penthouse* y otras revistas en las que ya firmaba.

1989. Publica *La escritura perpetua* (ensayo).

1990. Publica *Y Tierno Galván ascendió a los cielos* (novela).

1990. Se le designa candidato, junto a José Luis San Pedro, para ocupar el sillón «F» de la Real Academia de la Lengua.

1990. Recoge el premio Mariano de Cavia, otorgado por la editora Prensa Española, por su artículo «Martín Descalzo», aparecido en *El Mundo*.

1991. Publica *Leyenda del César Visionario* (novela).

1991. Publica *Crónica de esa guapa gente*, unas memorias de la *jet* que mueven escándalo en el mundo socio-cultural español.

1991. Actualmente ha concluido el libro *El socialfelipismo* y ultima *Los cuerpos gloriosos* (memorias eróticas).

DE LA VIDA Y LA PROSA

El hijo «golfo» de Greta Garbo

«La taquigrafía, sí, que mamá me enseñó pacientemente, durante algunos años, haciéndome poner *La Divina Comedia* en aquel lenguaje de palos y de curvas, jeroglífico pobre de las esfinges sin secreto que son las taquimecas, la taquigrafía, aquel dialecto, aquella lengua abreviada y sosa (tiene su pronunciación, incluso), era —entonces lo sentía, ahora lo sé— la manera de hablar un idioma misterioso entre nosotros, el dialecto madre/hijo, que se da siempre, que se reduce a esquematismos domésticos y tiernos, pero que ella, quizá por pudor intelectual, revestía de lenguaje técnico, de una posible utilidad futura que para mí pudiera tener aquella cosa.

Íbamos a los parques, en verano, y yo era el niño quieto que leía o, sentado con ella, iba escribiendo la taquigrafía, dibujando despacio el jeroglífico de nuestro amor, que ella hacía muy deprisa, y así quedaron hojas y más hojas, blocs enteros, con su taquigrafía o con la mía, fragmentos literarios, retazos de sus discursos (como muestra de perfección taquígrafa que yo debía imitar, aunque lo escrito no tuviera sentido para mí). Fueron, sí, nuestras cartas de amor, el lenguaje cifrado, al margen de la familia, en el que hablamos tantas cosas, *La Divina Comedia*, que yo tampoco entendía ni me gustaba, era el latín vulgar, el naciente italiano, la prosa callejera de Florencia, el verso, una textura de tipografía y tiempo, con sus notas menudas a pie de página, ese clima tupido de la literatura que iba a ser mi clima, el aire respirado de mi vida, y ella lo sabía o lo intuía.

Así me hizo escritor, sin que yo me diese cuenta, me llevó a recorrer, en aquel parque infantil de la ciudad, los círculos literarios del Infierno de Dante, los círculos con boj de los paseos del parque, con la taquigrafía, lengua muerta, como código adusto que de alguna manera, con sus palotes, corregía la ternura de nuestra comunicación madre/hijo».

Umbral y la madre. Umbral y su madre. Ella le hizo escritor, sin él saberlo, quizá sin saberlo ambos, allá en el alto Valladolid, provincia de tedio y plateresco donde Francisco, o Francesillo o Pescadito, por decirlo con algunos de sus nombres habituales en la bien mentida verdad de sus libros autobiográficos, pasó su infancia, adolescencia y primera juventud, llegado de Madrid, donde tuvo cuna. Ahí nació, adentros de la Ribera de Curtidores, barrio de Lavapiés, en 1935, cuando subía a los calendarios un 11 de mayo, fecha de nacimiento también compartida por Camilo José Cela y Salvador Dalí, un grato azar que Umbral, admirador de ambos, ha eternizado alguna vez, en boutade de greguería: «en el once de mayo sólo nacemos genios».

Sólo un año pasaría Umbral, entonces bebé Umbral, en la Villa y Corte, porque enseguida, con el estallar de la guerra, su familia hizo maleta y hato, cargó con el pequeño, y puso rumbo norte, hasta fijar residencia en Valladolid, no sin antes cumplir un nomadismo de dos o tres años por tierras de Palencia y León. Clase media venida a menos, con el padre en la cárcel y la madre empleada en el Ayuntamiento de la capital, Umbral, hijo único, vivirá una calle lacerante de fríos y una casa ajusticiada por la pobreza, en vecindad, no obstante, con otras casas de más rica holgura, viviendas todas de ganadores de la guerra, por cuyas altas puertas entran y salen, en algarabía, los chicos de uniforme blanco, como él mismo bautizará a los retoños del triunfo, en oposición a la desmañada y sombría desuniformidad del resto.

La provincia, pues, en confín de tránsitos, la severa provincia, con sus veranos en parque y sus inviernos de oscura estufa, iba a constituirse en espacio, clima o dominio de todos los aprendizajes o desaprendizajes de un niño que alternaba la lectura y el robo, primero, de un chaval que se mete a botones, por ganarse sus dineros, y secuestra ninfas, en barca, por el Pisuerga, después, y, finalmente, de un joven, más o menos malvado, inspirado de lirismo, asombroso de prosa y deslumbrante de pupila, en los folios de sus inicios, que acaba por entender que todo aquello es poco o nada, para su ciega vocación de suicida verbal, y se larga a Madrid, a meterse en el cogollo

del meollo del bollo y acribillar la ciudad entera, a poco que le dejen, con la ráfaga constante de una máquina de escribir que aún no tenía.

Umbral, en efecto, fue niño con la infancia repartida entre sus obligaciones de estudiante y sus devociones de vándalo. Entre interiores de colegio sombrío, muy de mañana, y atardeceres de callejeo canalla, que es cuando ejercía alegremente de golfo entre los mejores golfos del lugar. En cuanto a lo primero, niño Umbral no fue ni buen ni mal estudiante, entre otras cosas porque enseguida abandonó la disciplina escolar, como veremos, pero sí le puso aplicación a todas aquellas materias donde podía encararse con el placer del párrafo y el discurrir de la palabra, llevado ya, sin duda, por unas facultades literarias innatas. De números, o sea, ni idea. Ni esperanzas de llegar a tenerla.

—A menudo citas fragmentos aprendidos en la infancia. ¿Ya de niño leías como escritor?

—*Sí, porque había párrafos, especialmente de la Historia, la Geografía, incluso la Religión y, sobre todo, de la Literatura, que me los aprendía por su belleza. Lo mismo no tenían el menor interés, pero yo ya conocía el gusto por un buen párrafo. Claro que también me sabía y explicaba muy bien todo aquello de la pila de Volta, que no tiene ningún interés estético.*

—¿Ya entonces eras un gran memorizador?

—*Sin duda. Ahora la memoria ya me falla un poco, pero eso serán cosas de la edad.*

—¿Alguna primera lectura que te impactara especialmente?

—*La guerra carlista, de Valle-Inclán. Ése fue el primer libro que me asombró, de entre los que había en mi casa. Además, recuerdo mi época de tebeos, anterior a Valle, naturalmente, y otra posterior de mucho leer versos eróticos y sentimentales, que aún no entendía yo del todo.*

—¿Cuándo descubres a Gómez de la Serna?

—*Muy pronto. De adolescente, y desde entonces constituye una fuente inagotable para mí.*

—¿Y a Marcel Proust?

—*También por aquellos meses, junto a Juan Ramón Jiménez y a Antonio Machado. Proust me parece el mejor escritor de todos los tiempos, Juan Ramón me gusta más en prosa que en verso y Machada, la verdad, no me parece tan importante poeta como dicen.*

La Literatura, por supuesto, la Historia y la Religión, éstas fueron las materias que le hechizaban, escritor ya que, si bien no escribía nada, sí encontraba en la sonoridad de muchos párrafos, de algunas páginas, un gozo precocísimo, insaciable e inquietante. «Inmensos bosques de coníferas y helechos arborescentes cubrían los continentes, purificando la atmósfera de anhídrido carbónico»; por largas frases así, a saltos por su Enciclopedia Infantil, iba acuñándose el escritor, moldurándose un amanuense, afilándose, en fin, un futuro estilista, que además leía, y leía mucho, por consejo e insistencia de la madre, cuanto había por la casa, en la justa biblioteca, desde el Coyote a la Generación del 98, unas veces al pie de la negra estufa de diciembre, tan crudelísimo, por aquellos lares, y otras frente a alto ventanal de verano, desde donde el niño lector levantaba a ratos la cabeza, añorante de su pandilla de chicos salvajes, de su revuelta tribu de incívicos, que andaban sin él, ese día, por esquinas y traseras, curándose a pedradas un presente de criaturas pobres, ateridas y escasas de único abrigo.

—Debe ser duro nacer casi en plena guerra y vivir una infancia de postguerra.

—*Yo me enteraba, sobre todo, de que en mi casa había hambre y pobreza, de que en el colegio había lo mismo y de que en la calle había frío, mucho frío. Pero el niño, los niños, el niño que yo fui, es esencialmente alegre, y es feliz, dentro de aquella locura. Mis amigos y yo teníamos conciencia de que éramos niños pobres y, sin embargo, lo*

pasábamos muy bien. Jamás me sentí desolado.

—¿Tú eras rival de los niños ricos?

—*Yo era muy trepa, y ya un poco snob, y lo que quería era integrarme, o al menos alternar, en el mundo de los niños ricos, hijos de los ganadores de la guerra.*

—Pero tú eras un salvaje.

—*Un salvaje, sí, un perverso. Ten en cuenta que mi mundo era el de chicos de mis circunstancias y con ellos robaba, peleaba, y hacía todo tipo de golferías y delincuencias.*

—¿Debido o no debido a la injusticia social?

—*No creo que fuéramos conscientes de una injusticia social, tal y como lo entendería una persona adulta, pero llevábamos dentro una rabia y una furia alegre que nos llevaba a reaccionar, siempre, de manera violenta. Eramos unos auténticos cuatreros.*

—¿Marca mucho, en la vida, tener una infancia de pobreza?

—*La infancia, en la vida, marca siempre. Si es pobre, porque es pobre. Si es rica, porque es rica. En la infancia se diseña el hombre, el personaje que vas a ser, anodino o notable. La infancia es importantísima y condiciona poderosamente. La mía fue pobre, qué se le va a hacer, pero lo pasé divino. Y esto no puede decirlo mucha gente que yo conozco y que tuvo infancia rica.*

—¿Y marca la ausencia de hermanos?

—*Enormemente. A mí, en algunas entrevistas, me han preguntado: «¿Es usted hijo único?», y he respondido: «¿Es que no se me nota?». Porque estoy convencido de que el hijo único tiene una psicología especial. Sin duda. El hijo único tiene un afán de protagonismo tremendo. Si naces en una familia numerosa, donde uno saca mejores notas y otro liga más chavalas, pues te vas dando cuenta de que eres uno más, de que hay más gente en el mundo y de que tu destino es ser uno más, sencillamente algo más. En cambio, el hijo único va forjando un protagonismo, una conciencia de unicidad, de ser algo aparte y solo, que me parecen importantísimas. Yo he estudiado casos, en la Historia, que me han fascinado y luego he sabido que eran hijos únicos. Eso determina por completo.*

Umbral, niño Umbral, ya está aquí apuntado, era, aparte lector insólito, que memorizaba párrafos de intensidad literaria, aun sin pretenderlo, aparte todo esto, ya digo, monacato interior que fraguaba a un escritor, a la sombra materna. Umbral, Francesillo, era golfo de mucho oficio y maña. Lo mismo asaltaba a viejas redamas, en plena calle, en compañía o complicidad de sus cuatro amigos cuatreros, que hacía, él solo, estraperlo de pan blanco, botín que luego vendía a duro, en los portones de los mercados. Lo mismo hacía acopio de cobre robado, en la fábrica de electricidad de la ciudad, que dejaba a ésta sin un solo pomo de puerta, reclamo de oro falso o plata apócrifa que muy difícilmente podía pasar desapercibido en zagales inhóspitos como él. Lo mismo, en fin, destrozaba el poco mobiliario de la escuela, aprovechando ausencias de la autoridad, que se dejaba la crisma, lo que se dice la mismísima crisma, de tropelías por la calle sitiada, que era el más urgente paraíso para unos chicos que se aliviaban la postguerra de su desdicha con la alegría de la poca edad.

Y todo ello, cuando no andaba de masturbaciones colectivas, que es lo que se estilaba entre su canalla íntima, o cuando dejaba a Teresita, su novia de once años, en su casa, una casa a cuyo jardín acudía niño Umbral por alternar un poco con gentío más civilizado y, de paso, meterle un poco de ingenua mano a la niña, que era hija del Presidente de la Diputación de Valladolid.

—Tu primera novia, Umbral.

—*Teresita, la hija del Presidente de la Diputación de la ciudad. Teníamos los dos diez u once años.*

—A esa edad, lo vuestro sería un noviazgo casto.

—*No tanto, tampoco creas. Nos dábamos el lote en el coche de su padre, y yo acudía,*

con ella, al jardín interior de su casa, a menudo, por tratar con sus amigos de clase alta. Hoy veo que me moví, en cuanto a relaciones, entre ese mundo de los chicos vestidos de blanco, como yo los llamo en algún libro, y mi gente de calle, que eran la parte salvaje de la vida, entre el asalto y la pelea.

—¿Alguna herencia de tus peleas callejeras?

—*Una pedrada en el oído, a raíz de la cual ya empecé a oír mal.*

—Poco me parece para tanto vandalismo, Umbral.

—*Y la cicatriz de la mejilla, de un día que me quedé clavado en una verja. Y otra en la cabeza, de otro día, en León, que me caí de un alto muro que estaba escalando, hacia atrás, varios metros. Ahí me empezó la calvicie, yo creo, porque en el lugar de la herida no ha vuelto a crecerme pelo.*

—¿Era esto el único deporte que practicabas?

—*Yo hice mucha pelota de frontón, un deporte o juego que practicábamos en cualquier pared, en traseras de iglesia. Y, luego, remé mucho. Me pasé la infancia entera remando en el Pisuerga, y sin saber nadar. En principio, aquello era por el puro placer de la aventura. Luego, ya en la adolescencia, era una buena coartada para secuestrar un rato a una chavala y ahí, en medio del río, ver si se dejaba o no se dejaba.*

—¿Y se dejaban o no se dejaban?

—*De todo hubo, como siempre. Una barca o piragua alquilada al Catarro, que era el tío que llevaba aquello, valía una peseta la hora. De modo que un par de pesetas, de ocho a diez de la noche, daban sobradamente para probar suerte con una chavala. Empezando por España, mi mujer, que de ahí viene la historia, hasta hoy.*

—¿Y a nadar aprendiste o no?

—*Jamás. Aún hoy, en verano, me meto en mi piscina, por donde no cubre y aprovecho para leer un rato.*

De tanto lío, golfeó y desastre lo sacaba una vez más la madre, su madre, que le ponía de nuevo un libro y otro libro entre las manos, o que le hacía copiar, en lenta caligrafía, a clásicos escogidos, redimiéndole así, por temporadas cada vez más largas, de su mundo selvático y hasta salvaje, civilizándole con la lectura, humanizándole de metáforas, amansando la fiera que era con la música incógnita de las palabras, una música que llegaría a convertirse pronto en su único y desesperado solfeo vital, ya para siempre.

Aquel rescate, para la literatura y sus códigos, indina, además, el asear y adecentar a fondo al muy rebelde, que traía negritud, desaliño y destrozo, desde la cruda calle, e incluso, y sobre todo, de hacerle las manos, descuidadas casi en garra, con esas otras manos alabeadas y hábiles de la madre, de su madre, que le miraba, entre tanto, con el perfil de Greta Garbo, en un momento ritual que Umbral, hoy, suele recordar como uno de los más bellos y significativos y simbólicos episodios de su infancia. De su vida.

—¿De verdad tu madre se parecía a Greta Garbo?

—*En gran medida sí. Mi madre era un ser excepcional, dentro de la familia, con una enorme personalidad. Tenía una gran influencia no sólo sobre mí, sino sobre sus padres, sus hermanas, na la más respetada de toda la familia.*

—Una influencia a la que tú nunca mostraste hostilidad.

—*No, porque yo siempre supe que todo lo hacía para mi bien y que cuando me apartaba de la calle, que tanto me gustaba, era porque ese exilio iba a ser de provecho, para mi presente y, desde luego, para mi futuro.*

—La ausencia de tu padre, siempre en la cárcel, ¿no contribuyó a magnificar aún más la figura de tu madre?

—*No lo creo. Yo también tenía muy magnificada la figura de mi padre.*

—Pero con él no llegaste a convivir.

—*Muy poco. Él está, efectivamente, en la cárcel, en Madrid, y va a Valladolid a vernos, en salidas muy esporádicas. Era bastante mayor que mi madre y muere uno o dos*

años antes que ella, en el cincuenta y dos o cincuenta y tres, no recuerdo muy bien.

—¿Te enteraste de su muerte por tu madre?

—*No. Un día llegó a casa una de esas viejas criadas de antaño, con pelo gris, en moño, Polonia, que solía traer recados paternos, y le dio a mi madre, a solas las dos, la terrible noticia de que mi padre había muerto. A todo ello, yo estaba atento, desde habitación contigua, y lo oí. Mi madre lloró lo suyo y tardó unos días en decírmelo a mí. Yo, naturalmente, ya había llorado lo que tenía que llorar.*

—¿Y por qué le tenías también mitificado?

—*Mi padre está mitificado precisamente por su ausencia. Porque, claro, existe el famoso asesinato de que habla Freud, y aunque no se cumpla en la exacta manera freudiana, es cierto que a cierta edad, a los catorce o quince años, acabas dándote cuenta de que tu padre es poco más que un gilipollas. La caída del padre, que en cierta medida es el asesinato, es fuerte y se da en todos los casos, incluso en éstos en que el padre es glorioso e ilustre. La ausencia del padre, la de mi padre, en concreto, opera en sentido inverso. Lo mitificas porque no has tenido la ocasión de ver las bobadas que dice a la hora de comer.*

Secuestrado, maternalmente, de la calle, repeinado, pues, vaciado de vandalismo, con la purificación del aseo, limpio de calle y perfumado de alma, Umbral ya era de nuevo un estudiante de escritor, quizá sin saberlo, o quizá sabiéndolo ya certeramente, obsesivamente, jactanciosamente, como cuando, años más atrás, de muy corta edad nuestro autor, ya posaba frente a la consola de la abuela, solo en la noche, huérfano por la casa, altivo ante el espejo esquivo, con la negra bata de los arcones subida hasta el cuello, y una pluma en la mano, completando la estampa, a modo de un Proust o Wilde o Baudelaire niño, que aún no había leído a ninguno de los tres, que aún no había leído a nadie, y que, por supuesto, ni sabía qué íntima y cruel arma podía llegar a ser eso de la escritura.

La calle le había dado al envés primitivo de la vida. La lectura, su haz solitario. De un lado estaban sus amigos, en feliz jauría, maltratando tardes por su propio barrio. De otro lado estaba su madre, reconquistándole, con paciencia, para la lectura, la erudición, la cultura. Y en medio estaba él, sospechando ya que había que decidirse por una de ambas cosas: la literatura o la delincuencia. La calle o el folio.

—Tus primeros escarceos carnales con Teresita y las chicas de la barca, en el Pisuerga. ¿Y tu debut sexual, ya en firme?

—*También en Valladolid y con una puta.*

—¿Cara o barata?

—*Muy cara. Me costó veinte duros y era la misma que por entonces se tiraba el director del Banco de España de Valladolid y, sospecho, también el abogado de Estado más importante.*

—¿Y bien o mal?

—*Aquello fue una tarde. Yo ya trabajaba en el Banco, ganaba mi dinero y podía permitirme algún exceso. De modo que fui al barrio de las putas, en Valladolid, y busqué a una que me habían recomendado. Ya en el sitio, se me ofreció otra del mismo nombre, que ahora no recuerdo, me deshice de ella y me apareció la que buscaba, que era morenaza y estaba mucho más buena, naturalmente. Ya en faena, me dijo: «tú, hijo, estás un poco pez». Y ya lo creo que lo estaba.*

—Tú, sin embargo, no has sido hombre dado a las putas. Ni de joven ni después.

—*No. Ya en Madrid fui un par de veces, en mis primeros tiempos. La primera fue con una puta de Chicote que a mí me encantaba y que, luego, con la intimidación, me dijo que era hija de un notario, que es lo que dicen todas. Aquélla me costó mil pesetas, que por aquellos años sesenta era carísimo, como puedes entender. La segunda con una chica muy joven, que descubrí en traseras de la Gran Vía, y que me llevó a las afueras, en el taxi del chulo. Aquel polvo me salió más barato y fue el último pagado, si mal no*

recuerdo.

Llegado el año 48 o 49, Umbral ya ha dejado sus pocos años de colegio, ha aprendido lo que ha podido, después, en la Escuela de Artes y Oficios de su ciudad, y se ha adiestrado en la mecanografía, durante el ocio de un verano, en la Academia Hidalgo, casi por pasar rato, según consejo e insistencia de su abuela, previsora y enérgica como su propia madre.

En aquella Academia, regentada por un cura, y rodeado, para mayores lujos biográficos, de putas aspirantes a secretarias, sentiría Umbral, por primera vez, sentado ante una Underwood alta, vieja, como una locomotora del alfabeto, ese placer del tecleo, la delicia, en el puro sentido físico, de golpearle las vértebras al lenguaje y quizás la certeza de que aquello iba a ser la rentable gimnasia de su vida. La cosa le resultó grata, gratificante y hasta hechizadora. Había domesticado, con una desconcertante facilidad, un bello bicho dormido, a golpes de padrenuestro, que es lo que le daban para que acelerara la práctica e hiciera dedos.

—El padrenuestro te lo sabrás como nadie.

—*El padrenuestro no me lo sé.*

—¿Pero no aprendiste a escribir a máquina con él?

—*Sí, ése era el método para hacerse con el teclado. Enseguida escribí el padrenuestro celéricamente, como hoy escribo los artículos, me hice con la máquina y me olvidé de aquellas palabras.*

—¿Y qué tal el contacto con la máquina de escribir?

—*Muy grato. Desde el primer momento, muy grato.*

—Quiero decir que si el teclear te fue placentero, físicamente.

—*Sin duda. A mí aquello me hechizó. Algo así como el ciclista que descubre la bicicleta y no sólo le parece que aquello es el instrumento de su vida, sino que encuentra placer en el mero hecho de pedalear. Algo así.*

Pero el adolescente Umbral no veía futuro en sus aprendizajes escolares ni tampoco, es de entender, en derrochar tardes leyendo a Dante o copiando, al azar, magnas páginas modernistas. La verdad, Umbral, como todo adolescente, no encontraba claro futuro en nada, según el ánimo dubitativo y divagante de su edad, por aquellas fechas, de modo que, entre una cosa y otra, eligió la del centro, que era preparar oposiciones para ingresar, como botones, en el Banco Central.

Había que hacer algunas pobres pesetas, por invitar a alguna chica, que por las chicas siempre hay que pagar, de un modo u otro. Había que hacer unas urgentes pesetas, por ayudar algo en casa, mayormente cuando en su casa, ya por entonces, entrado el 50, la escasez seguía siendo el pan diario y la madre, su madre, sufría los signos de una enfermedad que la llevaría a la muerte. Había que hacer algo. Había que hacerse botones. De momento.

—¿Te haces botones o te hacen?

—*Me hago, después de leer la convocatoria de unas oposiciones en El Norte de Castilla, y a espaldas de mi madre.*

—¿Y por qué?

—*Por necesidad económica, necesidad personal y necesidad familiar.*

—¿Jamás pensaste dar un golpe, en tu propio banco, y acabar de una vez con las penurias?

—*Pues sí, y además alguna vez lo tuve más fácil, durante una temporada en que llevaba en un maletín, al Banco de España, cada mañana, por las calles céntricas de Valladolid, cinco o diez millones de pesetas. Hasta tenía un cómplice, para la fuga, que era un amigo muy malvado que había estado en la División Azul. Pero ni él ni yo llegamos nunca a decidirnos.*

O sea, que ahí tenemos a un Umbral adolescente, yendo y viniendo, con la correspondencia en bulto de acarreo, unas veces, y luego, con el pasar de los meses,

redactando, en ciegos despachos, las cartas de mayor enredo sintáctico, que se las hacía con la celeridad de quien recita un padrenuestro o canta un artículo, de corrido sobre el folio, faltaría más. Porteará agendas, por Navidades, para las altas casas bien, ametrallará prosa bancaria, el resto del año, pero, sobre todo, fuera del trabajo, irá intimando con los jóvenes inquietos de la ciudad, con esos muchachos pálidos, leídos y malpensados que se reúnen, en coro y corro, a espaldas del mundo, por contagiarse esos raros males llamados inquietudes, durante los prometedores atardeceres de provincias.

A ellos llegará el joven Umbral, que pronto se delató como poeta de altas intensidades metafóricas y ágil hacedor de narraciones más o menos breves. No le fue difícil hacerse un hueco de respeto, entre estos iniciados, a aquel muchacho envenenado de literatura que ya era Umbral, entonces Francisco Pérez, que es como firma sus páginas, en los primeros tiempos.

Empieza a publicar breves piezas en revistas universitarias y, enseguida, una de ellas, *Arco*, le toma su primer artículo, titulado «La mañana». Un folio o folio y medio glosando al despertar de la ciudad, Valladolid, un poco a la manera guilleniana, pero en prosa, donde se mezcla todo ese jaleo de obreros, grúas, camiones y mercados que son el ruidoso desperezo de toda urbe. Sin duda, su prosa prematuramente madura, su sintaxis bien cortada y su facilidad para ver, en las cosas, otra cosa, hizo destello entre los que entendían del tema, que, además, ya le habían tendido puente de acceso hacia Miguel Delibes, director de *El Norte de Castilla*, por la fecha.

—¿Es entonces cuando te ves ya escritor?

—*No, yo me vi de escritor siempre. La vocación me debía venir de familia.*

—No sabía que tus padres escribieran.

—*Muy poco. Mi padre escribió algo, siempre de tema político, durante la República, y enseguida tuvo problemas. Mi madre escribió algunos poemas muy tiernos, que yo aún conservo, por ahí, poemas de inspiración modernista, titulados Abrojos y cosas así. Ahora, ninguno de los dos se planteó la escritura como modo de vida, que es como me la planteé yo, desde muy pequeño.*

—Tú querías comer, y bien, de la literatura.

—*Por supuesto. Cuando yo me di cuenta de que iba a dedicar mi vida a la escritura, busqué una salida económica de urgencia, y ésta era el artículo. Yo sabía que de la novela no vivía nadie, en España, ni Delibes, al que yo tenía cerca, y a pesar de ser el hombre de mayor éxito, después de Cela. En cambio, estaba al tanto de que del artículo, al menos, se podía ir tirando. En Madrid o en Valladolid estaban Don Paco Cossío o Paco Martín Abril, ambos de artículo diario, y luego estaba César González-Ruano, que era una incurable referencia mía y un maestro absoluto.*

—Aun así, te dedicas un tiempo al vano verso.

—*Hice algunos poemas, de adolescente, en la línea de un mimetismo muy malo de Jorge Guillén. Igual que, en otra época, tuve muy clara la influencia de Juan Ramón Jiménez. Influencias bastante nefastas para mí, aunque sin duda aprendí cosas.*

—Tu prosa le debe mucho a los poetas.

—*Mucho. Neruda, por ejemplo, Pablo Neruda fue un descubrimiento muy importante. Compré Residencia en la tierra, por veinte duros, en una librería de Valladolid, una edición de Buenos Aires, Losada, creo, y vi enseguida que por ahí podía venir, dentro de mí, no el poeta, sino el prosista, el prosista lleno de riqueza, de posibilidad de creación de imágenes.*

—O sea, que Neruda te saca de la poesía.

—*Pues más o menos. Ahora, cuando de tarde en tarde hago un poema es porque me enamoro de una chica. Le hago uno, dos poemas, en la línea Baudelaire, Rubén, Neruda, y se acabó. Porque yo cultivo el alejandrino de Baudelaire, que está en Rubén y que también está en Neruda.*

Con *La mañana*, Umbral se divulgaba escandalosamente dotado para la escritura, cosa que ya él y unos cuantos sabían, pero, sobre todo, aquella medida corta, en círculo de síntesis, aquella brevedad de rizo, sobre un único tema, le reconfirma que el artículo es el arma de su oficio, el solo de violín del periodismo, según él mismo lo definiría, años más tarde, y por ahí buscará perseverar, entre otras cosas porque el artículo se pagaba y se paga y en esto, sólo en esto, nuestro biografiado siempre entendió —y mucho— de números. Como que deja el Banco Central y da el gran paso a *El Norte de Castilla*, paso tan considerable en lo profesional como breve en lo espacial, porque ambos edificios quedaban entonces, como hoy, casi contiguos.

—Parece, Umbral, que tú siempre te viste a la altura de los grandes del articulismo.

—*Yo leía lo que hacía cada cual, en la época, de Ignacio Aldecoa a Manuel Alcántara o Emilio Romero, y veía claro, clarísimo, que podía hacerlo, por lo menos, igual.*

—O sea, que te olvidas de la poesía definitivamente.

—*Por completo. El poco o mucho talento que pudiera tener lo iba a volcar en el artículo. Luego ya me pensaría si hacer o no hacer mis libros.*

Delibes le acoge en su periódico, allá por el 57, y en el suplemento *Las artes y las letras* empieza a gotear textos y más textos. El primero, titulado largamente *Tres actitudes de la lírica española contemporánea*, bajo el epígrafe *Reportaje de actualidad*, y firmado Francisco Pérez, al pie, aparece un jueves 21 de marzo. En él, Umbral hace recorrido, en efecto, por la contemporaneidad de la poesía hispana y en su decir no hay tanto la agudeza del crítico como la hondura e iluminación del escritor, que ya practica la viveza adjetival, el ahínco subordinante y el malabarismo metafórico. Unas singularidades que más afianzará, sucesivamente, al fluir de nuevos folios, y que dan momentos de alto mérito, como el artículo «El último libro de González-Ruano», una colaboración del 59 que bien podríamos fechar hoy mismo, por pericias estilísticas y demás anclajes umbralianos. He aquí un fragmento, al azar, a modo de donación o ejemplo:

«*Libro de los objetos perdidos y encontrados* que es, en gran medida, el libro del perdido y encontrado cesarismo, con sus peculiaridades, defectos, virtudes y hasta con sus influencias. Libro reciente de un escritor que no quiere o no sabe o no puede caber dentro del libro y se manifiesta cada mañana —simultáneo, omnipresente— en varios periódicos a la vez.

Ocasión sería de situar a González-Ruano, con letra gorda o letra menuda, en la historia de la literatura, aunque él me dice que la historia de la literatura le trae sin cuidado. Ocasión de fijar, para bien o para mal, este nombre que viene de Larra, Gómez Carrillo y Oscar Wilde, y va, cada día más —literaria y hasta físicamente— a Marcel Proust. Trajo al periodismo español algo que no existía antes de él. La crónica asonantada, lírica, personal, cautivadora y superflua. Superflua lo era entonces, que hoy el género se ha hecho necesario, imprescindible. Lujo, pero un lujo vital, digámoslo así, de la prensa española. Un estilo que ha creado escuela. Él no me quiere dar nombres de los seguidores. Ni es necesario darlos.

Sus novelas son autobiografías malas. Sus autobiografías son maravillosas novelas. Y sus biografías. Hizo la de Baudelaire con pasión que era conocimiento. Hay una condición suprema para biografiar: la afinidad con el biografiado. González-Ruano contaba con esa afinidad al escribir su *Baudelaire*. Y contaba con el estilo. El estilo —mucho cuidado— que no es sólo, con ser mucho, la palabra creadora, su palabra, sino, primordialmente, ese don de evocar, de tocar seres, días, de poner en latido corazones parados. Baroja, Don Enrique Borrás, el duque de Osuna, Benavente, cualquier mentida o verdadera mujer nos vienen enternecidamente vivos en la alusión de su prosa. Vuelto vivencialmente hacia el pasado, también en lo literario le saca a la evocación los más puros arpegios. Como en otro sitio hemos escrito de Eugenio D'Ors, “maestro imposible”. Maestro ya imposible de una juventud que escucha al futuro.

Ganar a una juventud es comprometerse donde ella se compromete. Que la letra, efectivamente, con sangre entra. Pero ha de ser sangre de maestro».

En el 58, firma también en el *Diario Proa*, enseguida en el *Diario de León*, donde mantendrá su primera serie de crónicas, «La ciudad y los días», y, a un tiempo, debuta como colaborador radiofónico en *La voz de León*, una emisora en la que trabajaría como redactor, fugazmente. Todo, sin abandonar las páginas de *El Norte de Castilla*, donde lo mismo publica una crítica literaria que un artículo o un reportaje. Aparte sus colaboraciones escritas, en León colabora con el «Círculo Medina», un grupo cultural de la Sección Femenina de Falange y ahí, durante una proyección de la película *Orfeo*, de Jean Cocteau, que Umbral presentó, tiene su primera gran *movida*, al encampanársele el respetable, que se ve que veía herida su sensibilidad con aquella película surreal, vanguardista y esteticista.

—Por lo visto las leonesas de la Sección Femenina casi te linchan.

—*Poco faltó. Se pasaron pataleando y gritando toda la proyección de la película Orfeo y luego yo, en el coloquio posterior, estuve violento, qué cono, y me fui urgentemente a la radio, donde escribí un muy duro artículo contra aquellas locas.*

A raíz del incidente —la proyección y el artículo—, Victoriano Crémer, pope literario de la provincia, la Delegada de la Falange en el sitio y el Alcalde de León, un tal Llamazares, los tres, le señalan, maldicen, acusan y hasta el tal Llamazares, militar por más señas, prueba a ver si el díscolo se le cuadra y le espeta: «Señor Umbral, usted ha ofendido a los vivos y a los muertos de León».

—¿Y al tal Llamazares qué le contestaste, Umbral?

—*Que entre estos muertos estaba mi madre y yo no la había ofendido.*

Corre el año 60 y Umbral, ya escritor de oficio, tiene 25 años. Luce el pelo corto, cruza chaqueta, resulta insoportablemente alto y habla en una gravedad que a veces más ahonda, con premeditación y sapiencia. Es el momento de dejarlo todo y recorrer, en sentido inverso, ese viaje familiar que, por urgencias de guerra, le llevó a un Valladolid de infancia arañada, adolescencia cruda y juventud revuelta. Así le despiden sus colegas de *El Diario de León*, en primera página, con foto del osado incluida, y en ese tono, entre enfático y adolorido, de quienes mandan a un hermano a la gloria o a la guerra:

«En las primeras horas de esta tarde, ha salido para Madrid nuestro ilustre colaborador y entrañable amigo Francisco Umbral. Los imperativos de la vida y la categoría de un trabajo merecido le alejan de nuestro lado. Registramos la noticia con el consiguiente dolor, por cuanto Francisco Umbral llegó a nuestro periódico recientemente y en el breve espacio de tiempo que ocupó la tribuna de “La ciudad y los días” supo tomarle el pulso a las cosas que llenan la vida de la urbe, con indudable acierto y categoría.

»Francisco Umbral desempeñará en la capital de España un amplio programa de codiciado trabajo en prensa y radio, donde su firma se valora y estima».

Le espera Madrid. Cerradamente. La soñada, apasionante, dura y romántica conquista de Madrid.

Un quinqu vestido por Pierre Cardin

Un autobús, rugiente y lento, a eso de las ocho o nueve de la noche, el terco y oscuro autocar que trae al joven Umbral, empresas Fernández, una tarde de febrero del 61, entra en Madrid por la carretera de la Coruña y, al paso, le agrada al viajero la zona norteña, tan desperezada de espacios y prometedora de verdores, contra la impresión que le habían producido algunas otras llegadas anteriores, en tren, siempre desasosegantes de oscuridad y ahogo.

Viene, sí, desde Valladolid, con cuatro cuentos, por equipaje, para leer en el Ateneo madrileño, invitado por José Hierro, al que había conocido en provincia. Viene, según se dijo, con la secreta y firme intención de quedarse y trae, por avalar talento, algunas cartas de recomendación, firmadas por Miguel Delibes, y 15 000 pesetas ahorradas con constancia y esfuerzo, por aguantar el tirón inicial de la urbe adversa.

—¿Tú venías completamente convencido de tu triunfo?

—*Yo ya sabía que podía hacer los artículos como la gente que había leído. Mi única pretensión era que me diesen espacio donde demostrarlo.*

Viene a leer lo suyo, unos cuentos entre Saroyan y Cela, pero, en rigor, quiere poner su artillería verbal en una alta buhardilla o apartamento, y quedarse ahí, disparando artículos, diarios, novelas, cosas, a ver si él puede más que Madrid o al contrario. Trae unas cartas elogiosas, que algo harán, y trae, mayormente, su indismayable voluntad, sus ganas ciegas y su escalofriante fe en sí mismo. Su pupila de ver distinto, su olfato de oler más y más hondo, y su muñeca de escribir en voluta, que acabarán por hacer el resto. Todo. «La calle de la Madera me dio el perfume hondo y viejo del Madrid menestral, un aroma gremial de talleres oscuros donde se usaba mucho el engrudo para todo. (Y aquel restaurante del arroz a la cubana, donde comían —misterios de Madrid— muchos malayos).

La calle de Ayala me dio el perfume de sus acacias burguesas, un sosiego que respiraba todo el barrio de Salamanca —el barrio de los que habían ganado la guerra—, con la hoguera alegre de un mercado y el grito helado de una pescadería en la paz elegante de las calles, el deslizarse de los coches oficiales y el paseo de las mujeres de Serrano, todas bien curadas de maquillaje, ocio, dinero y adulterio».

—¿Viniste y te quedaste, Umbral?

—*No. Vine a leer unos cuentos, en principio. No es verdad, como alguna vez he contado y muchas veces he escrito, que me quedara, nada más llegar a Madrid. Estuve dos o tres días, conocí a algunas gentes, Celaya, Amparo, Álvarez Ortega, regresé a Valladolid y luego volví nuevamente, definitivamente a Madrid.*

De las varias cartas, con rúbrica de Delibes, acaba por funcionarle sólo una, después de acudir a los respectivos destinatarios, que hicieron poco o ningún caso al joven recién llegado. Y esa única fue la dirigida a Carmen Laforet, gracias a lo cual nuestro escritor tuvo hueco, semanalmente, en la revista *Vida Mundial*, recién fundada por Manuel Cerezales. No descuida, entretanto, sus muchas colaboraciones para *El Norte de Castilla*, cuyo dominical, por aquellas fechas de escasez, era, prácticamente, un monográfico de Umbral, que se hacía todo, las críticas de libros, las entrevistas a folklóricas, los reportajes y hasta los pies de fotos, lo que se dice todo, desde su Madrid de madrugar en precario. «La calle de la Princesa, en Argüelles, tenía la cercanía ya gloriosa de la Moncloa y el sol rubio de los estudiantes, un ocio de terrazas al sol y la boca del Metro por la que yo me metía cada mañana —el Metro valía una peseta— para viajar a lo desconocido, que era mi propio futuro».

Vive entonces en una pensión de la calle Ayala, próxima a Serrano, un sitio cuya comodidad, que no suntuosidad —comía bien y el cuarto le daba para estirar las piernas, entre folio y folio—, abandonaría enseguida, forzado por su frágil economía, para iniciar un largo peregrinar por otras pensiones de otros barrios, peregrinar que resulta todo un crescendo hacia mayores pobreza, porque a una habitación de horror

en Argüelles le sigue otra infame en el mismo barrio, además de otra, siniestra, en Gran Vía, calle de la Madera, en vecindad de putas, delincuentes y más gentíos de espesor literario.

—Pero hambre, Umbral, lo que se dice hambre, ¿pasaste o no?

—*Naturalmente. Del hambre sólo me libré en mi primera pensión. Luego viví de milagro, qué duda cabe. Madrugaba mucho, escribía más, me hacía Madrid, de punta a punta, todos los días, para buscarme colaboraciones o entregar las pocas que me encargaban, y aguantaba el tirón con un bocata de calamares, cuando había calamares, claro.*

—¿Y no sospechaste que lo tuyo podía ser una delgadez perpetua?

—*No. Porque yo tenía mucha fe en mí mismo y sabía que, algún día, saldría de todo aquello. Pero, de momento, y con mi estatura, pesaba sesenta kilos.*

Y Umbral, muy alto y algo hambriento, huérfano de dineros y errante de arrojados, iba y venía, arrastrando por las calles su poco peso, a vender o más bien no vender sus fulgurantes páginas de empeño.

Luego, volvía a la pensión, a ese cuarto suyo de pensión que siempre era el último, el recóndito, el aislado, alto de penumbras y desnortado de pasillo, una suerte de celda o encierro, un monacato de cal y prosa donde inventaba y reinventaba, con seguridad y celeridad, mientras los retretes hacían su cháchara de grifos mal cerrados o la jefa del sitio lo ponía de maricón o espía para arriba, en el silencio de madrugada, delante de algún otro huésped de confianza:

—Maricón o espía de éstos, ya le digo.

—Rarito sí que le veo al chico.

—Cuando le ve. Porque de ahí no sale.

—Pero pagar, pagará.

—Puntualmente, eso sí.

—Pues eso es lo que hace falta.

Ni maricón, ni rarito ni moroso ni otras tibiezas. Un tío que trabajaba en silencio, nutriéndose sólo de sí, contra noches y anonimatos, para hacerse un sitio, un nombre, algo, en el Madrid de aquellos 60, e ir viviendo de lo suyo, igual que otros lo hacían de la carpintería o el estraperlo.

Un tío que jamás trabajaba en balde, haciendo sonetos para la gloria o experimentalismos para la crítica, porque ya entonces entendía que la seguridad, la tranquilidad, en el escribir, no está en sus loas o laureles, sino en la certeza de saber que aquello vale algún dinero. Aunque sea esa pobre y arañada peseta que es el precio de la literatura, naturalmente.

—¿Jamás pensaste en colocarte fijo, en una redacción?

—*Nunca. Ni lo quise ni lo busqué. Te repito que siempre me sentí muy seguro de mí, y aún más cuando vi que, poco a poco, iban haciéndome más encargos. Con meterme en mi pensión y trabajar me bastaba.*

Umbral, entonces, ya trabajaba sobre encargo, que es el estado puro del escritor, y se autoimpone una disciplina que no le abandonará jamás. Trabaja deprisa, cada mañana, acude, a primeras horas de la tarde al Café Gijón, y luego, ya de ocaso, visita el Ateneo, que gozaba de una alta e intensa vida cultural, a pesar de ser llevado por el Opus Dei. «La calle de Fernández de los Ríos tenía una niebla de cines baratos y bares húmedos, y esa tristeza de las calles con muchas tiendas de muebles. En Ventas, la calle de San Marcelo olía a gitanos y a toreros, ponía una perspectiva de desmontes a mi vida y me arrojaba un poco al límite de la ciudad, casi fuera de ella, ya, cuando yo vendía mi hornillo eléctrico para comer».

—Se dice, Umbral, que ibas a los sitios, callabas, y te empapabas de todo, como una esponja. ¿Esa actitud convaleciente es también una virtud literaria?

—*Yo iba realmente a aprender. Escuchaba con una enorme curiosidad, porque ya*

entonces veía a tíos que no hacían más que decir gilipolleces. Y de ahí no han salido.

En las tertulias del Café Gijón conoce y frecuenta a Camilo José Cela, a Gerardo Diego, a Buero Vallejo, a Fernando Fernán Gómez, a Gabriel Celaya, a Ignacio Aldecoa, a José García Nieto, a José Hierro y a muchos otros tertulianos menores, como Ramón de Garciasol, Leopoldo de Luis, Rafael Morales y más gentes, todos ellos concéntricos a la magna mesa de los grandes. Durante algunas mañanas, visita a César González-Ruano, en Teide, donde escribía sus artículos de garra y genio. Y por las noches, algunas noches, bastantes noches, se adentra por la ciudad en sótano a levantarse algún ligue o a cumplir encame con alguna señorita fija, que ya por entonces Umbral no descuida a la mujer, como sacerdocio. Una devoción de la que, si acaso, le librará la muerte.

—¿Y la mujer, Umbral, las mujeres, por entonces?

—*Un sacerdocio, como siempre.*

—Una condena, dirás.

—*Tampoco exageres, Herrera. Desde que me recuerdo he adorado devotamente al tigre, al gato y a la mujer. Y por este orden.*

En el Gijón alterna con los nombres de oro de nuestra literatura, un centón de mérito que ensancha con Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre, a quienes conoce en sus propias casas, y con Blas de Otero, cuyo trato frecuentará en las cuevas de Sésamo.

Umbral, a poco de brujulear Madrid, ya conocía a quienes hacían y deshacían en el sitio y también a quienes ni hacían ni deshacían nada. Ya conocía a quien había que conocer y, desde luego, a quienes no había que haber conocido nunca. «La calle de Sáinz de Baranda, entre el Retiro y varios hospitales, era para mí una calle sin porvenir, y sólo alguna mañana me bajaba hasta el Retiro para leer el *ABC*, hacer el crucigrama que traía en las últimas páginas, entre esquelas, y ver la ciudad como el interior de un bosque —cual ciertos templos hindúes—, cuando era el bosque el que estaba en el interior de la ciudad».

Madrid, pues, se le iba abriendo, a su paso, como una selva, concéntrica de gentes, famas, infamias, y giratoria de rostros, halagos y calumnias, y por esa cosa centrípeta que tenía —y tiene— la ciudad entendía Umbral que o acabas en el eje de todo, siendo el corazón mismo del jaleo, o bien Madrid te arroja a sus afueras, desheredado de un mundo que jamás fue tuyo.

Umbral, la verdad, no se veía de desheredado.

De modo que vuelve a la pensión, a sus pensiones, y teclea ciegamente, encendidamente, como poniendo renovada proa al barco literario de su vocación, que, en rigor, nunca dudó su norte. Tan lúcida penetración, para lo urbano, y tan inquebrantable paciencia, para el lacerante oficio de la escritura, acabarían, cómo no, por dar sus frutos.

Empieza a publicar en *Poesía Española*, en *La Estafeta literaria*, en *Mundo Hispánico* y en *Arbor*, entre otras. La cosa no da para mucho, pero sí, al menos, para abandonar la sordidez de las pensiones y adecentar un poco sus exilios con habitación propia, tan irremplazable en oficios solitarios. Aquello empezaba a funcionar y la mejor prueba de ello era que nuestro escritor ya se ponía a trabajar en un apartamento de la calle General Oráa, barrio de Salamanca, su primera vivienda (después de muy breve estancia por lontananzas de Ventas, en calle San Marcelo) y un logro domiciliar que le reconfirmaba en su certeza de que bordar palabras también ha de dar para pagar sobradamente alquileres, cenas, juergas y demás temas de primera necesidad.

—¿Y se acabó o no se acabó el hambre?

—*Desde luego, y ya era hora. Por aquella época me comía mis serios cocidos, en una tasca de la calle Velázquez, entre albañiles y demás lumpen del barrio.*

—Y dejas de asistir al Gijón, según mis datos.

—*Lo frecuento, pero mucho menos, porque en la mañana hago las cosas periodísticas,*

urgentemente, y por la tarde encaro mis primeros libros: Larra, anatomía de un dandy y Travesía de Madrid.

«La calle del General Oráa, otra vez en el barrio de Salamanca, tenía esa intimidad de las calles estrechas, que le meten a uno en la salita de la casa de enfrente, y allí empecé yo a escribir mi primer libro, el que me andaba mareando la cabeza, que era un libro sobre Larra, de quien sabía yo aún pocas cosas, pero que me parecía, por pura intuición, un emblema cierto y neto de la literatura independiente y la lucha diaria por las ideas desde la barricada leve del periódico.

»Los barrios del Manzanares, con sus verbenas de primavera, sus oros sucios de verano y sus piscinas llenas de homosexuales y lesbianas, me dieron el olor cloacal y peregrino de Madrid, lo que la ciudad tiene también de hondonada húmeda en cuyo fondo Heráclito el Oscuro se lava los pies en un arroyo turbio de versos y escaso de agua».

—¿No temiste que el escritor borrara al periodista, o al contrario?

—*Yo siempre he hecho literatura en los periódicos. De modo que no hago gran distingo entre el periodista y el escritor, de la misma manera que no hago distingo de géneros. Me ha bastado con estar en lo mío, con encontrar mi truco, mi manera de hacer y estar. De aquí que igual me daba hacerle una entrevista a Lola Flores o escribir un artículo sobre el último libro de Zubiri o Aleixandre.*

—Y, por otra parte, tampoco estaba la cosa para ponerse exquisito.

—*No, pero aparte de eso, el secreto, para mí, residía en no estar de prestado, cantando de falsete. Conseguido el tono, la voz, mi tono, qué más me daba trabajar un género u otro, que es pura convención y una bobada.*

—El género es el hombre.

—*No me cabe la menor duda. No hay géneros superiores a otros, todo depende del hombre. Cualquier artículo de Larra es inmensamente superior a la mayoría de los sonetos que se escribieron en el XIX, porque Larra era un gran escritor y el XIX apenas da poetas, aparte de Bécquer y Espronceda. Resulta entonces que el artículo, género considerado menor por algunos, es lo más relevante, literariamente, en la España del XIX. Y la poesía lírica, teóricamente un género más alto, no deja nada. La importancia, pues, no está en los géneros, está en el hombre.*

—¿En los periódicos nunca te criticaron el exceso de estilo?

—*Me decían que era muy literario, pero muy vivo. Rafael García Serrano, aquel gran prosista de la Falange, lo advirtió muy a menudo: todo lo que este chico escribe está vivo.*

—El anclaje de la realidad y el vuelo lírico, una vez más.

—*Claro, no lo literario que hacen hoy por ahí, y que consiste en glosar la Enciclopedia Británica. Literario, pero hablando de la Vuelta Ciclista a España y de Bahamontes, que era el que se llevaba por entonces.*

—Pero si tú no tienes ni idea de deporte.

—*Ni falta que hace. Con escribir bien, sobra.*

Larra, anatomía de un dandy, ensayo rico, muy lucrado de documentación y no por ello tedioso de dato o cita, a lo que Umbral opone la alevosía, ya, del estilismo, se publicó en el año 1965, junto a una recopilación de cuentos, *Tamouré*, en la editorial Alfaguara, entonces bajo los designios de Cela. El periodista Umbral, el cronista y reportero de relumbres metafóricos, el muchacho de las hondas y severas pensiones, ya ve en la calle su firma, sobre libro, sobre dos libros, de una sola tacada. Ya ve que, también desde fuera, le consideran escritor y hasta tiene trabajada fama de señorito. Cojonudo. Aquello empezaba a marchar cojonudo. Como que al año siguiente ve la luz su primera novela breve, *Balada de gamberros*, y otra de mayor extensión y densidad, *Travesía de Madrid*, y ya en el 68, engrosa currículum con dos títulos más, de nada desdeñable referencia, en cuanto a sus anclajes literarios: *Lorca, poeta maldito* y

Valle-Inclán. En ambos vuelve a significarse un autor de caudaloso acento, intuitivo para el juicio y metafórico de apunte, que va eslabonando páginas a golpe de iluminación o revelación, contra el aburrido adunamiento de erudición propio de los libros del género, más cerca del paciente bibliotecario que del creador en libertad. Su *Valle-Inclán* es eficaz y frondoso y jamás pierde de vista esa verdad del creador, del creador que fue Valle, que consiste en tratar como orífice las palabras malditas y las palabras joya, o sea, en forzarse a inventar lenguaje, infatigablemente.

Su *Lorca* es deslumbrador, jubiloso y cómplice, y entra a fondo en lo que debiera ser la glosa o ensayo de autor, o sea, el canto de lector, desde la fascinación por la capacidad metafórica y la esencia misma de lo lírico, que en Lorca, como en Umbral, son maremoto de naturalidad. Un libro éste que no sólo devuelve el placer por la lectura, lo cual no sería poco mérito, sino el placer por la lectura de la poesía, un hábito perdido gracias a la muy profesional cortedad de nuestros muchos florales profesores sonetistas, de la EGB para arriba.

—El ensayo como un libro más de creación. ¿No crees que esa libertad debería sustituir a las páginas interminables de bibliografía y datos, tan habituales en libros sobre autores?

—*Yo creo que sí. En todo caso, ése es el único ensayo que yo puedo hacer, porque no tengo ni ganas ni paciencia para hacer otro. Es el ensayo que a mí me fluye con naturalidad.*

—A la hora de disfrutar leyendo, se te agradecen esas limitaciones.

—*Estamos, curiosamente, en un momento en el que se abandona un ensayo científico. Roland Barthes, incluso, en sus últimos libros abandona el estructuralismo y hace un tipo de ensayo lírico, irónico, si quieres, fuera del rigor estructuralista, que a mí me ha fascinado estudiar, pero como el ajedrez, más o menos. No es que yo me haya propuesto, en mi *Lorca*, en otros ensayos, un tú a tú con cada autor, sino estudiarles modestamente, humildemente, con mis instrumentos, que son líricos, estilísticos, intuitivos y nunca científicos.*

—Tampoco arguyas modestia, Umbral, que a ti te encanta exhibirte, también en los textos.

—*Que mi yo maníaco aflore, a la par con Lorca, por ejemplo, es inconsciente e involuntario.*

—¿Seguro?

—*Es que entre Lorca y yo hay afinidades de importancia. Yo, como lector, necesito que me sorprendan, desde el principio, ya de entrada, y Lorca sorprende desde el primer verso, deslumbra, fascina, frente a la poesía que parece que se lleva ahora donde se narra o más bien no se narra y queda ahí algo, sí, entre verso y verso, pero sin sorpresa por ninguna parte. Lorca sorprende constantemente, y ésta es una gran afinidad.*

—Además de su poderosa capacidad metafórica.

—*Que es, para mí, la segunda gran afinidad. Yo sigo creyendo de manera ciega en la capacidad metafórica, que es lo que me lleva a leer, infatigablemente, a los surrealistas. La capacidad metafórica de Lorca es gongorina, unas veces, otras de Lope, otras de Quevedo, otras sencillamente surreal, y otras de Ramón Gómez de la Serna. Su poesía está llena de greguerías. En su capacidad metafórica, Lorca —quizá esto no lo dije en el libro, y lo habría dicho hoy— es baudelairiano, porque la síntesis, o sea, reunir todo en un solo verso, empieza en Baudelaire. Y eso es ya modernidad.*

Sus primeros títulos, *Balada de gamberros* y *Travesía de Madrid*, resultan prelude de dos temas umbralianos, la infancia y la ciudad, que, más tarde, cobrarían pormenor y anchura, convirtiéndose en clave o llave de su obra. *Balada de gamberros* inaugura el ciclo de novelas o memorias sobre los años de adolescente vandalismo, en Valladolid, de *Los helechos arborescentes* a *Memorias de un joven malvado*, mientras que

Travesía de Madrid, un libro en ráfaga, transitado de tranvías, pensiones y gentes, donde la prosa tiene ronquera de calle, ya anuncia lo que luego sería una vastedad de cronista, coronada en innúmeros volúmenes recopilatorios y, sobre todo en su colosal *Trilogía de Madrid*, tres libros en uno y una sola totalidad deslumbrante, según síntesis de Eduardo Haro Tecglen. «Los barrios un tanto americanos del norte de la ciudad me darían ese olor cálido de supermercado, palomitas, cotufas y todos esos alimentos ingenuos que toman las adolescentes de pantalón vaquero mientras les gira dentro de la cabeza el disco en inglés de una música sexual.

Madrid, pues, iba concretando sus perfiles para mí, iba cerrando el poliedro de sus imágenes y ya tenía yo, cuando menos, un trasunto rico y variado de ciudad, cuyo espacio sagrado y reducido volvía a ser cada día, cada noche, el Café Gijón, inevitablemente, aunque había otros cafés más o menos literarios a los que también empezaba a ir, como el Lyon de la calle de Alcalá, o el Teide, café-bar-sotaniello, también en Recoletos, como el Gijón, donde escribía por las mañanas César González-Ruano, y se reunía por las tardes una tertulia integrada por Tomás Borrás, Federico Carlos Sáinz de Robles y otros ingenios del Cuento Semanal, la Novela Corta y demás publicaciones populares de antes de la guerra.

Madrid era todavía, hacia el año 60, una ciudad tomada por la literatura, minada de cuevas literarias y vocaciones obstinadas. Yo tenía el problema de conquistar Madrid con una máquina de escribir, que por entonces manejaba y acariciaba como si fuese una ametralladora».

Umbral ya había arrancado, en su conquista de Madrid, ya estaba en plena gesta, como escritor, con seis títulos en la calle, que ofrecían clara idea de autor a muchas manos, y una insultante facilidad para frecuentar todo tema, en lo periodístico. En el año 1966, Umbral ha mudado de General Oráa a la Avenida de Valladolid, ha contraído matrimonio con la rubia y dulce fotógrafa María España y su laboriosidad no conoce hastío.

—¿A ti nunca te ha cansado, físicamente, el escribir?

—*Jamás. Ten en cuenta que yo he sido escandalosamente rápido.*

—Aun así, se lleva su tiempo una producción como la tuya.

—*No hay otro secreto que la constancia. La gente escribe, duda, rompe las cosas. Yo, por el contrario, me marcaba dos o tres folios diarios, y avanzaba. Lo mismo no me quedaban deslumbrantes, pero ya me saldrían deslumbrantes los del día siguiente. Había que producir, por cojones, y para eso me disciplinaba. No hay más que escribir todos los días.*

—Y tú no has fallado ni en domingo.

—*Miguel Delibes me ha dicho a veces a mí, y nunca lo ha escrito: a Cela lo leo y me doy cuenta cuándo se para a fumar. Pero tú no te paras nunca a fumar.*

—Porque no fumas, Umbral.

—*Eso es lo mismo que yo le digo.*

—Tú te deslizas.

—*Yo patino, sí. Fíjate que nunca me recuerdo pensando. Yo, cuando tengo una idea, ya tengo en la mente la siguiente. Y si estoy narrando, ya intuyo lo que sigue.*

—¿Y no has desconfiado, alguna vez, de la facilidad, esa mala novia?

—*Nunca. Juan Ramón, que es quien acuñó lo de mala novia, se pasó media vida corrigiendo lo que había escrito en la otra media, pero yo no me corrijo. Soy un incorregible, en todos los sentidos de la palabra. Yo creo en la facilidad, porque está comprobado que esa facilidad no es falsa. Da unos resultados. Unos resultados profesionales. Lo que ocurre es que, a partir de esa facilidad, yo me pongo dificultades.*

—Quieres decir que experimentas fórmulas.

—*Eso es. He hecho prosa lírica, humor, libros casi totalmente surrealistas y cosas sobre mi familia que son casi del realismo narrativo. He ensayado fórmulas,*

efectivamente, y no digamos en el periodismo, ahí me he atrevido con todo. De manera que he usado la facilidad para hacer cosas dispares y también para ponerme inconvenientes. He utilizado esa facilidad para saltar más altas vallas o, al menos, para tratar de saltarlas. Alguna vez me habré dado el hostiazo, pero lo he intentado siempre.

—Todo, contra la frase hecha, que aborreces.

—*La frase hecha, el tópico, las ideas preconcebidas me parecen lamentables en la escritura. Es decir, toda esa cultura que no es viva. D'Ors decía que a Cervantes le lleva el idioma y que Quevedo lleva él el idioma. Detesto a esa gente que se mantiene a flote, pero que no aporta nada ni se arriesga nunca. La mayoría de escritores en España y en el mundo, vamos.*

—¿Dónde está, hoy, tu estilo?

—*Donde siempre. Entre el estilismo y el terrorismo literario. Entre la violencia y la poesía. Fiel a la técnica de la rosa y el látigo.*

—¿Y deudor de qué influencias?

—*De Larra, Gómez de la Serna, Valle, Juan Ramón y quizá Quevedo. Y aún más remotamente quizá de Marcel Proust y de Henry Miller.*

Celebrará el año 69 con tres libros más y su firma en prensa se repartirá abundantemente, como crónica diaria, desde la agencia de colaboraciones Colpisa, tripulada por Manuel Leguineche. La revista catalana *Destino* le pone avión de Lufthansa, con destino a Munich, para que glose, en crónica, las excelencias de Europa. El viaje se prorrogará por otras dos capitales del viejo continente, París y Londres, y constituye el primer contacto del escritor con otras grandes ciudades, contacto o vivencia que luego iría enriqueciendo, en sucesivas visitas, siempre por distintos motivos profesionales. De todo aquello, naturalmente, hizo puntuales y pormenorizadas crónicas literarias y hoy, volcado a recordar, Umbral despacha capítulo demorando énfasis en alguna novia, lío o romance del tránsito, que siempre la mujer es hilo conductor de la vida, incluso de la vida extranjera, e ironizando sobre algún maricón, que por lo visto, en cada aeropuerto o ciudad le salía mozallón corresponsal de algo, dispuesto a ejercer sus favores, generosamente, aunque sólo fuera a modo de guía.

—¿Y lo mejor de Munich, Umbral?

—*Mari Luz. Lo mejor, Mari Luz, un asunto mío en Madrid, a la que encontré por puro azar, paseando ella en bicicleta por una gran calle de la ciudad.*

—O sea, que la mujer te salvó del trance, como siempre.

—*Imagíneme en el corazón de Europa, en pleno invierno, todo cubierto de nieve y sin tener ni puta idea de alemán. ¿Se agradece o no se agradece una mujer conocida, que además habla español?*

—Se agradece y se celebra.

—*Como que dejé mi hotel de inmediato, me fui a su apartamento y me cambió el viaje por completo, como entenderás.*

—¿Y Munich, entonces, qué?

—*De Munich recuerdo una versión gloriosa de Hair, en plena apoteosis hippy, que incluía unos desnudos estupefacientes, de la que me hice una crónica para Destino y otra, de paso, para ABC, aprovechando unas fotos espléndidas del catálogo, que yo creo me quedó aún mejor.*

—O sea, que le ponías los cuernos periodísticos a tu anfitrión.

—*A ver. Y ni se enteraron. Se ve que en Barcelona no leían el ABC.*

Sobre París el escritor se extiende poco, se ve que allí no hubo una Mari Luz redentora, aunque sí un José Miguel Ullán generoso, que hasta le brindó su propia casa, un desvelo que Umbral sólo acepta, ya entonces, a dulces señoritas descarriadas.

En Londres vive *Hair*, una vez más, pero en vivo, desde una boda hippy, a la que asiste de invitado, a los barrios de tiendas a la moda, que transita con tanto asombro

como escaso dinero. Y de todo, obviamente, hace crónicas, artículos, reportajes, más atenta la prosa a las trastiendas de lo humano que a las cúpulas de lo turístico. Más lucrada de invención, intuición o anécdota que de información u otras sequedades.

—¿Y tú, que sólo hablas español, cómo te las arreglabas, por esos sitios?

—*Perdona, yo leo bien el francés y el inglés de periódico.*

—Pero de hablar nada, Umbral, perdona.

—*Bueno, pero yo estoy con Roland Barthes en que lo que hay que trabajar es la lengua materna. El resto es turismo, qué quieres que te diga.*

—¿Y ese inglés tuyo de lectura cuándo lo has aprendido?

—*De chico, durante mi trabajo en el Banco de Valladolid, gracias a unos cursillos muy eficaces a los que asistí, varios años.*

—¿Y aún te acuerdas?

—*Perfectamente. Recuerdo lo referente a reglas, normas y gramática. De eso sé mucho. Todo.*

—Pero luego delante de un taxista londinense, ni idea, claro.

—*Nada, delante de un taxista nada.*

Del 68 en adelante, lo biográfico, en nuestro autor, se confunde con lo bibliográfico, es en rigor lo bibliográfico, porque sus textos se extienden, en largo y ya inextinguible tormentón tipográfico, aquí y allá, por periódicos y revistas, como un maná de milagro, y lo mismo se le puede leer un lenguaje suelto y articulístico en *El Correo Español*, *La Voz de Galicia* o *El Diario de Cádiz* que una prosa luciente de imágenes, barroca y lírica, una prosa descuidadamente cuidada, en bucle de nocturno cronismo, o una prosa epistolar, cruda de atrevimiento y alevosa de idea, en *Las europeas*, *El Gioconda* o *Carta abierta a una chica progre*, respectivamente.

De aquí en adelante, ya digo, del 68 al 75, precisando cronología, la biografía viene a ser la bibliografía, más que nunca, en esa simbiosis vida/obra que él sostiene, por última razón irracional de lo literario, y sólo, eso sí, por encima o por debajo de tanto escribir hay un capítulo vital y vivencial de toda importancia, el nacimiento de su primer y único hijo, Francisco, fallecido niño, en desdicha de enfermedad incurable, un capítulo que aviva llaga en el alma del Umbral hombre, si se le fuerza al recuerdo, y de cuyo tiempo ya el escritor, desencuadrado de ánimo, malherido de tragedia, destrozado de ternuras, dejó, en su día del 75, un libro bello, conmovido y conmovedor, *Mortal y rosa*. De tan íntimas temperaturas ilustra un breve pasaje, en *Diario de un escritor burgués*, adoloridamente: «Sólo he vivido cinco años en mi vida. Los cinco años que vivió mi hijo. Antes y después, todo ha sido caos y crueldad».

—¿Sigues manteniendo la frase?

—*Sin duda. A ver qué hay, dímelo tú, sino caos y crueldad.*

—¿Se repone uno de la muerte de un hijo?

—*Del todo yo creo que no.*

—Habrás días mejores y peores, supongo.

—*Sabes, Herrera, que no me agrada tocar este tema.*

—Lo sé. Prefieres que acuda a *Mortal y rosa*.

—*Sí, por favor. Todo está en ese libro.*

«Mi madre me cortaba las uñas, tomaba a veces, de tarde en tarde, no sé, la tarea íntima y delicada de recortarme las uñas, de reducir mis garras infantiles, rotas en pico, sucias, feroces, a la curva limpia y breve de una uña humana, cuidada. También me recortaba la cutícula. Como el lento crecer de la cutícula, iba yo creciendo en ella, tapando su vida, eclipsando la media luna blanca de su alma, y ahora soy yo, padre, madre (hay momentos en que el padre es también madre, como la madre es también padre, y la paternidad o maternidad perfecta han de participar también de lo otro) quien recorta las uñas al hijo. El lento crecer de la cutícula, ese cartílago de bosque que borra las uñas de mi hijo, sus manos llenas de raspones, negruras, picos y flecos. Se las

tomo de vez en cuando, como si tomase dos sapos amigos, con flores sucias, se las aprieto, se las lavo del humus del mundo, se las corto y recorto. Eso es la vida, quizá, esa sucesión, ese manicurado familiar, esa intimidad diatrófica, una ternura que viene del fondo de los tiempos». Umbral, eslabón entre su madre y su hijo, entre una vida y otra vida, oía crecer al niño, entre frutas y saltos, y por ahí principió su canto al milagro de una criatura, el poema de una gracia en pie, hasta que, con el devenir del tiempo, parejo a las páginas, el niño muere, la vida se quiebra, y a resultas, el libro tiembla, los párrafos se oscurecen y su acento se torna entre insostenible e iluminado, en un ejercicio testimonial del escribir en vilo, sobre la cruda emoción, al costado de la muerte, que toca techos de nuestra mejor literatura.

—¿La adversidad es madre de algo, Umbral?

—¿Qué adversidad?

—La sentimental. Tú has sufrido dos muertes de seres muy queridos, en tu vida...

—*Mi madre y mi hijo, sí. Dos muertes sangrantes: mi madre muere maravillosa y bellísima, a los cuarenta y cuatro años, y el niño a los cinco. Esas cosas te llegan hondo. Pero yo me crezco en la adversidad, aunque esto suene muy tópico.*

—Sobre todo en la adversidad profesional.

—*Pues sí, porque siempre he tenido mucha fe, que no ambición, mucha seguridad. Un torrente nunca mira para atrás y yo, si alguna vez miro para atrás, es sólo a efectos literarios.*

«Quién le hacía las uñas a aquella niña de pueblo que fue mi madre, quién era ella cuando me las hacía a mí, quién se las hace al niño, a mi hijo. Le corto las uñas al niño, no sólo por cortárselas, sino porque cuando lo hago, despierta ella en mí. Hay actos, conjuros, ritos pequeños y secretos que pueden resucitar a un muerto, hacerle vivir dentro de nosotros. Toda imitación es una posesión, dijo alguien. Imitando al muerto, el muerto nos posee. Es la única manera de que vuelva al mundo. No hay otro mediumnismo. Mi madre en mí hace las uñas a su hijo, que es el mío. Como yo ya no soy yo, que soy ella, mi hijo es ya el suyo, directamente, desaparecido yo.

»Soy enlace, así, entre dos seres que no se encontraron nunca, distantes en el tiempo. Soy el médium que sabe desaparecer cuando ha reunido dos espíritus. Guardo en algún sitio las tijeras pequeñas y melladas con que ella me hacía las uñas. Ya no sirven. Pero no importa. Aparte el fetichismo de los objetos, mediante este ritual sencillo de cortarle las uñas a un niño he conseguido que ella reencarne en mí, y reencarnar yo en el hijo. Están frente a frente, ella y yo. Están ella y yo, en un rincón del hogar, reunidos. Yo, entonces, qué soy, quién soy. Soy el que mira, soy lo que mira, soy la mirada misma del hogar, la conciencia de la familia. Les veo como les ven las cosas. Como les ven los muebles y los libros que, siendo otros, son los mismos. Están ella y yo. Estamos él y ella. Puedo decirlo de mil maneras. La gramática es cómplice del alma. El alma sabe mucha gramática. Oficio de ternura, homenaje a un niño, ritual en la sombra, y las manos de un niño, que quieren ser bosque, reducidas de nuevo a la realidad rosa y razonable del hogar. Estoy oyendo crecer a mi hijo. Un hijo es la propia infancia recuperada, la pieza suelta del rompecabezas. Lo que no viví en mí lo vivo en él, lo que no recuerdo de mí es él. Él es el trozo que me faltaba de mi vida. Yo soy el trozo que me faltaba de mi madre».

Quizás *Mortal y rosa* sea su mejor libro, probablemente, sí, pero no su único libro, como han pretendido no pocos calvocatedros y algunos perspicaces críticos dominicales, entre otras cosas porque ahí están *El hijo de Greta Garbo*, *Los amores diurnos*, *Los helechos arborescentes*, *Trilogía de Madrid* o *Leyenda del César Visionario*, por abreviar, todos títulos posteriores, a los que dedicaremos reseña, en su momento, que cumplen cima dentro de toda una obra de abundancia donde, incluso entre libros no demasiado cuajados, que también los tiene, faltaría más, siempre puede hallarse un pasaje de mérito, un jirón de prodigio, una metáfora de magia o un volteo

sintáctico de riesgo, cuando no eso tan eficaz e infrecuente que Salinas llamó «la calidad de párrafo», a propósito de Marcel Proust.

En Umbral hay calidad de párrafo y esto, que ya se veía en sus libros primeros, se confirmó después con sucesivas entregas que rizan el rizo de la imaginación y el lenguaje, en una pirueta estilística que acaba creando adicción, entre sus cada vez más numerosos lectores.

Del 69 al 75 mucha obra, ya está dicho, y un segundo gran viaje, en vuelta a Europa, bajo la invitación, esta vez, de *Mundo Hispánico*, y con un ciclo de conferencias sobre Lorca, por pretexto, que es lo que vendía y vende por ahí. Alemania, de nuevo, Holanda, Suiza, Suecia, Dinamarca y Noruega, entre otras, son estaciones de un largo periplo que Umbral recuerda con más cariño que su primera gira de cronista.

—¿Y hubo o no hubo esta vez un maricón en cada aeropuerto?

—*Sólo algún joven español, en algún sitio que ya no recuerda. Pero poca cosa.*

—Pero sí muchas Mariluces.

—*No. Una sola Bodil, profesora, que se me apareció en Oslo, y que luego traduciría algunos cuentos míos al noruego.*

—De manera que no todo se quedó en *affaire* de viaje.

—*Hasta ha venido algunas veces a Madrid. La última, yo había quedado en el Gijón, con otra señorita, y antes de que se me juntaran las dos en el sitio, se la pasé al periodista Raúl del Pozo, que pasaba por allí.*

Obra, viajes y mujeres. Ésta es la síntesis de seis o siete años de despegue. Viajes, amores y más obras. Desde nuevas biografías, *Miguel Delibes* o *Lord Byron*, a reversiones de su infancia y adolescencia, *Los males sagrados* o *Memorias de un niño de derechas*, o crónicas impuntuales del Madrid más puntual, como *El Gioconda*, una novela de personajes que le dio el prestigio de un primer *best-seller* y el peligro de ganarse, en cualquier esquina, cuatro hostias de algún popular que no se sentía demasiado bien tratado y retratado en aquellas páginas más bien impías. Paralelamente, se adensa su copiosa producción periodística, fortalecida por la serie «Diario de un escritor cansado», que recogía *La Vanguardia*.

Ha dado, en fin, el gran tirón, en lo profesional, pero en lo personal, la vida, que no perdona, ya le ha abierto una segunda honda llaga, con la muerte del hijo, justo al lado de aquella otra que fuera la pérdida de su madre, años atrás, cuando él decidía echar ancla en el mundo con el poco peso de una máquina de escribir.

Hacia adentro, pues, callarán sendas heridas, como piedras vivas, para siempre en el lago del corazón. Hacia afuera, cobrará ironía el gesto, arrogancia el andar, maledicencia la prosa y fama su figura, que crece en altivez de melena, desdén de abrigo y provocación de larga bufanda roja.

—Muere tu madre y te haces escritor. Muere tu hijo y te consagras. ¿No tienen que ver estas dos ausencias, y perdona, Umbral, con tu mayor fe en la soledad de la escritura?

—*No me lo había planteado, pero es una pura coincidencia de fechas. Mi madre fue mi verdadera escuela literaria y, por tanto, siento que no me viera escritor. En cuanto al hijo, sólo supone, en lo literario, Mortal y rosa, y ni siquiera, porque yo había empezado a escribir un libro sobre él, que provisionalmente se titulaba Estoy oyendo crecer a mi hijo y cuando enfermó, mortalmente, las páginas cambiaron de rumbo y la novela se hizo sola, desde la salud a la enfermedad, hasta la muerte.*

Umbral/Umbral

Umbral, de abrigo y estatura, yendo a comprar el pan, Umbral, de bufanda roja y bota negra, llegando a los estrenos, como si él fuera siempre el autor de la obra, Umbral, de adjetivo e insistencia, declarándose a Ana Belén, desde el confesionario de la columna, Umbral, de melena y lujuria, quitándole la breve braga blanca a alguna actricilla de temporada, en las revistas, Umbral, de ironía y spleen, hablando de política en cheli, Umbral, de vaqueros y desmadre, molando en los conciertos de un joven Ramoncín, que era perfil de navaja y ángel caído con gafas antifaz y chupa de cuero.

O bien Umbral, de diván y esnobismo, con Pitita Ridruejo al costado, unas tardes, y otras, con el Padre Llanos, al otro costado, Umbral, de camisa rosa, en cuello volado, y mandíbula insolente, en perfil romántico, firmando panes, en lugar de libros, frente a multitudes lectoras, Umbral, de optalidón y neologismo, hablando un lenguaje de colores por sobre el gris tipográfico de la prensa, Umbral, de gravedad y pose, diciendo en titulares «me llaman por igual las marquesas y los obreros», «el universo es provinciano», «el naturalismo ha muerto, viva la escritura» o «de pequeño soñaba con ser una estrella como Amparo Rivelles».

Umbral, de alevosía y dandismo, por un Madrid conquistado, y Umbral, Francisco Umbral, de subjetividad y febrícula, por los papeles patrios, donde ya es ilustre convidado al palco del más alto columnismo.

Umbral/Umbral.

Toda esta asamblea de Umbrales, revuelta estampa cronológica, del 75 al 85, todo este ajeteo de nombres y momentos, con que ahora, aquí, abreviamos alocadamente su semblanza de una década, viene a explicar, mejor que ninguna otra cosa, la muy frenética y no menos desconcertante laboriosidad o actividad de nuestro autor, en los citados años, una actividad que, en lo social, pasa por todo fasto que se precie y, en lo literario, pasa por la publicación de más de 35 títulos, entre novelas, ensayos y recopilaciones de artículos, a más del torrente periodístico, que daría, en rigor, para millares de páginas, en caso de que algún osado se diera a la hazaña de la encuadernación.

Ha llegado, en el 76, al recién creado periódico *El País* y ahí arrancará con una sección, «Diario de un snob», donde, al hilo de lo que pasa, cuenta lo que a él le pasa, empedrando de pormenor, intimidad y anécdota las playas de la actualidad, en un ejercicio de impúdica implicación personal que ya tuvo antecedentes en sus maestros Ortega y González-Ruano.

Bien sé que a Umbral las gentes, demasiadas gentes, le conocen por su faenar periodístico, y aún más por su omnipresencia en *El País*, donde mantuvo, diariamente, la firma durante casi doce años. Bien sé que el noviazgo o binomio *El País/Umbral* es algo que no sólo ha calado en el peatonaje que tiene por costumbre frecuentar los quioscos sino que ya constituye un afortunado encuentro, en la historia del periodismo español. También Umbral lo sabe pero al igual que uno, con perdón, a la hora de hacer recuento biográfico, con este libro, no desciende a pensar que el gran rotativo madrileño fuese la causa única y rotunda de su consagración, aunque, desde luego, contribuyó lo suyo a situar al escritor en esas alturas de excepcionalidad a las que siempre se supo llamado.

—Creo que no dudaste ni un minuto en aceptar de Juan Luis Cebrián la columna diaria.

—*Ni un momento, es verdad. Al mes o a los dos meses de crear El País, Cebrián me dijo: «este periódico tan serio vende poco y necesita firma diaria, ¿aceptas?». Acepté y se quedaron acojonados, porque la mantuve casi doce años.*

—¿Tu columna era lo mejor del periódico?

—*Era un pilar fundamental, junto al Editorial de Javier Pradera. Esto no es boutade mía. Lo ha reconocido Polanco, Cebrián y todo el mundo.*

—¿Cuánta gente se te acercaba por salir, al día siguiente, en tu columna?

—*Mucha, claro, igual que mucha me llamaba por teléfono, a ver si de paso influían en lo que yo contaba, y otra me enviaba cartas, miles de cartas. Aquella época, a nivel de calle fue muy fuerte. Pero no menos fuerte que ahora. Yo comprendo muy bien eso que dicen nuestras folklóricas de que la fama es algo muy pesado.*

—Y sabes muy bien lo que es salir a la calle, en plena transición, de popular, rojo y ateo.

—*También. Durante la transición viví temporadas en Barcelona, otras en Madrid, pero en casa de mi cuñada, en Moratalaz, y en apartamentos de amigos, oculto por temporadas, cuando veía que la cosa se ponía fea y me arreciaban las amenazas.*

—¿Llegaste a tener miedo físico?

—*Muchas veces. Sobre todo desde la muerte de Franco a la llegada de los socialistas. Por la calle Serrano, Goya, Velázquez y otras próximas, en el barrio de Salamanca, que era zona nacional, digamos, sólo pasaba en coche, por ejemplo. En más de una ocasión me sitiaron jóvenes ultras, con bates, navajas y otros aperos, y en la Cervecería Alemana, en la Plaza de Santa Ana, salí más de una vez por pies, ante el peligro de cuatro cabrones, que me querían linchar, allí mismo.*

Umbral, en *El País*, vende intimidad, naturalmente, intimidad y literatura, por encima o por debajo de todo el andamiaje de nombres y hechos que iluminan la transición española. Umbral ha descubierto que explicándose a sí mismo, como hombre, explica al resto de la humanidad. Modesta pero eficazísima creencia que ya había practicado y que ahora cobra más desatada intensidad, desde sus diarios de snob a *La Elipse* o *Spleen de Madrid*, dos de las secciones que mantendrá en el mismo periódico, con el pasar del tiempo. «Artículos, artículos, artículos. Una forma de autodestrucción. He vuelto a hacer artículos. Cientos, miles de artículos. Los artículos, primero, fueron mi procedimiento para irme autoestructurando. Eran una construcción, piedra a piedra, paso a paso, el hacerse un nombre, un hombre y una vida día a día, palabra a palabra. Ahora, consumado todo, son una autodestrucción, y con cada artículo voy quitando un soporte a mi vida, a mi obra, voy desarticulando pieza a pieza el almacén trabajoso e inútil de mi vida. Los críticos, los lectores, las gentes dicen que el escritor puede quemarse con tantos artículos, pero el escritor, contrito, aterido, solo, doliente, huérfano de todo, lo que quiere es eso, más que nada, y ha encontrado en el artículo una forma de arder, de desaparecer, una labor inútil y fragmentaria en la que deshojarse y morir».

—Según tu ejemplo, queda claro que a la gente le interesa la firma periodística.

—*Sin duda. A la gente le interesa informarse, pero además le gusta que por ahí, entre noticias y noticias, haya un señor o una señora que da la cara, su cara, y no naturalmente, en una foto, al lado de la rúbrica, que también hay que darla, sino en el sentido más atrevidamente confesional.*

—Alguien a quien poder poner a parir.

—*Claro, porque la gente quiere tener delante a un ser humano, se identifique o no con lo que le cuenta.*

—¿Y tú prefieres que se identifiquen o que no?

—*A mí qué más me da, mientras me lean. Tengo comprobado que la gente exige leer lo que quiere leer, o sea, lo que ella piensa, o bien justo lo contrario, eso que detesta y que le da motivo de polémica. Tú sabes la de cartas que yo tengo, remitidas a los periódicos o a mi casa, diciéndome que soy maravilloso y cojonudo y de paso poniéndome de rojo, insoportable, pedante y ateo.*

En el 75, le dan el premio Nadal, por su novela *Las ninfas*, un libro que continúa y cierra, momentáneamente, el tema de la infancia y la adolescencia, donde Umbral vuelve a encontrar renovada versión vivencial, con los crudos años 40 de fondo, en sombrío concilio de moralistas y mendicantes, ganadores de la guerra y perdedores de la paz, todos por sobre la vida de unos muchachos o muchachas rubios como el muchacho rubio que fue Umbral y, como él, ávidos por despertar ante el misterio del

mundo. El libro tiene todas las virtudes de la estilística umbraliana. Se lee rápido, en su densidad, se disfrutan párrafos cuajadísimos de metáfora, y se acaba inmerso en ese clima cuarentañista, adverso y atardecido que pintan las páginas. Porque Umbral es escritor de larga memoria, pero además es estilista de climas. Para colmo, *Las ninfas* se vendió —y aún se vende— bien.

Cuando le concedieron el Nadal, algún periódico tituló: «Al premio Nadal le han dado el Umbral». En efecto, nuestro escritor está ya en eso que los poéticos gacetilleros llaman «la cresta de la ola», una ola en cresta que es publicar, insaciablemente, a más de la cita matinal en *El País*, en innumerables revistas, de *Destino* a *Interviú*, de *Triunfo* a *Hermano Lobo*, todo con renovado lenguaje en filo, que enseguida creó escuela, hasta hoy, y todo en convivencia con libros y más libros, de *La noche que llegué al Café Gijón* a *Diario de un escritor burgués*, de *Los amores diurnos* a *Los Mechas arborescentes* o *La bestia rosa*, de *Diccionario cheli* o *Trilogía de Madrid* a *La fábula del fallo* o *El hijo de Greta Garbo*, por abreviar, y citando aquellos que, a vuelo de memoria, me parecen más significativos y logrados, dentro de su afán experimentador o explorador y siempre de cara a tres de sus grandes temas u obsesiones: la infancia y adolescencia, Madrid, y el erotismo.

Umbral, en torno a los 80, ya escribe todo lo que piensa y publica todo lo que escribe.

¿Y nunca te dijiste: bueno, ya soy Umbral y ahora me paro?

—Jamás.

Umbral, por aquel entonces, está en todas partes y todas esas partes están en Umbral, que no falla un día en el cronicón a su aire, granado de negritas.

¿Y nunca te dijiste, delante de la máquina: joder, y cómo sigo ahora este artículo?

—Jamás.

Umbral es, ya, Umbral/Umbral, por enfatizarlo, otra vez, con esa barra tipográfica que él inventó y acuñó, justo el momento de ver cómo crecen los enemigos, que es la medida del reconocimiento, si no del triunfo.

—¿Y nunca te dijiste: mídete un poco, tío, que te pasas de deslenguado?

—Jamás.

Lo que pasa es que, también por entonces, en torno a los 80, no resultaba infrecuente comprobar cómo se le enfeudaba a Umbral en los latifundios del columnismo, cuando la crítica literaria competente —como si la hubiese incompetente— se daba a enjuiciar los valores de nuestros escritores contemporáneos. De la misma manera que, entre faunas de redacción y otras agrupaciones matinales, despachaban su presencia con un desdeñoso y un punto malcarado: «ah, Umbral, ese escritor». O sea, que tanto los primeros, insobornables de solapa, solapa en verjurado o pura lana virgen, como los segundos, vocacionales del pie de página, no dudaban un instante en quitarse de enmedio —Umbral escribía mucho y en sitio visible, como hoy— al autor de *Las ninfas*, *Diario de un snob* o *Mortal y rosa*.

En rigor, todos podían hacerlo, pues que Umbral es escritor, en periódico o libro, desde hace siglos, y enseguida llegó a exhibir eso tan decisivo que es la voz propia, un don que le permite plagiarse a sí mismo, constantemente, sin merma en lo sorprendente del resultado. Mientras muchos se han escaseado en la sequedad de sus vidas y obras, él ha ido llenando su tiempo, ensanchando la memoria y colmando sus cántaras con el caudal de su verbo en ojiva y la infatigable fontana del subjetivismo. Siempre es él, bien en las páginas que da a la fugaz siembra del periódico o bien en los folios que espesan sus novelas.

Es, pues, casi de entender que los escritores, o al menos muchos escritores, que se ve que se desayunan al Umbral periodístico, ya por entonces, lo adscribieran al papel de prensa, como una grulla de lujo o rareza, dentro del sufrido gremio. Los periodistas, por su parte, se lo arrojaban a las pesadas plumas, como un exquisito intruso. De manera que unos y otros le iban leyendo, le van leyendo. Esto, cuando menos, molesta, cosa

que, baudelairianamente, o sea, modernamente, constituye un arte aparte, un aparte del parcelado arte mismo: disgustar, esa aristocrática delicia.

Lo mismo es que Umbral, pienso yo, ahora que no pienso nada, porque escribo, quizá es que Francisco Umbral, digo yo, que ha leído a fondo a Baudelaire, desea que no se olvide a tan gran poeta, al que alude entre líneas.

—Hay mucho en ti de Baudelaire, Umbral.

—*Muchísimo.*

—Pero más como actitud personal que como influencia literaria.

—*Probablemente. El gesto baudelairiano, en mí, es absoluto, como actitud ante la vida y como actitud ante la literatura. Es decir, que esa confusión vida/obra, ese vivir la literatura como una absoluta profesionalidad, pero además como una profesionalidad desesperada, que a nada conduce, me parece la relación más lúcida de un autor con su escritura.*

—Y en ti, al lado de Baudelaire, Marcel Proust. O eso das a entender.

—*Es que no están tan lejos uno del otro. Parece que Proust es la minucia, la observación minuciosa, y que necesita diez páginas para explicar un gesto de la señora de Guermantes, que Baudelaire hubiera resuelto en un verso, en una metáfora, y esto no es verdad. En esas diez páginas que Proust pudiera dedicar a Odette o ala señora de Guermantes hay mucha psicología, mucha sociología, costumbrismo, claro, mucha cultura, pero de pronto, aparece la metáfora baudelairiana. Y dices aquí está, ahí está el aprendiz de Baudelaire. Lo demás es sociología, cultura, divagación, una delicia, un prodigio de estilo, una prosa asombrosa, claro, pero la capacidad de síntesis permanece escondida. Cuando Proust dice que llega la criada, descubre las cortinas y el cuarto se ilumina de luz y es como si desvendasen una momia egipcia, eso ya es Baudelaire. Un Baudelaire enmascarado por la profusión arborescente de la prosa.*

Precisamente la confusión vida/obra, en Umbral, esa fusión creación/vivencia es el primero y principal obstáculo de este libro, que parece pretender la frontera entre ambas cosas, según servidumbre del género biográfico, cuando en rigor no viene sino constatando la apasionante unicidad que es una literatura vivida o una vida lirificada. Por fortuna, a uno, que es también baudelairiano, esto, más que desalentarle, aún le incentiva más, obviamente. *La noche que llegué al Café Gijón* es un libro rauda, apretado de nombres y suelto de anecdótico y ahí encierra o libera Umbral sus andariegos 60, cuando se comía, cuando tocaba comer, en «El Comunista», tasca a las traseras del Gijón, y se iba luego a éste a demorar la tarde con más tertulia que café, con más mala leche que cafelito con leche. Libro en torno al Gijón y sus gentes, en efecto, o sea, libro crónica, fluyente y confluyente, con mucho entrar y salir de escritores, poetas, cómicos, putas, modelos y demás exquisiteces de la época, que podríamos contrastar con otro título, *Diario de un escritor burgués*, y no tanto por radicales diferencias temáticas, que las hay, sino porque este último, a modo, claro está, de anotación diaria, incluye unas páginas remansadas, enlagunadas de reflexión y aquietadas de minucia, al vuelo de los días y en rincón de intimidad, donde una vez más el autor parece escribir sólo para su propio goce, descuidado de resultar brillante, ocurrente, barroco o irónico. Y lo consigue todo junto.

—Para colmo de significación, eres muy alto, tienes una voz ofensiva y vistas extravagante.

—*Yo cultivo «una imagen».*

—¿Desde cuándo?

—*Pues casi desde niño, cuando me ponía la bata negra de mi abuela, delante de la consola.*

—O sea, que en ti la imagen es deliberada.

—*Por supuesto. La imagen es importante y ayuda a vender. Casi todo el mundo vende imagen, fijate, incluso Unamuno. Hay escritores sin imagen. Delibes, por ejemplo, tiene*

menos imagen que Cela, lo cual no quiere decir que sea menos escritor. Camilo llega a los sitios y es espectacular y Delibes puede pasar inadvertido.

La noche que llegué al Café Gijón es el Umbral joven, inquieto por rendir Madrid a los pies de su Olivetti, apenas asomado a la jungla literaria de la ciudad, que es un nido de lobos halagadores y otras especies de mayor o menor depredación. *Diario de un escritor burgués* es el Umbral maduro, escéptico, irónico consigo mismo, ya con las piernas colgando, sobre las tapias de eso tan dudoso que es el éxito, que rompe a monologar contra sí, en unos párrafos donde la literatura se mira en espejos de inutilidad y el hombre en pozos de nostalgia.

Entre uno y otro, quizá, se levanta *Trilogía de Madrid*, libro posterior, magno mural del siglo, con algo del ritmo ajetreante de la ya lejana *Travesía de Madrid* y desde luego mucho de la riqueza del columnismo literario, cuyas páginas constituyen cima creadora del autor, junto a *Mortal y rosa* y *El hijo de Greta Garbo*, al que enseguida acudiremos.

Travesía de Madrid es, sencillamente, un hallazgo estilístico, en molde de memorias, donde, por largos momentos, no se sabe si Umbral biografía Madrid o es la ciudad quien glosa al autor. Umbral entendió muy pronto qué rara cosa en desperezo es la ciudad y en esa percepción no hay tanto de esfuerzo reflexivo como de convalecencia literaria. Más que encontrar Madrid, Madrid le encontró o eligió a él. De este privilegio ha vivido su columnismo, tan lucrado de calle, y de ese mismo privilegio goza *Trilogía de Madrid*, espíritu en pie de una ciudad que amanece por los mercados de Legazpi y atardece por los nortes residenciales y espejo de un siglo que empieza en Galdós y termina en Tejero, según libre cronología del autor. «El artículo fue mi hacha de guerra, mi estilete, el arma que me dio la vida para entrar a saco y vencer, la espada corta y segura con que conquistar y construir un pequeño imperio personal. Y ahora lo vuelvo contra mí, desahogo mi obra en artículos, me disperso, me fragmento, porque hacer libros es construir con voluntad de pervivencia, con fe arquitectónica, y eso me resulta ya siniestro. He hecho algunos libros, no muchos, demasiados en todo caso. Y haré algunos más, quizá, atraído por el vértigo de la inutilidad, por esa concentración de vacío que es un libro. Pero lo que quisiera es este suicidio del artículo. Ya que no he tenido valor para destruir mi vida, voy a destruir mi obra, a fragmentar en artículos dispersos lo que pudiera haber sido un todo completo y edificado».

Umbral, de bufanda y estatura, presentando su libro erótico *La bestia rosa*, en el almacén de escaparates de El Corte Inglés, entre maniqués femeninos, y al costado de Luis Berlanga, Umbral, de abrigo y aguante, a punto de ser hostiado por el mocerío ultra, en grandes cafeterías acristaladas, Umbral, de alma macho y verbo en taco, perseguido a mano armada de spray por las aguerridas feministas, hasta la fachada de su casa, donde lo ponen de violador para arriba, Umbral, de negrita e insistencia, volviendo a la moda un foulard o un bar, a golpe de adjetivo, Umbral, de canalleo y coctelería, entre el cheli de Malasaña y la sintaxis Dior de las marquesas. Umbral/Umbral, entre el porro de madrugada y el té de las cinco. Algo así, un jaleo así son los 80, para el escritor, que se reparte en libros y artículos de la misma manera que se reparte entre el lumpen y la *jet-set*. Todo sea dicho en el más riguroso de los sentidos, porque más de una acratilla o marquesa se tiene ligada, por ésas y posteriores fechas.

—Has amado tanto a las mujeres como odiado a los homosexuales.

—*Eso no es verdad. A los homosexuales no les odio, al contrario. Les adoro, me encantan. Ahí está mi devoción por Marcel Proust, por ejemplo, o por Oscar Wilde.*

—Digo sin literatura de por medio.

—*Tengo muchos amigos homosexuales. Tanto ilustres como desconocidos. Es más, muy a menudo, les pego broncas, porque están todo el día reclamando derechos cuando ya los tienen todos. El reprimido, por la ley y las costumbres, soy yo, en el*

fondo, porque me gustan las niñas de doce o trece años y eso sí que no tiene solución. Ellos encontrarán a otro hombre, pero yo, ¿dónde encuentro a mi niña de doce o trece años? Y si lo reivindico, voy a la cárcel. Y por ser maricón no vas a la cárcel nunca.

—¿Tú veleidades homosexuales no has tenido nunca?

—*Sólo proposiciones. De joven, por parte de los viejos, y ya de maduro por parte de los jóvenes, que incluso vienen a verme a La Dacha, con la coartada de la cosa cultural, y se me confiesan.*

—¿Cómo que se te confiesan?

—*Sí, me vienen maricones y me cuentan cuándo y cómo les desvirgaron y esos asuntos suyos.*

—Que usas la palabra maricón con demasiado énfasis, Umbral.

—*Lo que pasa es que la palabra me da juego literario. Si escribo «era un bar donde había yuppies, drogados y maricones», pues la frase tiene fuerza y, sobre todo, me divierte. Igual que me divierten las palabras braga y puta, que tienen toda la fuerza del mundo. De pronto, llamarle a un tío maricón, al margen de que lo sea o no lo sea, es muy literario.*

—Y también te divierte la palabra picha.

—*Enormemente. Es una palabra muy hermosa que ya no usa nadie, por cierto.*

—Y la palabra orgía.

—*También es muy bella y literaria.*

—¿Pero tú de orgías sabes algo?

—*Mucho.*

—Será de oído.

—*No. Yo he sido a veces sociólogo de orgías.*

—O sea, mirón.

—*Sociólogo, cono, sociólogo de la orgía.*

—¿Y cuál es tu tesis?

—*Pues que hay un primer momento en que se puede ver algo morfológico, la orgía llega a ser como un gran cuerpo plural, y uno se da cuenta de que aquello empieza con una gran euforia y acaba atomizándose. Atomizándose en parejas. Ese cuerpo plurimembre va desflecándose en parejas. Pueden ser dos hombres, o dos mujeres, pero lo más frecuente sigue siendo un hombre y una mujer. ¿Qué quiere decir esto?*

—Que la pareja es una condena.

—*Y además que nuestra imaginación erótica y sexual nos traiciona. Tú, que has captado mi fidelidad a ciertas frases, habrás leído eso de Max Frisch, que yo repito a menudo y que dice: «los cuerpos son honrados». Al cuerpo no se le puede engañar. La imaginación se programa para una gran orgía y de pronto el cuerpo no responde. Y no en el sentido de que se canse, que se puede cansar, claro, sino en el sentido de que, de pronto, un señor ve a una señorita desnuda, y se obsesiona con ella. El problema, entones, es hablar, como sea, con aquella señorita, que todo suceda con aquella señorita, y hacerlo todo, en fin, pero con aquella señorita.*

Si, para Umbral, los años 60 son época de conquista literaria, con el Gijón por eje, de día, y de noche el pub Oliver, regentado por Adolfo Marsillach, los 70, iluminados por el hippysmo, son la madrileña Plaza de Santa Ana, con la cervecería alemana por templo, enmedio de un jaleo de fakires, magos y otras razas nómadas, y los 80 son el barrio de Malasaña, incendiado, cada madrugada, de libertad, alcohol, droga y demás paraísos de la movida. Un nocturno minifundio lumpen del que el escritor sale para entrar en el enmoquetado mundo de eso que se ha llamado, abreviando, guapa gente de derechas, y al contrario. Por un lado, en fin, el tirón marginal, tan hondo en nuestro autor, y por el otro la veleidad proustiana y hasta snob, no menos ahondada, aunque le pese, que no le pesa tanto. De aquí que, entre su caprichosa fauna literariovivencial, figuren Juan Luis Cebrián, el señorito, el Padre Llanos, Santiago Carrillo, Ramoncín, Ana Belén,

Pitita Ridruejo, Alaska, Cela, Marsillach, Carmen Diez de Rivera, Agatha Ruiz de la Prada, Francisco Fernández Ordóñez, Tierno Galván y más gentes, todos en vecindad de una columna que se nutría tanto de Madrid como Madrid, y tantas provincias, al día siguiente, de ella misma. «Con cada artículo que escribo pierdo la posibilidad de hacer un poema, un ensayo, un relato, algo más consistente y continuo. Y así, en cada artículo entierro y amortajo para siempre una dirección de mi vida, o varias direcciones, dejándolo todo incompleto, insinuado, quebrado, roto, maltrecho y malogrado. Estoy llegando, sí, a esta voluptuosidad negativa del artículo de periódico, como sacrificio, como inmolación, como amortajamiento de criaturas que pudieron crecer y vivir. Con cada artículo desanudo un nudo de la trama de mi existencia, y me voy quedando suelto, ligero, vacío de posibilidades, irrealizado».

—Tus columnas están muy habitadas, sobre todo las de *El País*.

—*Es que la columna, el periodismo, tenía que alimentarse de las gentes, pero no de cualquier tipo de gentes, sino de aquéllas que significaban algo, en determinado momento.*

—Pitita Ridruejo, Ana Belén, Ágatha Ruiz de la Prada.

—*Claro, cada una es representativa de un momento, de una conducta, de una condición o actividad. Yo las he usado para humanizar lo que cuento, de la misma manera que uso a los políticos, con nombre propio y rasgos personales, para humanizar el columnismo político, que es el que más hago ahora.*

—Tú has escrito de las mujeres que da la literatura. ¿Se ligaba desde una columna de éxito?

—*Nada. Se ligaba en la calle.*

—¿Y con Ana Belén, al final, nada?

—*Nada. Y no porque no me hubiera gustado, que ya insistí yo lo mío.*

Los bohemios 60 tienen, para Umbral, sus nocturnas y literarias trincheras en el Gijón, en el pub Oliver y en la discoteca Carrusel. Los prometedores 70 tienen su revuelto enclave en la Plaza de Santa Ana, un sitio que perdería protagonismo al ganarlo el barrio de Malasaña, ya en fronteras con los 80, que es cuando el escritor se da a frecuentar las discotecas Joy Eslava o Pachá, santuarios de la *jet-set*, perfumado linaje en el que el escritor se ve, de pronto, envuelto sin saber muy bien por qué, según él mismo se encarga de resaltar. Estos son los sitios habituales del cronista, a lo largo de veinticinco o treinta años, sitios que vienen a coincidir con tres de sus bienamadas tribus urbanas, la bohemia literaria, la acracia de marginalidad, y la gente bien/bien, en orden cronológico. Todo ello lo ha frecuentado Umbral, de modo profundo y apasionado, y a esos mundos ha prestado su fino oído, que unas veces robaba palabras a una comicanta, otras a una embajadora y no menos al alucinado escuadrón de la acracia, que enriqueció de cheli y otros hallazgos metafóricos el barroco espesor de su castellano, en el periodismo e incluso en los libros, donde cuajó un excelente diccionario cheli. Gentes y gentes, así, van apareciendo y reapareciendo por sus obras, un lujo de nombres al que opone, de cuando en cuando, nuevos títulos volcados a la infancia, *Los helechos arborescentes*, o *El hijo de Greta Garbo*, o bien embriagados de erotismo, *La bestia rosa*, *Los amores diurnos* o *Fábula del falo*.

Los helechos arborescentes es libro prodigioso de lenguaje, alucinógeno de imágenes y carnal de estampas. Mural de una casa de lenocinio, en Valladolid, bajo la mirada de un mágico niño intemporal, en sus páginas hay, otra vez, ese placer estilístico que nos reconcilia con la lectura larga, lenta y degustadora. Lo mismo que ocurre en *El hijo de Greta Garbo*, poema en prosa a la madre, canto de un clima lírico, amoroso, incluso erótico, que es el que el hijo que él fue mantuvo con la madre, sólo que iluminado, ahora, por la luz sacral de la memoria.

La publicación de *Los helechos arborescentes* le lleva de nuevo a París, donde pasa una temporada y rebautiza, durante ésta, su *Spleen de Madrid* como *Spleen de París*,

que escribe, a diario, desde la ciudad francesa. Si años antes ha viajado por las servidumbres del cronismo, ahora lo hace por la celebración de sus libros. Así, visita Frankfurt, Roma, Londres y Nueva York, entre otras. Londres le parece disparatada, Roma impresionante y París literaria.

—¿Y Nueva York, Umbral, qué es Nueva York?

—*El gótico del siglo xx, como ya dijera Agustín de Foxá.*

—¿Mejor o peor que Madrid?

—*Como Madrid, ninguna.*

«Con miedo, con sudor, con temblor, con frío, con calores, con inseguridad, con rabia, con luz o sin luz, escribo artículos todos los días y así hago el revés de mi obra, y contemplo el cristal suntuoso que pude fraguar, roto en los mil añicos de los artículos, deslogrado para siempre. No quiero hacer una obra, sino deshacerla. Me arranco artículos como el que se arranca la piel a tiras, como el leproso que se arranca la piel en pellas. He descubierto que el artículo es una brillante forma de fracasar». *Los amores diurnos, La bestia rosa y La fábula del falo.* He aquí la trinidad erótica de Francisco Umbral, en libro. Tres títulos sobre el sexo escritos desde el sexo, desde el cuerpo mismo, porque el escribir no es sólo asunto de lucidez o inteligencia, sino trance corporal donde la sintaxis habla por la piel. Si el erotismo es el momento peligroso del sexo, el lirismo es el momento peligroso de la poesía, también de la prosa, y de ambas verdades dan fe los libros citados, mayormente *Los amores diurnos y La bestia rosa*, que son textos abiertos, fragmentarios, inclasificables, mientras que *La fábula del falo* tiene hechuras de ensayo, rigores que luego la prosa y la invención se encargan de quebrar.

—¿Se escribe con todo el cuerpo?

—*Sí. Cualquier tipo de realidad, un cuerpo, un paisaje, una ciudad o una comida se viven y escriben con todo el cuerpo. No sólo los famosos cinco sentidos, sino la totalidad del cuerpo tiene que estar presente en la escritura, tomando contacto con lo que en ese momento se cuenta. Evidentemente, escribir es un cuerpo a cuerpo con el lenguaje y, a partir de ahí, todo cuerpo a cuerpo.*

—De modo que la escritura tiene sexo.

—*Sin duda.*

—¿Alguna diferencia entre homosexualidad y heterosexualidad?

—*Ninguna. Y ninguna en cuanto a experiencias de los cuerpos, claro está. Veo preferencias, eso sí, e inclinaciones, que dirían nuestras abuelas.*

—Tus inclinaciones siempre hacia la mujer.

—*Y a ser posible hacia la mujer joven. Casi niña.*

—¿Tú no tienes a menudo la impresión, después de haber estado con una mujer, en la cama, de que te has tirado a una diosa?

—*Claro. Y antes de habérmela tirado. Ten en cuenta que, en el trance sexual, amoroso, un cuerpo se torna mitológico para otro cuerpo. Mitológico sin apelar, por fortuna, a la mitología griega. Una mujer que por la calle es un ser usual o casual, que decía Santo Tomás, es, de pronto, desnuda en una habitación, un acontecimiento, algo grandioso, porque es lo insólito. Un cuerpo desnuda implantado en una intimidad burguesa, convencional se torna mitológico, mágico, grandioso enseguida. La prueba es que lo utilizan mucho los surrealistas. Una mujer desnuda, en intimidad, atenta contra el entorno. Lo destroza. O sea, que la experiencia es la de cohabitar con un dios o con una diosa, efectivamente.*

Los amores diurnos es libro adivinatorio y divagatorio, en torno a la mujer, y disfruta la valentía de homenajear las funciones y partes malditas del cuerpo. *La bestia rosa* es libro alocado y alucinatorio, en torno al hombre y la mujer, y tampoco rehúye la demora en la cópula y demás apoteosis sexuales. *La fábula del falo* es libro macho y hasta machista, en torno al hombre solo, de reflexión con su propio pene o picha. Bajo los

dos primeros hay dos hondos amores de Umbral, que en mayor o menor medida dan temblor vivencial al texto, y bajo el tercero hay sólo un hombre reunido consigo mismo, en soliloquio con esa pieza de vitrina o filo de ferocidad que es el falo mismo.

—Qué obsesión el falo, Umbral.

—A ver, qué otra.

—Digo para la mujer.

—*Tremenda obsesión, claro. Y obsesión callada, si te fijas, porque las mujeres son muy putas y ni lo dicen ni lo escriben, pero viven en la obsesión fúlica. No me cabe duda de que, dentro de la religión sexual de la mujer, de la religión del cuerpo del hombre, el falo es un icono para ellas.*

—Es que los hombres tenemos un cuerpo poco amenizado, o menos amenizado que el de las mujeres.

—*Claro, y en gran medida por eso el falo es un hecho insólito. La mujer va proclamando sexualidad, su cuerpo es un mensaje sexual constante, una descarga continua de mensajes sexuales. El hombre, el cuerpo del hombre no, no tanto, ni siquiera para la mujer. La descarga sexual no es tan fuerte. En compensación, el falo resulta tan insólito que la sociedad aún no lo ha asimilado ni asumido.*

—Lo que no asume es la erección.

—*La bloquea con la coartada artística, que es una asimilación en falso, hipócrita, convencional, y que da el falo museal, en todo caso. Por eso el falo no es sólo insólito, sino también prehistórico, no asimilado por la civilización.*

—Y de ahí viene su carácter icónico.

—*Seguro. Un carácter icónico que yo creo que es múltiple para una respuesta, porque lo mismo remite a la fecundidad de Príapo que a la religión secreta de la mujer. El falo, no lo olvides, es el icono secreto de una familia. Toda la familia, desde la abuela a la niña, que sabe que el padre tiene ahí una cosa poderosa que ha fabricado todo aquello, saben que alrededor del falo, del que jamás se habla, gira todo. El carácter icónico del falo es absoluto, hasta anatómicamente.*

—Y estrecha la distancia entre el sexo y el crimen.

—*Porque el acto sexual tiene mucho de crimen, de profanación y anulación de la otra persona, mediante el placer. La llega a destruir por completo. La mujer que yo, en sociedad, veo construida, luego es despiezada por el sexo, por el placer, y en eso, el falo, por lo general, ejerce de daga o cuchillo, naturalmente.*

—Hasta podría hacerse un listado de escritores fálicos.

—*La escritura fálica es frecuente, sí. Henry Miller, Norman Mailer, Hemingway, eso que llaman machistas, y que son escritores que escriben desde el falo, en hombre, en macho, y en macho que está penetrando y violando todo: la naturaleza, el relato, los personajes, la escritura, todo. Es un fenómeno frecuente, en algunos escritores, y no digamos ya en esos llamados fascistas, como Malaparte, y en alguna medida Valle-Inclán. Valle no es fascista en absoluto, claro, no haya equívoco, pero entre los hombres del 98, el más fálico es él, el que, por entendernos, escribe con los huevos encima de la mesa.*

Umbral llegó a *El País*, vendió intimidad y literatura, o sea, su propia vida, y la gente le leía hechizada. Había logrado envenenar, que es su credo de escritor. Del 76 al 88 las páginas del citado periódico le tuvieron por espada mayor del lenguaje. Luego, mudó de señorito, Pedro J. Ramírez le dijo «aquí tienes *Diario 16*, Paco», Umbral se hizo un «Diario con guantes», durante un año, y luego reapareció, para *El Mundo*, donde, hoy, lo suyo lleva por título «Los placeres y los días».

Umbral supo, como su maestro Baudelaire, que «en sociedad nos alimentamos del resto», y lo puso en práctica, nutriendo de gentes su prosa periodística. De la misma manera que supo, desde siempre, que la literatura sólo se nutre de uno mismo, en soledad. De la vida entera.

—Es curioso, Umbral, que tus viajes no te hayan servido para hacer literatura.

—*Es verdad, sólo me han servido para hacer periodismo. Yo sé que, en mí, hacer literatura de Nueva York o París queda postizo. A mi no me vale eso que hacia Hemingway de ir a un safari y luego, con lo visto, hacer una novela de leones. Eso es literatura turística.*

—¿De verdad no cambias Madrid por Nueva York o París?

—*Que no. Aunque ahora ya no me gusta ni Madrid, que está imposible.*

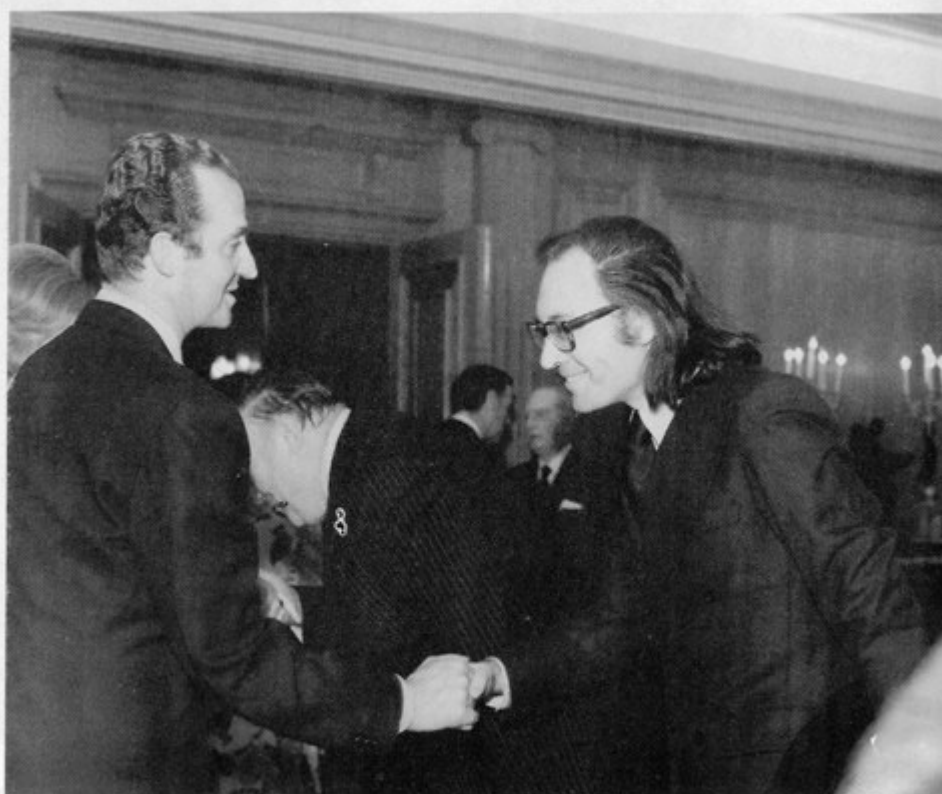
Como que desde el 85, después de dejar su casa de los nortes madrileños, vive en un bello chalé, La Dacha, que es hoy el refugio a su voluntaria retirada del siglo. La posteridad, con jardín y piscina, que, por más señas, queda en Majadahonda.



Francisco Umbral, midiéndole el seno izquierdo a la Mariblanca, en presencia del dibujante Alfredo.



Francisco Umbral, señalado con un círculo, de niño en el aula de su colegio, en Valladolid.



Francisco Umbral saludando al Rey Don Juan Carlos.



El escritor intimando con una jovencita, muy probablemente extranjera, en la madrileña Plaza de Santa Ana.



Francisco Umbral, vestido de lo mismo, firmando panes, en lugar de libros.



*El joven Umbral
de los años sesenta,
junto al pintor
Manuel Viola.*



*Umbral, primero por la izquierda, a finales de los cincuenta, reunido
con algunos compañeros de La Voz de León, donde hizo crónicas ra-
diofónicas.*



Francisco Umbral entrevistando a Marcelino Camacho.



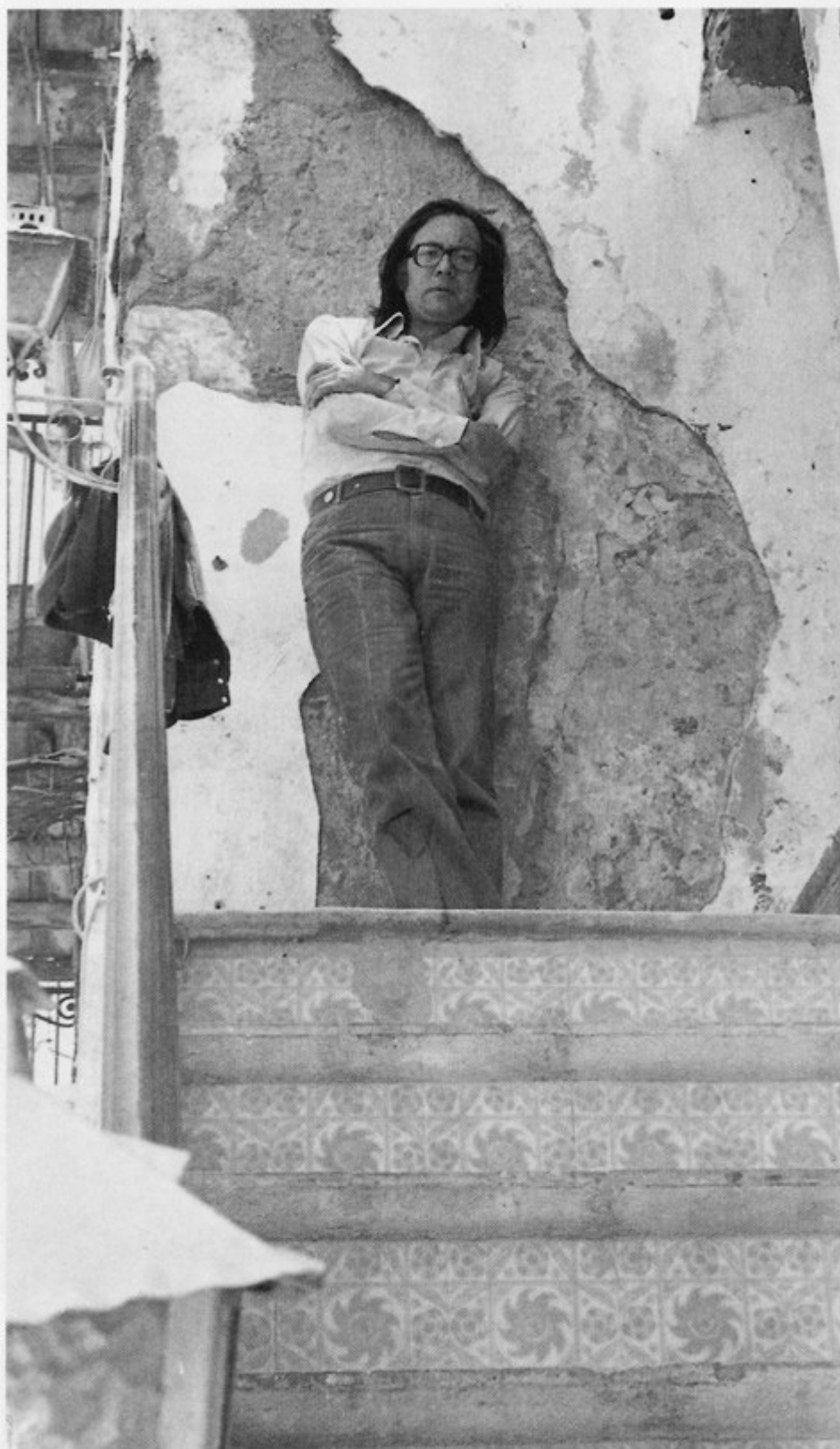
El escritor, a poco de trasladarse a Madrid, desde Valladolid, en una piscina municipal. Sentada, a la derecha, la que hoy es su mujer, la fotógrafa María España.



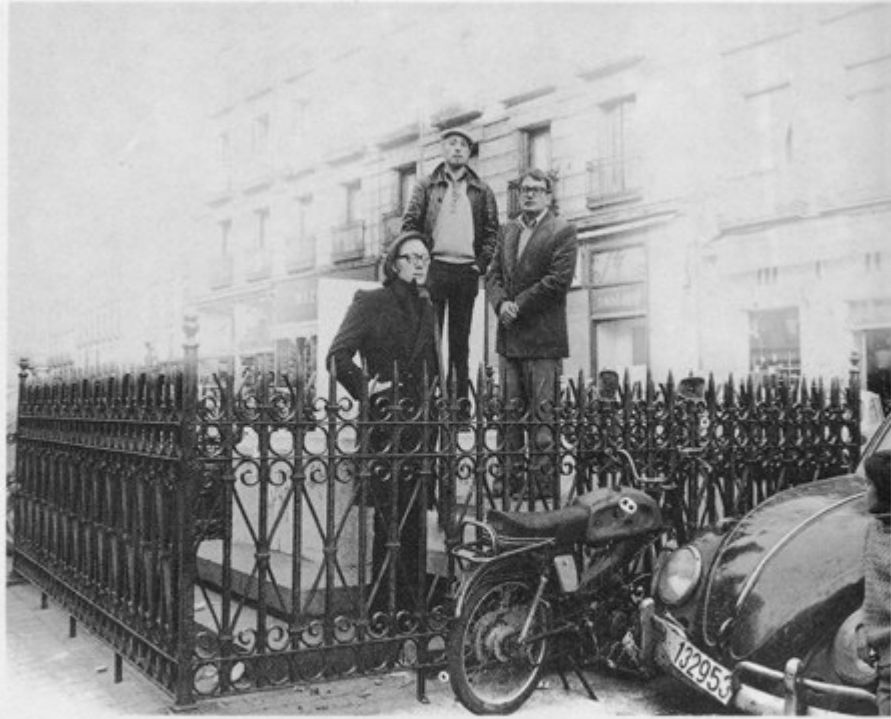
Francisco Umbral y José Manuel Lara, en abrazo, una noche de 1985. Obsérvese la heterodoxa indumentaria del escritor, que improvisa capa con chaqueta de alguna de las señoritas presentes.



Umbral, en su chalé de Majadahonda, La Dacha, con fondo de leña.



En la isla de Ibiza y en vestimenta muy acorde con la estética hippy de los años setenta.



En el Rastro madrileño junto a otros dos brillantes columnistas: Manuel Vicent y Carlos Luis Alvarez, Cándido. (Foto: María España.)



Cena de entrega del Premio Mariano de Cavia, galardón concedido en 1990 a Francisco Umbral por su artículo «Martín Descalzo», publicado en el periódico El Mundo. Entre otros, Camilo José Cela y Enrique Múgica.

La posteridad queda en Majadahonda

—Que como quieras, Umbral, o voy directamente a La Dacha, que yo creo que recuerdo el camino, de otras veces, o me recoge alguien, en algún sitio de Majadahonda, tú dirás.

—*¿Seguro que te sabes ya el camino?*

—Yo creo que sí.

—*Bueno, pues tú llegas a Majadahonda, esperas a la sombra escurialense del Pryca, y ya pasa España a recogerte.*

—Que no hace falta, Paco, que llego solo.

—*A las siete habías dicho, ¿no?*

—A las siete, sí.

Y uno tomaba coche, salía de Madrid, se adentraba en Majadahonda, y esperaba, puntual, a la sombra *escurialense* del Pryca, la no menos puntual llegada de España, de María España, la mujer de Umbral, en alfeta negro, que me hacía de guía por arboladas veredas, total cuatro giros, que aún recordaba yo de antiguas visitas, hasta desembocar en La Dacha, un chalé en piedra, arrinconado de espesuras, donde me recibía el escritor, para hablar de lo nuestro, que es él, que es este libro. Rodeos que exige la posteridad umbraliana, o sea.

La Dacha tiene casa desperezada de salones, jardín de cuidada selva y un jaleo de gatos y jilgueros que ponen más silencio o más trino, según, a lo recóndito del sitio.

—*¿Bien el viaje, Herrera?*

—Y aún mejor la sombra del Pryca, que no sabía yo que fuera escurialense.

—*Es que el Pryca es El Escorial de las salchichas.*

—Pero la próxima vez no molestamos a España. Yo ya sé llegar.

—*O llamas previamente y te recogemos, que esto está un poco oculto y lo mismo te extravías.*

La Dacha es una selva mimada en jardín, bajo cuyos sauces orina Umbral su libertad, a la caída de la tarde, y La Dacha es un chalé de espacio que amurallan los libros, aquí y allá, en revueltas bibliotecas, y barroquizan los cuadros, de Viola a Roldán, todo bajo un cielo residencial que comparten, como vecinos, el escultor Otero Besteiro y el futbolista Gordillo, entre otras gentes.

Durante las varias citas, siempre crepusculares, que dan varillaje a estas páginas, he estado con Umbral en un rincón de su salón, donde él escribe, cada mañana, sentado en sillónazo de mimbre, sobre máquina de escribir portátil, sobre la sencilla y eficaz *pluma* Olivetti de siempre. Ahí hemos tirado de álbum de fotos y he visto, de una, toda su vida, pasando del blanco y negro al color, en un recorrido que incluye su infancia de pobreza escolar, su adolescencia de chico aseado, su juventud de pelo corto, su madurez de desmelene y abrigo y su presenectud de vaquero gastado y delgadez abrileña, aunque él presuma de muy viejo y asegure tener la edad del siglo.

Ahí hemos barajado fotos y más fotos, sobre la mesa escritorio de Umbral, en un desorden que, es, en efecto, la geometría de una vida. De su vida. Desde la infancia en sepia a la posteridad en pose nikon color.

—*Fíjate, Herrera, la cara de gilipollas que se le queda a uno el día en que se casa.*

—La culpa de la cara siempre la tienen las fotos, Umbral.

—*Y mírame aquí, de avezado reportero, por los pueblos de Castilla. O aquí, ligando, de hippy, con una menor, en la Plaza de Santa Ana. Ésta lo mismo sí te vale para el libro.*

—Me vale.

—*Lo digo por los muslos de la niña, que está importante.*

Y durante las citas que son estas páginas, uno ha estado en el jardín de Umbral, mayormente, probando a poner un poco a un mucho de brida a su anarquía verbal, a su caos cronológico, que ya es sagrado, y a su razonar caprichoso, que es un deleite, al oído, pero una catástrofe, para la transcripción. Y eso que él tomó, siempre, agua, y

uno coca cola, con más o menos lujo de whisky, eso según arrojos del día.

—Venga, tómate un whisky conmigo, Umbral, que siempre desata la lengua.

—*Yo me desato con Solán de Cabras. Tú tranquilo.*

La Dacha es Umbral escribiendo, muy de mañana, sobre una levisísima portátil, apenas teclado y folio, y La Dacha es Umbral leyendo, ya en la tarde o noche, con las botas de tafilete por encima de una mesa, frente a una piscina donde, en invierno, va arrojando las últimas novelas de la narrativa española contemporánea, que se hunden, de golpe, como ladrillos de mucho tedio.

—Cuando quieras empezamos.

—*Cuando quieras.*

Aquí, bajo cielos oceánicos y a pronta hora, ha escrito *Sinfonía borbónica*, *Un carnívoro cuchillo* y *Nada en domingo*. Aquí, a pie de sauce y nikon en mano, han hecho guardia los alegres chicos de la prensa, el día en que a Umbral le iban a dar ese sillón de la Real Academia que nunca le dan, para irse todos, en contrariada jauría, a hacerle el reportaje a José Luis Sampedro, el afortunado.

—¿Y qué les decías a los periodistas, Umbral, durante la espera?

—*Pues que estaban todos completamente equivocados. Sampedro era el candidato de La Moncloa y en mi casa no hacían más que perder el tiempo.*

Y aquí, bajo verdores de un viernes y sobre mesa larga y exquisita, Umbral ha dado fiesta a un puñado de amigos, por celebrar el premio Mariano de Cavia, que es la mejor y más alta medalla que el escritor luce en su guerrera Saint Laurent de dandy que no cree en los premios. No recuerdo el menú de aquella tarde, en La Dacha, pero sí quiero dar, de un tirón, el artículo merecedor del galardón, titulado «Martín Descalzo», a modo de brindis rememorante:

«Desde la armadura de la diálisis y con marcapasos como candado de su corazón joven y viajero, José Luis Martín Descalzo, viejo tronco con sotana o de paisano, sigue haciendo su periodismo diario, valiente y terco. O sea, un periodista.

Le han puesto hace tres días el marcapasos y me dice Florencio Martínez Ruiz que ya quiere volver a su mesa en la redacción. A lo mejor hasta ni siquiera tiene carnet de periodista, aquellos carnets que daba Fraga en nuestros tiempos, los de José Luis y los míos, pero al periodista de raza y fe se le conoce por estas cosas. Conozco alguien muy cercano a mí que ha escrito el artículo del día al costado del hijo recién muerto, y niño. El periodismo es un sacerdocio o no es nada, y por eso es lo de menos, aquí, que Martín Descalzo sea sacerdote. El periodista es mártir y testigo (que, en su origen, como sabemos, son la misma palabra). Mártir de su fe y testigo de su tiempo. Fe cristiana, fe marxista, fe democrática en Abraham Lincoln. Lo que no se puede es escribir sino desde una fe. Y mártir siempre, el periodista, mártir/testigo también ahora con la democracia y el socialismo, que el otro día, en la tribuna de Prensa del Congreso, un policía de paisano me lo dijo:

—O se sienta o se va, que aquí no puede usted estar de pie.

Y ya no había asientos. Pero no me fui. Pedro Calvo Hernando le preguntó a otro policía, con malvada ingenuidad: “¿Eres periodista, oye?”.

Ahora ya no hay censura con oficina y letrado, claro. Tampoco con Franco la había. Nunca vi una puerta donde pusiese “Censura”. Había censuras, como ahora. Sociales, comerciales, particulares, estéticas, morales, caprichosas y hasta matrimoniales, o sea, las famosas “señoras” del Régimen. Pero poco puede la censura contra una fe en la escritura que sigue combatiendo desde la armadura hospitalaria de la diálisis y desde el corazón recauchutado de Martín Descalzo. José Luis era un curita progre de los cincuenta, en Valladolid, y se venía con nosotros, una punta de maudits adolescentes, a las cafeterías de moda, en la madrugada, con Jiménez Lozano y todos éstos. Entre Jiménez Lozano y él se inventaron, yo creo, la nueva teología, en la cafetería Maga de Valladolid, un sábado por la noche, y ya ven si luego la cosa ha dado juego, hasta

llegar a Hans Kung. Y con aquella alegre y tranquila pertinacia suya ha seguido en libros, artículos, teatro, revistas, hasta escribir entre el riñón artificial y el corazón desleal, pero siempre desde la lealtad a lo mismo y a sí mismo, a una fe (la que sea, ya digo) que finalmente es fe en la escritura misma, en el poder y la libertad de la palabra. Se lo decía yo, cuando entonces, a los escritores secretos del café, cuando no publicaban ni escribían por la censura: ¿Y cuándo en España se ha escrito sin censura? Bajo la censura está escrito el Quijote y escribió Quevedo. Bajo otra censura nace la generación del 27 y bajo la última dictadura amanece Cela, dispuesto a ganar el Nobel medio siglo más tarde. Y ahora lo mismo. Todo lo que Semprún está haciendo con Cela es censura, los informadores parlamentarios estamos en las Cortes como en un campo de concentración, pero el poder de la fuerza, la fuerza del Poder al fin no puede nada contra la débilísima escritura, contra la luminosa telaraña de las palabras. Todos, José Luis, amor, escribimos en los periódicos haciendo de tripas riñón, echándole riñones, como tú, acorazonados por el marcapasos de una fe en la vida, en la libertad y en ese señor que pasa. Ahora que torna la migración sombría de las censuras inconsútiles, monetarias, partidistas, pienso en ti cada mañana al ponerme a hacer la columna, y tomo fuerzas de tu fuerza convaleciente y terca, que sigue siendo la de entonces. Fe».

Sinfonía borbónica es la novela del aquí y ahora de los 80, unas páginas corales del Macromadrid más o menos anocheado donde los personajes entran, se saludan y se van, como llegados a una fiesta, como convidados de urgencia a la bacanal barroca del texto, más pendiente de glosar que de argumentar. Libro de goce estilístico, una vez más, y libro levantado sobre la cimentación humana que es Madrid, eje urbano que comparte *Nada en domingo*, donde sólo se cuenta una noche, donde la noche, más que el autor, narra a un umbrío personaje desolado, errante y roto, que llega al alba, o sea, al final del texto, con el único y arrastrado equipaje de su soledad, que es la reflexión de fondo que anima éste y muchos más títulos umbralianos.

Entre las dos, *Un carnívoro cuchillo*, libro crudo y cruel, de vuelta a la memoria de adolescencia, donde unos jóvenes se alían, en salvaje camaradería macho, para hacer de la violencia un arte y de la sangre una rara alhaja. «Por la mañana, solo otra vez en la casa, como en otra vida, reúno en el espejo los fragmentos de mi cronología que no han volado con el tiempo de anoche, desayuno cosas frías y vagas, con un poco de coca cola, de ron, de sacarina, dejo que el nuevo día me endulce levemente la lengua, me perfume con su luz como si yo aún estuviera vivo, bajo a comprar los periódicos y la calle me atraviesa como una espada.

Las noticias, la política, la lectura, el optalidón y la sangre haciendo memoria en mis venas llegan por fin a estructurar algo así como una pálida arboladura de hombre. Ya puedo ponerme a escribir. Me siento como reencontrado con la soledad originaria, aquellas mañanas de la infancia, cuando, expulsado ya del colegio y sin destino inmediato ni remoto en la vida, me sentaba yo en la cocina apagada de mi casa, con la vieja enciclopedia infantil, a leer, a seguir estudiando por mi cuenta, a repasar algunas lecciones porque no se me volase lo poco que había aprendido en los escasos años escolares. Solo otra vez, después de tanta vida y tantos muertos, como en aquella cocina apagada, hago ahora mis deberes para nadie, como entonces, escribo mis artículos para un público fantasmal que no veo y menos veo cuanto más evidente es, cuanto más me escribe, me llama, me busca, me compra». En un *Carnívoro cuchillo* el lenguaje de Umbral, o al menos el más brillante lenguaje de Umbral, que es malabar metafórico, pierde frondor por dar sequedad, crudeza, filo, a una historia de matanzas y violaciones que quizá sea el único texto cinematográfico del escritor.

—Dos infinitivos, Umbral: producir y exhibirse. Tú lo has tenido siempre abusivamente claro.

—Yo creo mucho en el escritor espectáculo. Eso lo explica muy bien, como sabes,

Sartre en su Baudelaire, que ése sí es bueno, aunque a mí ya no me parece tan bueno, porque le pega una bronca a Baudelaire y que Sartre reprenda a Baudelaire es ridículo. Pero en fin, el libro es interesante y para su momento está muy bien. Lo que cuenta Sartre: el escritor ha sido, durante siglos, el protegido del príncipe. Al desaparecer el príncipe, el escritor se convierte en el príncipe y posa como tal. Pero, claro, es también el bufón ante los príncipes que quedan en la tierra: la aristocracia, el dinero, lo que sea. El escritor es, pues, espectáculo. Ofrecer al mundo un libro de versos, una novela, un cuadro, es ofrecerse uno mismo. El escritor espectáculo, que lo es Lorca en España, y así le fue, o Valle-Inclán, tantos otros en Francia, Byron y Wilde, en Inglaterra, no es más que la situación límite del escritor.

—La desesperada subjetividad, vamos.

—No hay que darle vueltas. Lo único que podemos ofrecer somos nosotros mismos. La objetividad es un cachondeo, un puro cachondeo, no hay objetividad que valga: el escritor ofrece su propia vida.

—Una vida que tú vienes dando a lo ancho. Ni tú ni tus gentes o vivencias cabrían en un libro de versos.

—Yo soy un escritor a lo ancho, efectivamente. Si me enamoro de una señorita y le tengo que escribir un soneto, pues el soneto se me queda corto, no he dicho todo lo buena que está esa señorita, ni mucho menos. Necesito hacerle un libro entero. Esa señorita no cabe en un soneto. Luego me asombra cómo el poeta/poeta puede dar eso mismo en un solo poema. A mí, la verdad, se me queda corto y se me queda también corta la poesía para todo lo que pretendo decir de las cosas.

—Que lo sueles decir desde el asombro, haciendo verdad esa frase de Novalis que tanto te gusta: «Otogró a lo cotidiano la dignidad de lo desconocido».

—Todo depende del pasmo ante el mundo. Si uno deja de ser un pasmado ante el mundo, se acabó, ya no ve las cosas, ya no ve nada. A esto nos ayudaron mucho los surrealistas. Fíjate cómo Marcel Duchamp, de pronto, coge unas botas viejas o un teléfono, los extrae del contexto y los sitúa en otro. Cualquier objeto cotidiano desprovisto de su funcionalidad se torna mágico y bellissimo y sugerente. Ésta es la operación que ha de hacerse, que el poeta, hace, en prosa, verso, pintura, lo que sea, para ver que las cosas siguen siendo personas, para ver las personas como cosas, que es muy de Francis Ponge, en Francia, o de Ramón Gómez de la Serna, en España. Para él, Quevedo es un candelabro.

—Sustituir la cosa por el lenguaje, que es lo que hace Ponge.

—Reconstruir la cosa con el lenguaje. Hay que sustituir una botella, o sea, hay que hacer una botella con palabras, una botella de palabras. Francis Ponge hace esculturas léxicas, sustituye el objeto material por el objeto léxico.

—Una experiencia apasionante.

—Apasionante, sí, y obliga a llevar el lenguaje a sus últimas consecuencias. Y desde luego no hay que confundir esto con el realismo. Es todo lo contrario.

—Esculpir con las palabras.

—Claro, claro. Las cosas tienen que estar creadas en el libro. A mí no se me puede decir: «aquel autobús iba atestado de gente». No lo soporto. En primer lugar, atestado es un participio odioso, y vulgar, y corriente, y luego porque no se está creando nada, eso también lo dice mi tía. Y te he puesto un ejemplo que está en novelas recientes, no tomado del vacío. Yo creo, como Valle-Inclán, que las cosas tienen que estar creadas en el libro. No vale aludirlas, no sirve aludirlas y decir: «era una pensión cochambrosa con unos huéspedes harapientos». Yo no sigo, yo no sigo, o usted me crea o yo no sigo. Hay que crear la pensión y los huéspedes, pero con palabras. Parece un problema puramente estético, pero es un problema de honestidad literaria. Todos sabemos lo que es una pensión cochambrosa y unos huéspedes harapientos, pero hay que crearlos, nunca limitarse a aludirlos con un lenguaje pobre y vulgar. Eso no me

interesa, no hay creación. Es lo que yo llamo redactar, redactar novelas, que es muy frecuente. Escribir, crear dentro del libro, ya lo ha hecho muy poca gente, modernamente.

—¿Quiénes?

—Pues Valle, Gabriel Miró, Cela, en su medida Delibes, y se acabó. Ahora, redactar, aludir con cuatro adjetivos tópicos, mucha gente, claro, demasiada gente.

—Y así nos encontramos ya...

—Por cierto, perdona, Paul Morand escribió una cosa que yo vengo diciendo obsesivamente: «Escribir bien es lo contrario de escribir correctamente».

—Decía que así nos encontramos ya en el escritor/pintor.

—Retina y muñeca. Un escritor es eso: saber ver y saber mover la muñeca.

—El voyeurismo como estilismo.

—El estilo supone una doble mirada. Una a las cosas y otra al lenguaje. Para un pintor es tan importante la montaña que está viendo, en la naturaleza, como la montaña que está viendo en el lienzo. Tiene que llegar a un equilibrio entre las dos, del cual surgirá una cosa nueva que no tiene por qué ser una montaña, pero que alude a ella. Eso es escribir, mirada a la cosa y mirada constante al lenguaje, para ver en qué zona de éste se inscribe la cosa, y entonces aparece la palabra.

—De nuevo lo contrario del realismo, que detestas.

—Es que si la descripción es, pues eso, como las de Galdós o Baroja, que dicen «llevaba un traje raído», la hemos jodido. Eso es una estupidez, una vulgaridad, esos señores hablan como mi portera. Hay que crear, ya te digo, hay que volver a la escultura léxica, hay que hacer, con palabras, el personaje, pero hay que tener también malicia para alternar con la metáfora dadas concretos.

—Incluso calumnias, que tú a veces no tienes medida.

—Lo que pasa es que no hay que quedarse sólo en el lirismo. Te pongo un ejemplo muy breve. Hace años, cuando murió Ignacio Aldecoa yo hice uno o varios artículos sobre él. Ignacio, muy amigo mío, admitía toda la literatura que quisieras pero yo, de pronto, escribiendo, decía, más o menos: le recuerdo en Ibiza, con un pantalón corto, pescando cangrejos o no sé qué, con unas piernas ridículas, llenas de pelos, vamos, en fin, lo que una tía no entendería jamás como unas maravillosas piernas de hombre. Un amigo mío, un gran amigo común, me comentaba después: «qué bien, Paco, aquel artículo, pero qué falta de caridad con el pobre Ignacio». Eso, sin embargo, era también la semblanza del gran Aldecoa. Si yo me limito al lirismo no está el personaje, no doy a Aldecoa. Es, por resumir, la técnica de la rosa y el látigo: lirismo, sí, lirismo, pero ahora vamos a decir una cosa concreta, y a ser posible negativa, y el retrato cobrará más fuerza.

A Umbral estas precisiones se las he oído muchas veces, en La Dacha y en otros sitios, hace años, muchos años, estando él con la chaqueta del revés, en plan camisa de fuerza, por protegerse el pecho del fantasma de los fríos, incluso en pleno agosto. Hoy, en lo tórrido de julio, no me monta el mismo número, pero sí se sitúa guarecido en rincón, para la conversa, no vaya a ser que las corrientes que yo creo no existen, por parte alguna, le subleven la ya legendaria faringitis. Tan sólo en eso ha variado su discurso, un discurso o poética que incluye, naturalmente, pasar casi frío a treinta y ocho grados centígrados. En *Sinfonía borbónica*, Madrid tiene de nuevo en Umbral al escriba de sus músicas. Siempre, sucesivamente, con nuevas luces en su estilo, con renovada contemplación en su hábito de contemplador. Novela de personajes, pero novela de personajes literarios, porque Umbral siempre ve en un chatarrero, un marqués o una puta lo que nadie ve. Otra cosa. Eso es el asombro y eso es escribir.

La Dacha tiene verdor de enredo y Umbral tiene ojos de chino, la calvicie preocupante y el oír un poco o un mucho tapiado, que a ratos le silencia una mitad del mundo.

—¿Tú eres un triunfador o un perdedor?

—¿Decías?

—Que si te consideras un perdedor o un triunfador.

—*Mis modestos objetivos, que eran ser escritor profesional y vivir de ello, están cumplidos, los cumplí enseguida, porque eran muy limitados. Jamás me planteé ser Premio Nobel, académico o millonario, de moda que, en mis pretensiones, no soy un fracasado, pero tampoco un triunfador glorioso.*

—Hay quien ha definido tu ambición como incurable.

—*Lo único que he querido, desde pequeño, es ser reconocido como un escritor profesional, igual que reconocen socialmente a un cirujano. Y, desde luego, cobrar por ello, porque es mi trabajo. La profesionalidad me ha obsesionado siempre. No soporto a los escritores aficionados, escribientes dominicales, que me joden mucho, aunque sean buenos. Si son buenos, aún me joden más. Si hubiera una nómina o escalafón de escritores, igual que la hay de notarios, pues a mi me bastaría con estar citado ahí. Y no te quepa duda de que lo estaría. Eso no hay nadie que lo niegue.*

—Casi cien libros e incontables artículos no son precisamente un objetivo modesto.

—*Ya sabes tú que soy muy constante.*

—Quizá hasta has escrito demasiado.

—*Cien libros tiene Baroja, más de cien tiene Ramón Gómez de la Serna o Camilo José Cela. Lo que pasa es que tengas pocos o muchos libros, al final quedas por uno o dos. Fíjate la gente, a propósito de Cela, te cita siempre La Colmena o La familia de Pascual Duarte, pero no dice nada de Oficio de Tinieblas o de Nuevas escenas matritenses o de Cristo versus Arizona, porque no los han leído. De Baroja te citan La Busca, pero no La feria de los discretos. Y así siempre.*

—De ti citan *Mortal y rosa*.

—*Mortal y rosa. Allá ellos.*

—Y dicen, de paso, que eres un resentido.

—*No tengo razones para ser un resentido. ¿Resentido de qué? No me han faltado mujeres, ni dinero, desde hace ya mucho tiempo, he viajado mucho, he vivido Madrid profunda y apasionadamente. Ahora, sí tengo mala leche escribiendo. Reconozco que a veces me paso, sobre todo con los políticos, pero eso forma parte de mi estilo y desde luego el estilo lo cultivo.*

—¿Hoy quién escribe mejor que tú?

—*Cela. De los vivos, Cela. Incluyendo a los hispanoamericanos.*

La Dacha, bien entrado el verano, a media tarde de sábado, cuando esto hablamos, es una abundancia de verdor, un exceso de selva, en un jardín cuidadísimo, o un asomo de jardinería, dentro de una jungla que bebe cielos, por las copas de los árboles. Una convivencia de bosque y cálculo. Aquí ha escrito *El día en que violé a Alma Mahler* y *El fulgor de África* y *Y Tierno Galván ascendió a los cielos* y también *Leyenda del César Visionario*, entre algunos otros volúmenes más o menos recopilatorios.

El día en que violé a Alma Mahler es un libro parodia de algunos géneros en moda, de la novela porno a la policíaca, y sin ser uno de los libros mayores de Umbral, como no lo es *Un carnívoro cuchillo*, antes citado, nunca deja de tener ese interés de la exploración, como este último, que es lo que mantiene viva una escritura, incluso la escritura de Umbral, que es insondable de invención, dentro de sus cánones liricobarrocos.

El fulgor de África resulta un nuevo ejercicio de memoria y ahí sí se derrochan esos vuelos adjetivales, regates sintácticos o alardes imaginativos que han llevado a muchos a decir que Umbral es el estilismo. O al contrario. La Dacha es una ejemplar convivencia de jungla y biblioteca. Umbral, sentado a lo convaleciente, a mi derecha, lleva ropa vaquera, incluida chaqueta, foulard en nudo, al cuello, melena en descuido y botas de tafilete muy limpias. Hoy no se ha afeitado, tiene la barba algo entrecana y sobre el pecho acaricia a un gato niño, rojo y tigre, hijo de la larga genealogía de los

gatos de su casa, que nos filma, a los dos, con su pupila egipcia, mientras seguimos en lo nuestro.

—¿De verdad, por encima de ti sólo Cela, incluyendo a los hispanoamericanos?

—*Sí, porque los buenos, que eran Borges y Cortázar, ya han muerto.*

—¿Y Vargas Llosa?

—*Nada. No me interesa nada. Ni Carlos Fuentes.*

—¿Y Octavio Paz?

—*¿La Paz, la loca ésta de la Paz, la del Nobel, que anda por ahí, todo el día? Nada. Es un coñazo y un camelo.*

—¿No lo salvas ni como crítico?

—*Como crítico es un Ortega con poncho. Un mal discípulo de Ortega. En el verso, cuando se pone telúrico es Neruda. Un mal Neruda.*

—Ya estás poniéndote tarasca, Umbral.

—*Llevo veinte años poniéndome tarasca.*

—Y también poniéndote serio, para las fotos. ¿Lo haces por marketing?

—*Porque no encuentro razón para sonreír. El otro día se lo dije a un fotógrafo, que quería que saliese natural. Me recuerdan, con esto de la sonrisa, aquellos tiempos del franquismo donde siempre se pedía a los campeones una sonrisa para Marca. Bueno, pues yo no he dado una sonrisa para Marca en la puta vida.*

—Tú te gustas serio.

—*Y adusto. A mí no me va andar por la vida con los dientes fuera, como Julio Iglesias.*

—¿De lo que sobre ti se publica sólo prestas atención a las fotos?

—*Generalmente sí. Sólo miro las fotos. Como Carmen Sevilla u otras folklóricas. Me aburro hasta leyendo las críticas sobre mis libros. Es más, sólo por la manera de darlas, en el contexto de la página del periódico, ya sé si es buena o mala.*

—No mientas, Umbral, coño, que hoy hablamos para libro.

—*Yo no te miento nunca.*

—Algo te leerás, aunque sea por descuido.

—*Hace muchos años, fui con Alfredo, el fotógrafo, a hacer una entrevista a Carmen Sevilla, al Viso, donde vivía. Luego se publicó aquello y nos la encontramos los dos. Le dio muchos besos a Alfredo, le dijo que la había sacado maravillosa y a mí me despachó dándome la mano. A ella sólo le interesaba salir bien en las fotos, qué le importaba lo que yo hubiese escrito de ella. Pues como hoy a mí.*

Umbral vive en La Dacha desde hace cinco, quizá seis años. Tiene, en su amplio salón, una gran Virgen preñada, que es una belleza, presidiendo el sitio, y una piscina, fuera, que, en los inviernos, le hace de panteón, bajo las aguas, para la copiosa novelística contemporánea, cuyos ejemplares suele arrojar, en planeo, desde la entrada misma de la casa, que es una distancia. Umbral quería ser escritor y es escritor. Sabe bien que tiene público, al que ha llegado a envenenar o hipnotizar, según quería y quiere su modelo literario, pero se diría que hoy, a la vuelta de la fiesta de la fama, sólo busca saciarse con esa celebración humilde y solitaria de la escritura, cada día, a la sombra de un bello y millonario jardín que se ha pagado con metáforas.

Umbral convalece quizá de sí mismo.

—Te acusan de pedante.

—*Yo soy muy pedante.*

—Y de petulante.

—*También lo soy.*

—Y de cruel.

—¿Como escritor o como persona?

—Como ambas cosas.

—*Yo comprendo que me he portado mal con algunas mujeres. Con alguna, incluso he sido innecesariamente cruel. Con los hombres, ya en lo literario, he ido a lo mío, caiga*

quien caiga, y me he cargado a quien haya hecho falta. A lo mejor también eso es crueldad, aunque lo dudo.

—Y también se te ha acusado de autodidacta.

—*Curiosa acusación y solemne estupidez. Todo escritor es autodidacta, porque no hay una Facultad donde se enseñe a escribir. ¿Dónde enseñan a escribir poesía como Vicente Aleixandre? Si Aleixandre no se hace a sí mismo, como poeta, leyendo a los surrealistas franceses y a Góngora, de qué cono iba a ser Aleixandre. O Lorca, que también era autodidacta y supera a todos los del veintisiete, que eran cultísimos profesores. A mí la acusación de autodidactismo me da absolutamente igual.*

—¿Siempre te dio igual?

—*Siempre. El autodidacta se da incluso en otras profesiones. Mira Marañón, el médico, seguro que, con él, estudiaron muchos otros, pero ninguno fue Marañón. Y todos tuvieron los mismos profesores, leyeron en los mismos libros de texto y aprendieron las mismas cosas. Pero sólo hay un Marañón, que se ha hecho a sí mismo, y no precisamente en la Facultad de Medicina. El que llega a algo es autodidacta, en cualquier profesión y aún más en la literaria, que es un oficio de aprender en soledad, huérfano de todas las facultades del mundo.*

—Y te acusan de anticlerical.

—*Ese tema no me interesa en absoluto. Paso del tema.*

—Que te ponen de anticlerical para arriba, Umbral, todos los días.

—*Lo que pasa es que, como glosó la actualidad, a diario, hay momentos en que la Iglesia es noticia. Noticia, por lo general, negativa, y hay que darle, igual que otros días hay que darle a fosé María Aznar o a Felipe González.*

—O sea, que tu interés eclesial es meramente periodístico.

—*Exclusivamente periodístico. Me da lo mismo que haya curas, frailes, obispos, cardenales o Papas.*

—Porque tú eres ateo con toda el alma.

—*Soy ateo, sí, y no llego al anticlericalismo, ya te digo. Sólo hablo de la Iglesia cuando ésta es protagonista de la actualidad.*

—Ateo y rojo, que por ahí también te han llovido piropos.

—*Eso me viene de herencia. Mis padres eran azañistas, republicanos, y eso en mí va creciendo, hasta acercarme mucho al Partido Comunista y aún más que a éste al eurocomunismo de Santiago Carrillo, que anticipa lo que luego ha sido la perestroika de Gorbachov, y eso que a Carrillo le echaron a hostias de Moscú, junto a Rafael Alberti, y no les fusilaron de milagro.*

—¿No influye algo tu amistad con Carrillo en tu simpatía por el eurocomunismo?

—*Algo sí. A mí el eurocomunismo, o sea, el comunismo en libertad, me parecía un buen camino para España. Y además, Carrillo, como persona, me deslumbró, qué duda cabe. Fuimos muy amigos, enseguida, nos entendimos muy bien y siempre supe que estaba ante un personaje excepcional. El componente sentimental, por una parte, y por otra mi defensa del eurocomunismo acaban engendrando la leyenda del rojo.*

A Umbral, el gato, su gato, niño y tigre, llega a dormírsele sobre el pecho, mientras hablamos. Luego, ya despierto el bello bicho, el escritor lo deja de merodeo, por las cercanías, y continúa el discurso, sin perder de vista al animal, que nos mira, a instantes, con sus pupilas de verde alhaja viva, como un testigo de otro tiempo. El gato es lo que de Umbral le faltaba al jardín. Algo así como el espíritu lírico, felino y femenino del escritor, libre por el sitio, entre abetos y sauces.

El gato ha salido de su sueño y la tarde entra ya en el suyo, que empenumbra de malva los cielos.

—*Perdóname un momento, Herrera, que voy a orinar.*

Y Umbral se adentra y oculta, por espesuras, y durante su falta, uno piensa que en irse a orinar largo y lento, a pie de árbol propio, y dentro de jardinazo también propio, está

quizá la posteridad o el triunfo. Ni laureles, premios o demás antorchas, sino mear a fondo, sobre el bien cuidado césped de la casa propia, eso es haber llegado a algo, si es que la vida o la literatura fueran llegar a alguna parte. «El éxito no existe. Yo sigo siendo el niño solo que estudiaba para nada en aquella cocina apagada, que releía sin fe una vieja enciclopedia escolar. Yo hago mis deberes después de que todo el mundo se me ha muerto. Me han dejado solo, como en aquellas mañanas, pero ahora para siempre, y esta sensación de intemporalidad no se cura con el pequeño éxito ni con la compañía del teléfono, que canta de vez en cuando y me trae la política del mundo, la margarita de las voces, cada persona con su pétalo de voz».

Y Tierno Galván subió a los cielos o Leyenda del César Visionario. He aquí dos títulos penúltimos que delatan una de las más anchas y acertadas vertientes del autor: la de cronista o memorialista. Pero no un memorialismo o cronismo al uso, ebrio de ficha o dato, sino ese fresco social, histórico, donde los personajes no padecen ese rigor de nombres de Espasa, sino que, alentados por el soplo de la recreación, disfrutan una realidad nueva, una vida distinta, una resurrección literaria que es la que Umbral les ofrenda, entremezclándolos con otros nombres de la época e incluso con otros intemporales, ficticios, que son color y magia de la narración. Singularidades de una prosa que piensa por libre. Igual da que Tierno sea el personaje central, o que lo sea Franco, porque, al cabo, lo que realmente importa, a la hora de la lectura, no es la precisión en lo histórico, sino la brillantez en lo formal.

Umbral orina en La Dacha, a la caída de la tarde, haya o no haya invitados en el sitio, y cuida a su gato rojo y niño, que aún no está, por edad, para andarse de tropelía con el resto de los gatos golfos del entorno. Umbral cree en la fisiología, a la que no hay que negarse nunca, cree en el gato, que es el puro estado en presente, y cree en Marx, que es quien le ha leído la historia.

—El gato es de otro siglo, Umbral.

—*Al gato le pasa como a los niños: vive en un absoluto presente y pasa de una cosa a otra sin solución de continuidad. Los humanos, sin embargo, estamos condenados a arrastrar recuerdos, constantemente, de manera que nunca disfrutamos o sufrimos un presente puro. La grandeza del gato es su inutilidad, su pereza, y en esto guarda muchas analogías con el escritor, que por lo general no sirve para nada.*

—¿Y la grandeza de Marx?

—*El marxismo, como sistema filosófico, me convence plenamente, porque a mí nadie me ha aclarado y explicado la historia como Marx. Yo soy marxista en el sentido filosófico, teórico, y no en el sentido activista. Contra las explicaciones de la historia, que son idealistas o convencionales, Don Carlos Marx lo aclara todo al señalar que todo en la historia se ha hecho por poder, por dinero, por conquista. Esto es cierto. Todas las causas digamos ideales se han hecho, en rigor, por causas económicas. Claro que luego ya viene su segunda parte, donde te ofrece la solución, y no te la crees. Esto pasa siempre, en todo pensador, en Hegel o Kant. Analizan de qué va esto de la vida, del mundo, de la historia, y muy lúcidamente, pero sus recetas no funcionan. Acaban siendo utopía. Ahora, como análisis, Marx es total. Todo lo que no está claro se ve a la luz del materialismo histórico. Todo. No encuentro mejor manera de entender la historia.*

—Marxistas convencidos quedáis pocos.

—*Bueno, pero es que hay una vuelta a unos irracionalismos que no tienen el menor porvenir. ¿Qué vas a invocar tú, qué causas, para explicarte la historia? Bush invoca la democracia, el orden mundial y no sé qué más cosas, jode todo el invento, hace la Guerra del Pérsico, y ahora resulta que Kuwait es hoy el sitio más cruel, siniestro y hediondo del mundo, pero Bush de eso no se preocupa en absoluto, naturalmente, porque lo que le preocupa e interesa es el petróleo. Dices tú que quedamos pocos, bueno, bien, pero ten en cuenta que los marxistas son señores que están en sus casas,*

como el que es nietzscheano, hegeliano o kantiano, y no son activos. Ahora, ¿qué invocas, para entender todo este tinglado, o sea, la historia? ¿En nombre de qué hablas?

—También se puede pasar de invocar.

—*Eso hacéis los de tu generación, claro, los de las últimas generaciones, que os dedicáis a la estética, a la creación, y es maravilloso y cojonudo, yo también lo hago, en la medida en que puedo, tú sabes que lo hago en mis libros, donde hay poca política, pero no puedo hacerlo en el periodismo. Ahí tienes que estar situado, posicionado, y lo más auténticamente posible.*

—Tú, políticamente, no te has movido nada. Un palmo, si acaso.

—*Si acaso. Yo he entrado, como toda la izquierda, en el escepticismo, escepticismo que es también optimismo, si las cosas del Este salieran bien, que no lo creo. Se diría entonces que la izquierda ha encontrado una salida importante. Además, piensa que las mayores victorias comunistas o socialistas no se obtienen en Rusia, sino en los países capitalistas. ¿Por qué, si no, el obrero trabaja ocho horas y tiene un mes de vacaciones pagadas y derecho a la huelga? Porque enfrente estaba el marxismo, el comunismo. Joder, si hace apenas un siglo las mujeres y los niños trabajaban catorce horas, en las minas de Manchester. ¿Por qué eso desaparece y el capitalismo se humaniza? ¿Por qué hoy el currata se va de puente y está tres días comiendo tortilla y haciendo el hortera? Porque vive de las victorias comunistas en el capitalismo, en el mundo occidental.*

—O sea, que el comunismo no ha fracasado.

—*No ha fracasado en absoluto. Ha triunfado en Occidente. ¿Por qué hoy Nicolás Redondo tiene un poder y puede paralizar un país, cuando quiera? Por lo mismo que te decía. Y a mí ese poder, respaldado históricamente, me parece más racional y humano que la supuesta democracia occidental, que es un cachondeo, y que en Estados Unidos está regida por la mafia y aquí, en España, por los Bancos de la calle de Alcalá. Mucho se equivocan quienes, llevados por el reclamo de un título de mayor o menor referencia histórica —Umbral suele titular con mucha malicia— acudan a sus páginas buscando datos nuevos o recónditas verdades al respecto. Mucho yerran. Porque la riqueza de tales obras, *Y Tierno Galván ascendió a los cielos* o *Leyenda del César Visionario*, por ejemplo, está siempre en el poderoso don de reinención de la prosa, que tiene momentos de llama y asomos de oro. Umbral no ha dado, en toda su vida, ni una sola noticia. Naturalmente, no la va a dar ahora. Y esto, que él lleva a gala, en lo periodístico, es aún más aplicable en lo literario, porque sus personajes históricos acaban siendo personajes humanos, como el motorista del periódico, el cerillas del Gijón o la cuñada de Moratalaz.*

Nunca un historiador, sino un escritor. Sólo el escritor. Ésa es su grandeza y su condena. «He dicho millones de palabras, las he escrito, me las han leído, me las han comprado, pero mi palabra sigo sin decirla. La tristeza simple, la soledad sencilla e inconsolable que me habita, aquella cocina apagada que llevo en el pecho: eso sigue ahí, callado, nunca dicho. Trabajo a la máquina, hago artículos, hago libros, estoy solo en mi habitación, rodeado del rumor de mi batalla con el tiempo, contra el tiempo, y a favor del tiempo y de la muerte». Ahora, continuando ese caudal de lo histórico, que le ha dado mucho éxito de crítica y sobre todo de ventas, que es lo que más le interesa, acaba de escribir un libro sobre el socialfelipismo, un largo tomo de osada prosa con Felipe González por centro. Tiene el original por la casa, cuando nos citamos, y ya ha empezado, por descansar, a ratos, del anterior, unas memorias eróticas. «Me gustaría oír desde fuera, a través de tabiques, el rumor de mi trabajo, el tableteo de mi vida, ese trajín tenue en que consiste lo que hago, un bisbiseo de ideas y nombres. Quisiera ser el que escucha el cernedero de mi trabajo cerniendo vida, minutos, muerte, como aquel cernedero de la carbonería que, también en la infancia, acompañaba mi soledad de

niño sin escuela. Aquí estoy otra vez, a los cuarenta y tantos años, echado de la escuela, expulsado para siempre y todavía, como a los once o doce. Y escribo».

—¿A ti te quedan ilusiones?

—¿Ilusiones?

—Sí, ilusiones, aunque quede cursi.

—*Hay algo más importante que yo he descubierto, y que si queda cursi: la paz. Hay una frase, en una película, que dice: Odio la felicidad. Claro, la felicidad es una chorrada, un ideal de las Cajas de Ahorros Provinciales. Lo importante es la paz. La absoluta paz de leer lo que quiero, de escribir lo que me salga de los cojones, de levantarme cuando me parece. La paz, sí, o sea, el saber que no me va a pasar nada, hombre, que me ponga enfermo, y me muera, bueno, bien, pero no pasa nada. Si ahora te dan unas drogas y no sufres nada, y hasta te mueres escribiendo. Sigue la furia de algún libro, eso es verdad, sigue el fervor de la columna diaria, pero hoy sé que no me importa nada y que lo único que pretendo es estar tranquilo, que me dejen tranquilo. A esto he llegado y a eso ha contribuido mucho esta casa, naturalmente. Ahora, ideales, lo que se dice ideales o ilusiones, pues no, no tengo ninguno.*

—¿También quieres que te dejen tranquilo las mujeres?

—*Los asuntos pendientes están en Madrid. Y hay unos cuantos. Pero no tengo la menor prisa.*

—A lo mejor ya te influye la edad.

—*Pues seguro.*

—Porque tú aún follas.

—*Sí, claro, cuando me pongo.*

—¿Sigues obsesionado por las menores?

—*Sigo.*

—Un día vas a tener un disgusto.

—¿*Constituye delito decir que lo tuyo son las menores?*

—No, pero meterte en la cama con ellas sí, y tú lo sabes.

—*Eso lo sé demasiado bien.*

—Que un día acabas en Carabanchel, Umbral.

—*Eso me dice Otero Besteiro, mi vecino el escultor, al que también le gustan mucho las niñas, cuando me ve lanzado, rondando a alguna.*

—Pues ya somos dos en la advertencia.

—*Y yo os lo agradezco, pero es que me enloquecen.*

—¿Y te enamoras o no te enamoras?

—*Yo creo que sí, de la que no suelo enamorarme es de la de veinte años.*

—Y a las de quince las inventas.

—*No, a las que hay que inventar y lirificar es a las adultas. A las menores no hace falta. Tienen una gracia natural, rara, inesperada, fascinante, novísima que no tiene nada que ver con nosotros, igual que no tiene nada que ver mi gata. Sólo hay que dejarse llevar. Igual que no tenía nada que ver mi hijo, ya en otro orden de cosas. Un día vuelvo de un viaje, le cojo en brazos y me dice: «te falta este botón». Esas nimiedades, esos detalles, en un momento de emoción, de reencuentro, sólo llega a verlos un niño.*

Cuando Umbral llegó a La Dacha, bien entrados los 80, de recién llegado el rojo al sitio, los niños vecinos, de alegre asueto por las veredas, le saludaban, *walkie talkie* en mano, pasándose la consigna de unos a otros:

—Arriba España, que viene Umbral, Arriba España.

Hoy, esos mismos niños o sus hermanos o hermanas menores tienen en su residencial casa un gato de la familia de los muchos que pueblan La Dacha. Un gato que a menudo vuelve, furtivo, errático y heráldico, y se tiende a los pies del escritor, toda una tarde, quizá por así más compartir eso tan indiscernible que tienen por vínculo de privilegio: posteridad o pereza. Paz.

¿YO SOY ASÍ?

Epílogo

Termino de leer este libro, cinco de la mañana, y creo que A. A. Herrera ha hecho, inevitablemente, un libro de poeta, que es lo que yo esperaba de él, aun cuando montamos el número, en la elaboración, de entrevistas muy «científicas», digamos.

El poeta, un poeta, cualquier poeta, a no ser que esté doblado de erudito o ensayista, no puede ver nada ni a nadie sino como objeto poético, y Herrera ha escrito un largo y bello poema en prosa sobre un escritor, en este caso yo, que le gusta o le gustaba, quizá más motivado por sus deslumbramientos/descubrimientos adolescentes que por la consecuencia actual de sus lecturas.

Este libro hay que leerlo un poco como el *Baudelaire* de González-Ruano o como mi propio *Larra* o mi *Byron*, es decir, como «borradores silvestres», que dijo Juan Ramón de toda la primera parte de su obra, hasta la *Segunda Antología*. Quiero decir que hay que leerlo como un rafagueo de emociones, ilusiones y recuerdos, como una orgía/Umbral que tiene mucho de catarsis, que tiene mucho de liberatorio para ambos, biógrafo y biografiado. Herrera, tan fino poeta, lírico también en prosa, con este libro se quita de encima a Umbral, digamos, como Proust, traduciendo a Ruskin, se quitó de encima a Ruskin, a quien ya, finalmente, llama «ese maldito viejo». Tras la intoxicación, si no es mortal, uno queda vacunado. Herrera confiesa aquí que estuvo «envenenado» de Umbral, como todos lo hemos estado de alguien. Pero yo le veo síntomas de curación y muy buena cara.

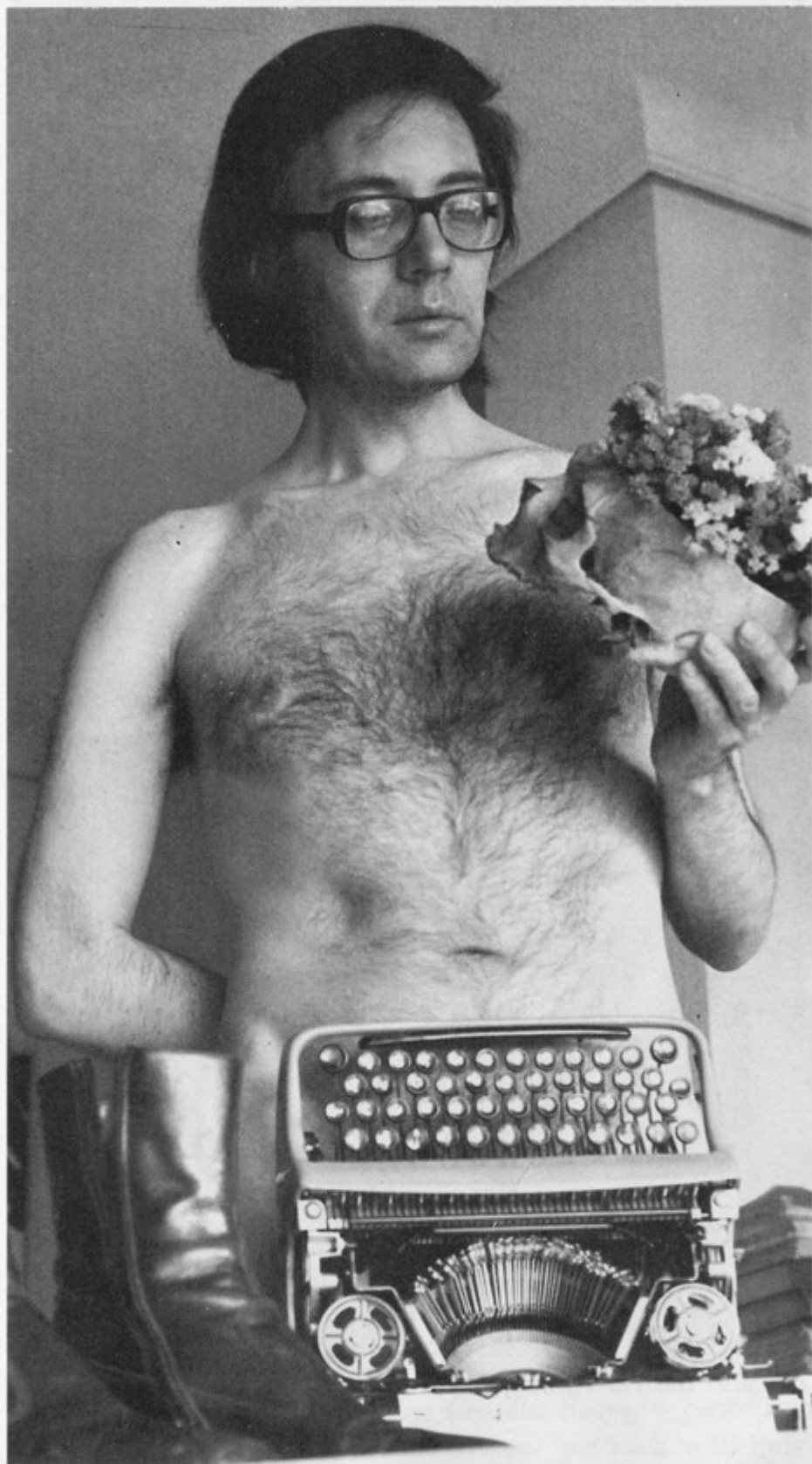
La única manera de liberarse de un escritor, o de una mujer, es meterlos en un libro. Después de mi libro sobre Ramón yo creo que soy mucho menos ramoniano. Y así con todos. A. A. Herrera tiene una porfiada y larga carrera como poeta y prosista lírico (también del lirismo demasiado se curará algún día), y me gusta que vaya asesinando sus fantasmas, empezando por el mío, que no lo aguanto ni yo.

O sea que más que una biografía esto es casi una novela, la lucha de un hombre contra su memoria. La barojiana lucha por la vida, la conquista del yo, que sólo se consume asesinando al padre. Esto es un tópico, pero un tópico que funciona. A. A. Herrera me ha asesinado muy clemente y bellamente.

Gracias, amor, y ahora a lo tuyo.

FRANCISCO UMBRAL

APÉNDICE



En apolínea pose, el escritor asaltado por eternas dudas shakesperianas.



Junto a Teresa Rabal.



De cóctel con Pat Kennedy.



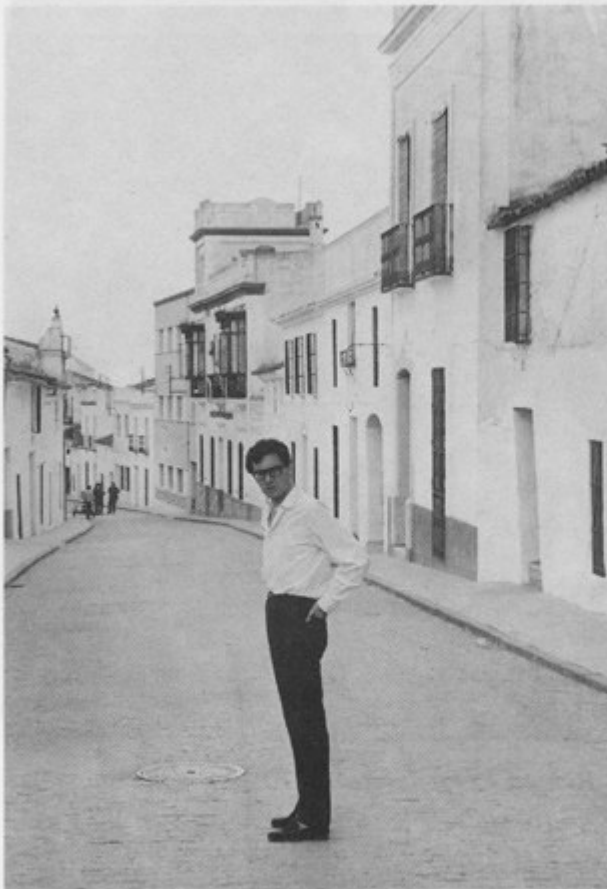
De la mano de la periodista Pilar Trenas, en crepuscular paseo.



En 1980, recogiendo el Premio César González Ruano, de periodismo, que le fue concedido por el artículo «El Trienio», publicado en El País.



De brujuleo por Madrid, reflejándose en los escaparates, con el escritor Corpus Barga.



De intrépido reportero, por los blancos pueblos de Castilla. (Foto: Gigi Corbeta.)



Firmando su novela Las ninfas, Premio Nadal 1975.



De Juegos florales, allá por los crudos sesenta, dando galantemente el brazo a la reina de la Fiesta o similar.



Umbral, hoy, en el salón de La Dacha. (Foto: Catherine Bassetti.)



En una cena, junto a Agatha Ruiz de la Prada. Al fondo, Imanol Arias.



Pilar Trenas cortándole la melena al escritor, en aquellas buhardillas de los sesenta.

Mientras el actor y escritor Fernando Fernán Gómez hace lúcida reflexión en torno a Umbral, como cronista de la cultura.



En la cripta restaurante del Gran Café de Gijón, homenajeando a su muñeca Sabina. Junto a un joven Umbral, Fernando Fernán Gómez, José García Nieto y Marisa Medina.



Umbral charlando con el Premio Nobel Camilo José Cela.

(Foto: Catherine Bassetti.)



Sin afeitarse, en bata blanca y foulard suelto, durante una siesta, pasando de fastos y famas. (Foto: Alberto Schommer.)

El escritor según otras gentes

Camilo José Cela, Miguel Delibes, Fernando Fernán Gómez, Salvador Pániker, José María Valverde y Manu Leguineche. He aquí media docena de altos nombres, todos suficientemente aquejados, por fortuna, de ese mal que es la literatura, que dan ahora, a su aire, su visión o versión de Francisco Umbral.

Mientras el actor y escritor Fernando Fernán Gómez hace lúcida reflexión en torno a Umbral, como cronista de sí mismo, lucrando su palabra de lejanos recuerdos del escritor, cuando llegó al madrileño Café Gijón, allá por los 60, Cela y Delibes, dos de los grandes maestros en activo de Umbral, dan puntual opinión de su gran quilate novelístico o periodístico. Salvador Pániker, filósofo, escritor asimismo, y editor de algunos raros libros de Umbral, ahonda en algunas de las íntimas singularidades de éste, desde su impasibilidad, casi oriental, a su inacabable nihilismo lírico. Retrato, en fin, de un escritor puro, como Pániker le define, una pureza que lleva a rehuir todo género y, por tanto, a innovar sobre sus cánones, según se ocupa de señalar, entre otras cosas, José María Valverde, poeta, escritor y crítico literario.

Por su parte, Manu Leguineche, pluma ilustre de nuestro periodismo, afina, semblanza de Umbral, entre la valoración estilística y la remembranza vivencial.

Finalmente, Juan Gracia Armendáriz, filólogo, joven poeta, y minucioso estudioso del lenguaje, que hoy trabaja una larga tesis sobre el periodismo diario de Umbral, nos descubre al escritor como incómodo objeto de estudio, a más de glosar el Curso «Periodismo y Literatura en Francisco Umbral», celebrado este mismo año en la Universidad de Verano de El Escorial. Gracia encarna, por un lado, la fascinación de todo filólogo por el colosalismo creador de Umbral y, por otro, la creciente atención que nuestro autor genera entre las nuevas generaciones.

Una atención que también podría llamarse modernidad.

Un lugar en el Parnaso

Francisco Umbral me parece un escritor de cuerpo entero, un creador del lenguaje, un buceador del último y más recóndito sentido de las palabras. Pienso que posee el incalculable tesoro de tener voz propia, que es la condición indispensable para poder hacerse un sitio en ese confuso limbo de los injustos que se llama el Parnaso.

No he leído todavía su último libro, pero sí todos los anteriores y mi diagnóstico sobre sus calidades literarias, después de las largas y deleitosas horas que sus páginas me produjeron, no es nada difícil: se trata del más importante escritor de su generación y una de las voces más claras de la literatura en lengua española en los últimos tiempos. Tengo la impresión de que no se le ha reconocido aún su valía y sé de sobras qué tanto por ciento ha tenido en esta consideración que se le regatea su carácter duro y literario; es muy difícil el juicio sereno y más todavía habida cuenta de que los españoles propendemos a confundir el culo con las cuatro témporas.

CAMILO JOSÉ CELA

Umbral

En Umbral es la memoria la que trabaja. No he leído aún su último libro pero a buen seguro seguirá a la búsqueda del tiempo perdido, como de costumbre, y como Marcel Proust.

Con Umbral ocurre lo que con la novela: no sabemos bien qué es. ¿Quién se atrevería a definir a Umbral? En él hay un lírico, un narrador, un memorialista... Umbral es todo porque no le preocupa ser nada; rehúsa adscribirse a un género. El género limita y Paco Umbral desborda todos los límites. Es un escritor sobrado y, formalmente, tal vez el más brillante que ha aparecido en España en el último medio siglo. Hay que leerlo.

MIGUEL DELIBES

El cronista de sí mismo

Umbral es un personaje que él mismo se trazó hace años y al que ha conseguido transformar en realidad. Fue un apuesto muchacho de provincias, al que conocieron Stendhal y Balzac cuando llegó a Madrid-París, dispuesto a triunfar. Y lo consiguió. Esta realización del personaje elegido muchos se la proponen y pocos la alcanzan: por escasa ayuda de la casualidad, pero también por falta de autoseguridad, de tesón y de talentos. La noche en que Umbral llegó al Café Gijón yo no estaba allí. Pero esa primera noche, por magia de la literatura, de su amada literatura, se prolongó durante cerca de trescientas páginas y de varios libros y de algunos años. Y otro día cualquiera trajo para mí la primera noche en que vi entrar a Francisco Umbral en el Café Gijón. Al llegar, su mirada fue olímpica. No quiero decir que fuera despectiva. Se suele decir «desprecio» olímpico y no «amor olímpico», como si se diera por supuesto que aquellos dioses, hoy jubilados, no podían admirar a los humanos, cuando bastantes pruebas dieron de lo contrario. Digo, en el caso de Umbral, «mirada olímpica» porque, de estatura superior a la media de los que estábamos en el Café, no sólo a la de los sentados a las mesas, sino a la de los que, de pie, alternábamos en la barra o en corrillos, paseó lentamente aquella mirada semicircular, de arriba abajo, con un aire que yo llamaría solemne y que quizá fuera el de una mirada curiosa, penetrante, fotográfica. La paseó de izquierda a derecha, desde la barra en la que por aquellos años solíamos reunirnos «los del cine» hasta el extremo opuesto, hasta el rincón de los poetas, hacia el que se encaminó.

Al verle entrar tuve la impresión de que no había llegado un cualquiera, sino que había llegado alguien, ese alguien que era Francisco Umbral, aunque entonces ni siquiera había empezado a serlo. Pregunté —creo recordar que a García Nieto—, y se me contestó que era un joven periodista que escribía muy bien.

No aquella noche en la que yo por primera vez le vi entrar, sino la noche en que llegó al Café Gijón, una de las cosas que atrajeron su atención fueron los espejos, los grandes espejos del local. En aquéllos quizá se vio aquella primera noche, y en otros muchos —espejos de Borges, de Levillier, en *La tienda de los espejos*; de la *Peluquería feliz* de Ramón Gómez de la Serna— no ha dejado de verse. Se ha visto también, como en espejos, en todas las personas a las que ha retratado en sus crónicas. Nos ha convertido a todos en espejos y todos hemos devuelto (bien es verdad que algunos parcial y moderadamente), fragmentada, su propia imagen.

Parece que el cronista debería ser un hombre de aspecto casi transparente, invisible, con una mirada múltiple y fotográfica, pero que casi nunca fuera visto, para de ese modo ver mejor a los demás. No es éste el caso del cronista Umbral, ni ha pretendido que así fuera, pues desde sus primeras apariciones procuró que su aspecto fuera significativo, aunque no se supiera significativo de qué. Utilizó una elegancia indumentaria con toques de un dandismo por aquellos tiempos pasado de moda y que él contribuyó a actualizar. Este propósito de significarse, de destacar, de resultar señero —como habría dicho su denostado Azorín— quizá pueda atribuirse a que este gran cronista pretendía desde sus inicios ser no sólo cronista de los demás sino cronista de sí mismo.

Profesores de literatura y comentaristas han hecho, y harán en el futuro, la crítica de su obra; pero como uno de los más destacados, él mismo: el cronista, novelista, periodista, poeta y crítico Francisco Umbral, que con frecuencia, en libros y artículos, declara sus predilecciones literarias, sus fuentes, y también sus aversiones. Va dejando piedrecitas o miguitas de pan, no para no perderse al regreso, que no ha pensado nunca en retroceder, sino para que los investigadores puedan llegar con facilidad a su origen. Al origen que él, como buen creador, se ha creado. No sólo es uno de los personajes, casi siempre el principal de su obra, incluso la periodística —buena parte de sus artículos son subjetivos y el autor aparece en ellos no como una abstracción

sino como un ser humano—, sino que en sus libros nos explica con minuciosidad cómo es el escritor Umbral, cómo trabaja, por qué se dedica a esto, cómo ama casi obscenamente a sus máquinas de escribir. Es su biografiador —no escribo biógrafo porque este término en Suramérica significa «local de proyecciones cinematográficas» y estamos de cara al 92—, su crítico, su analizador de textos, su propagandista. Puede parecer que con esto facilita la obra de los críticos, pero pienso yo que la dificulta, pues les desagradará la labor de simples amanuenses.

Cronista de sí mismo, en su obra aparece casi siempre en primera persona del singular, pero a pesar de ello, cuando hace crónica de sí mismo, se considera tan objeto como todos los demás, y de ahí le viene una de las facetas de su originalidad. En todo lo que de memorias tiene su obra —nunca de confesiones— no encontramos, hasta ahora, el matiz introspectivo que puede encontrarse, por poner ejemplos, en las de Amiel o Kierkegaard. No nos arrastra a las profundidades de su «vida interior». En una ocasión nos recuerda que alguien dijo que lo de la «vida interior» era un chiste. Se limita a pasar su mirada sobre sí mismo como la pasaría sobre cualquier otro cliente del café. Por eso, porque él parece mirarse a sí mismo como a los demás, al menos cuando nos da su mirada transformada en literatura, no podemos sospechar que a los demás nos mire con desprecio olímpico.

Ha elegido para transmitirnos lo que en la vida, en el mundo encuentra, una visión superficial, de cronista, no de crítico, y mucho menos de analista o de psicoanalista. No llega a lo profundo, no quiere llegar a lo profundo. Sabe que casi todas las profundidades que descubren en los seres humanos los escritores profundos o profundizadores suelen ser mentira, y que si son verdad, lo son por chiripa. Los novelistas psicólogos del pasado siglo y sus epígonos, que como lector me hechizan, me cautivan, quizá tuvieran derecho a profundizar, puesto que sus personajes, aunque más o menos inspirados en seres reales, eran transformados por ellos en entes de ficción, pasaban a ser de su propiedad, y, planteadas así las cosas, nadie les va a discutir. Si al fin y al cabo Vautrin, Valjean, el señor Grandet, la señora Bovary, Julián Sorel y la familia Karamazov no son más que trozos de Balzac, Hugo, Flaubert, Stendhal y Dostoyevsky, sus autores pueden profundizar todo lo que les apetezca; pero que un cronista o entrevistador de urgencia pretenda profundizar en mí, en Pitita, en Marta Sánchez o en Eleuterio por habernos visto unos cuantos días en el Café Gijón, en el Ritz, en una playa o en la cárcel es una osadía inútil.

El escritor Francisco Umbral llegó una noche al Gran Café de Gijón. Una de las cosas que atrajeron su atención a su llegada al café fueron los espejos. En ellos se vio aquella primera noche y en ellos no ha dejado de verse; y que se siga viendo por muchos años para felicidad de todos nosotros, los clientes, los espectadores y los personajes de su gran crónica, novela y vida.

FERNANDO FERNÁN GÓMEZ

Anatomía de un escritor puro

No es seguro que las relaciones entre Francisco Umbral y la Real Academia de la Lengua se hayan roto definitivamente. Tampoco importa mucho. El escritor pertenece ya, desde hace muchos años, a otra Academia, la Academia Real de la Lengua que palpita y se autogenera libremente.

Veamos. Quevedo, Baudelaire, Larra, Torres Villarroel, Miller, Proust, Gabriel Miró, Gómez de la Serna, Ortega, Ruano, incluso Valle: genealogía dispersa de un autor sin género, o sea, de un memorialista. Ello es que Francisco Umbral piensa que una buena forma genera un buen contenido, que la imaginación es una forma lírica de la memoria, y que la auténtica escritura es una escultura léxica. Por esto, y pongo por caso, si Umbral ataca a un Galdós o a un Baroja es, sencillamente, porque estima que escriben mal, que se abandonan a la pereza del idioma, que tienen mal oído para la prosa. Lo que ocurre es que, generalmente, también el lector suele tener mal oído para la prosa, y de ahí tantas espurias famas.

Mi amistad con Francisco Umbral se remonta, como mínimo, a un cuarto de siglo atrás. En mi libro *Segunda memoria* he narrado la primera impresión que el escritor me produjo (conviene confiar en las primeras impresiones y desconfiar de las siguientes, de cuando uno ha entrado ya en los circuitos cibernéticos deformantes y mareantes). Escribo en el susodicho libro: «Umbral me pareció un hombre alto, tímido y miope que llevaba un agua de colonia muy agradable. Con un cierto aspecto chino, a lo Carradine-Kung-fu. Con una cierta impasibilidad oriental, por debajo de la cual se adivinaba un poderoso nihilismo lírico. Como un monje budista vestido de pana o un samurai a punto de lanzarse sobre la presa. ¿Pero cuál presa?».

Luego, con los años, Umbral y yo hemos alcanzado un punto de No-Retorno en nuestra recíproca amistad y admiración (en esto de los afectos y los desprecios funciona una inexorable ecuación de dependencia mutua). A mí me concierne, especialmente, el Francisco Umbral que escribe diarios íntimos y memorias despiadadamente subjetivas; me atañe su narcisismo creador, su nihilismo crítico, el genial sonambulismo de una literatura generadora de sus propios contenidos, narcisista pero también transnarcisista, el mundo a través del yo, el yo a través del mundo, ni real ni irreal, básicamente ambiguo. Narcisismo paradójico como toda opción conducida hasta su límite, ya que de él arranca un apasionado interés por todo lo otro, que también es uno. En resolución. Umbral escritor puro: alguien que sabe que toda palabra es una alegoría y que lo que hay que procurar es que la alegoría sea de primera mano, «y el que no sepa que lo deje». Umbral periodista, como su maestro Ortega: ejercitado en el arte de entrar en materia desde las primeras palabras del discurso, sin esos introitos pelmazos de los eruditos que carecen de *feeling* para el lenguaje. Umbral satírico, desolado y lacónico, quiero decir, lacónicamente desolado: a uno le concierne ese tipo de lucidez entre taoísta y manchega, esa barra estructural que une conceptos antagónicos, ese talante inesperadamente chino, esa lucha permanente contra la estafa del tiempo. Umbral fragmentario y fragmentado, sintaxis de la postmodernidad. Umbral escritor maldito que pertenece a la Academia real.

Acotación final. La psiquiatría pregunta por qué los hombres se vuelven locos; a mi juicio, la verdadera cuestión es la inversa: ¿por qué los hombres «no» se vuelven locos? El camino más socorrido es la trivialidad, el seguimiento de las pautas colectivas de comportamiento, lejos de la línea de fuego. Caben respuestas más arriesgadas. Francisco Umbral ha decidido representar el papel de literato, pero con tanta intensidad que, en el límite, papel y vida se confunden ya.

SALVADOR PÁNIKER

Para leer a Umbral

Por debilidad y por amor en nuestro trato con la literatura, solemos aceptar categorías culturales que nos estorban para valorar a los escritores como tales: una es la de los géneros literarios, hoy habitualmente en clasificación tripartita de «novela», «poesía» y «teatro», dejando en el aire lo que no encaja en esas etiquetas de bibliotecarios y libreros. Y sin embargo, ya Walter Benjamín, hablando de Proust, estableció, como gran ley de la literatura del siglo XX, que cada obra, para ser válida, tendría que crear su propio género nuevo y, a la vez, dejarlo agotado y abolido.

Otro prejuicio es que la «literatura» debe estar movida por el empeño de ser «literatura profesional», tendida hacia la historia académica —aunque, paradójicamente, esto implique a menudo en nuestros días echar los pies por alto y hacerse el tonto, bajo la coartada de la «tradición» surrealista, eludiendo toda opinión moral—. Estos dos prejuicios —creo yo— estorban para el disfrute y valoración de la obra de Francisco Umbral, por más que no consigan quitarle su atracción y aun su provocación.

Por el primero de estos dos lados, nadie puede clasificar las diversas líneas de trabajo de Francisco Umbral: aunque en su mayor parte esté escrito para la prensa y hable de «lo que pasa en la calle», no cabe encasillar al autor como periodista. Y, sin embargo, él acepta, como punto de apoyo, los límites formales —quizá hoy más rígidos que nunca— del artículo periodístico: así, entre otros imperativos que el público ignora, el de la extensión determinada, incluso con los espacios contados. Recordemos, en cambio, las glosas de Eugenio D'Ors, maestro de Umbral, y mío, que se alargaban más o menos, o iban en prosa o en verso, según el humor del día, porque entonces la prensa trataba a la literatura con mucho respeto.

Pero esa limitación formal no es necesariamente un mal: «catorce versos dicen que es soneto» y también la poesía es, como dijo Nietzsche y como ignoran muchos poetas de hoy «bailar en cadenas». Francisco Umbral, en la mejor tradición creativa, acepta el molde para partir de él hacia su invención: cabe decir que ahí se basa su sentido musical, no sólo —y esto es esencial— en cuanto que su fraseo es sonoro, transcripción de voz hablada, sino por la estructuración de su desarrollo. La columna diaria de Umbral —se lo dije una vez— tiene algo de pequeña sonata, que partiendo de un tema dado parece perderse y enredarse con otro, para acabar rodando hacia el acorde final, en frasecita de cierre.

Pero la columna diaria no es más que una de las muchas formas de Umbral: también está el artículo semanal u ocasional, de tono y desarrollo cambiantes, según el contexto; o sus pseudonovelas, a veces como «variaciones Goldberg» sobre el motivo de su infancia y adolescencia, creando algo nuevo y necesario sobre el mismo fondo obsesivo; o los libros-crónica, o —quizá la línea que a mí me gusta más— los libros personales, como cuadernos de notas íntimas, de ocurrencias, al margen de toda servidumbre contextual...

No estoy tratando de sugerir dónde pongo a Francisco Umbral en mi escala de preferencias, porque ello podría molestar a otros, sino sólo de disipar prejuicios, para que cada cual le valore libremente. No olvidemos que el paso del tiempo a veces impone un juicio que los coetáneos de un escritor no supieron dar: ahí está Cervantes, que ni él mismo imaginó que sería un clásico, no por el Persiles, sino por esa patochada de *best-seller* que fue el Quijote, en opinión de los grandes de su tiempo.

Pero me queda apuntar lo más importante: hoy día, escribir puede parecer tarea estéril, y aun imposible, porque el escritor sabe demasiado, tiene plena conciencia lingüística, entiende de «significantes», se apoya en innumerables precedentes y tradiciones (se ha dicho que hoy «escribir es citar»). ¿Cómo cabe entonces publicar algo que interese realmente a los demás? Gracias a otra ironía superior que envuelve esa peligrosa ironía que hoy parece corroer toda literatura: una ironía más alta y más ancha, animada por un impulso moral que lleve incluso a una crítica de la realidad, con aspiración

irrenunciable a algo mejor. Y ése es el caso de Francisco Umbral.

JOSÉ MARÍA VALVERDE

Genial, amor, e insoportable

A un tipo así o lo quieres mucho o lo asesinas con placer. Hemos elegido la primera opción. El objetivo de Paco, en esta vida como en la otra, es agotarlo todo y agotarse en el empeño, incordiar lo más posible, dar la cara, sacudir la palmera, darle una patada al hormiguero, alumbrar y deslumbrar, hacer compatible al padre Llanos y a Pitita, a Marx, Ramoncín y la Coca Cola. Paco es un zumbado genial e insoportable. Nunca sabes cómo satisfacer su ego, su afán de llenar el tiempo, de trascenderlo, de aparecer por todas partes, de abroncar camareros, de perseguir doncellas.

Lamento tener que decirlo, pero Paco es un genio que ha escapado de la botella. Su oficio, además de escribir como Dios, consiste en pelearse con todo el mundo y en provocar. El insulto, el exabrupto, es en él la forma de transmitir un mensaje: Urgente, SOS, estoy necesitado de cariño. Paco siempre quiere más cariño, ése es su mensaje y su medio. Arde todos los días en la hoguera del hereje. Cuando trabajábamos en *El Norte de Castilla*, bajo la sombra protectora de Miguel, armó un buen taco, Paco, al escribir, levíticos años 50, que Brigitte Bardot era «un hermoso pecado mortal».

Nuestro Miguel le dio la primera lección de periodismo: «Mira, Paco, hay dos niveles, el periodístico y el literario». Luego, Paco lo ha revuelto todo en una tortilla paisana, muy española. Paco tiene, también, cierta habilidad para ser lo que no hay que ser en el momento en el que se debe ser. O sea, un dandy vestido por Pierre Cardin cuando lo que mola es ser comunista. Marxista cuando ya casi no se lleva, y así. Por los primeros 60 alguien le dijo que se dejara de esteticismos, que el escritor debía comprometerse. Paco le contestó: «Lo social soy yo y mi carnet de identidad».

Paco arrastra consigo toda la extenuadora batalla por ser, por vivir, por llegar, aunque no tenga muy claros cuáles son los límites. Se lo ha ganado a pulso, el muy cabrón. Es imposible seguirle. Su oxígeno es la escritura.

Paco es un torbellino de mailers, baudelaires, anabelenes, sartres, guillenes, larras, quevedos, lorcas o ramones. Paco se suicida todos los días en sus papeles. Nunca sabes cómo quedar a su altura, celoso, excitador de altas y bajas pasiones, animador, exasperador, inflamador, arrebatador, agitador, todo un «agit prop» de sí mismo, efervescente, tormentoso, frenetizador, entusiasmador, totalizador, exaltador, conmovedor, convulso, incalmable, enconador, jaleador, encalabrinador, enardecedor, irritador, soliviantador, estimulador, rezongador. Me santiguo como en los viejos tiempos del colegio y me pregunto temblando de miedo: «¿Le gustará a Paco este miserable articulito?». Paco, sabes de sobra que no doy para más. Lo mío son las guerras, amor.

MANU LEGUINECHE

La columna del monstruo

Ingrata tarea la del erudito. Porque acometer un estudio riguroso sobre la obra periodística de Francisco Umbral, gesta en la que uno anda, hace ya tiempo, es atravesar —a riesgo de perecer en el laberinto como un frustrado Teseo— un bosque gramático, una selva tipográfica en donde los artículos, crónicas, reportajes, entrevistas y demás géneros periodísticos cultivados por el autor se remiten unos a otros en un delirio sinfónico de treinta y cinco años de labor en prensa.

Por ello, había que trazar un mapa, encontrar el hilo de Ariadna que nos llevara hasta el corazón del monstruo, hasta el capitel de su columna. Acotado el campo de estudio —un imperativo de toda investigación académica— la tarea no perdió por ello sus dimensiones heraclitianas: miles de artículos componen su obra periodística; *El Norte de Castilla*, *Diario Proa*, *Diario de León*, *La Vanguardia*, *El País*, *Diario 16* y *El Mundo* son, hasta ahora, los periódicos en donde ha salpicado la tinta del autor. Así pues, elegido el camino a seguir, uno tenía, en un principio, las ideas claras. Hasta aquí la literatura. Hasta aquí el periodismo. Pero conforme se fue adentrando en tan arriesgado paisaje (acumulando cientos de fichas, fotocopias, microfilms, notas, etc.) uno fue descubriendo el engaño que latía bajo esa escritura excesiva, labrada de urgencia, de forma casi fisiológica, convulsiva: ¿dónde el periodismo, dónde la literatura?

El hibridismo, la fragmentación de los géneros y la autojustificación del texto, erguido en «escultura léxica» se dan la mano en esa tierra de nadie —entre el periodismo y la literatura— que es donde Umbral ha dejado caer su semilla creativa. Ahí su dificultad, ahí su riqueza. Dificultad y riqueza, que se vieron reflejadas en el curso de *El Escorial*, «Periodismo y Literatura en Francisco Umbral», organizado por la Universidad Complutense el pasado mes de julio. Allí, los ponentes debieron acercarse al laberinto umbraliano desde la diversidad de enfoques, desde la heterodoxia. «Obseso textual», «poeta de la ternura» o «cronista de la última historia española» fueron algunas de las fórmulas que se aplicaron al autor en un infructuoso intento definitorio: del fresco tártaro y dulce dibujado por José Hierro a la vivisección de la estética umbraliana que realizó Pere Gimferrer con su lúcido bisturí de ogro literario. Diversidad de acercamientos a una obra que, bajo el aparente eclecticismo y la feroz dispersión, esconde una arquitectura membrada y unitaria, un crisol de tinta calentado en el doble alambique de sus recursos más genuinos: el lirismo y la ironía.

«El día que se reúna toda la obra de Umbral, comprobaremos que es tan unitaria como la de Pla o D'Ors. La suya es una obra global que dura toda la vida. Umbral ha escrito siempre un solo libro: un cuadro de la España de nuestro tiempo que se situaría a la altura de Valle y Cela» (Gimferrer dixit). Palabras que reflejan y animan la sospecha de quien estas líneas suscribe; que el Umbral escritor y el Umbral periodista no son sino el espejismo que el autor nos impone para que no sospechemos. Es sabido que el monstruo es el anverso del héroe. Y él siempre disimula, finge.

Este «enlaberintamiento», como diría él —según su personal terminología—, nos lleva a adentrarnos en diferentes parcelas de la literatura, el periodismo y la lingüística. Así pues, una investigación seria a propósito de su obra —bien sus novelas, bien sus artículos— adolecería de visión si dejara al margen de la página el análisis de sus figuras retóricas: retruécanos, anfibologías, metáforas, léxico (sólo en *Trilogía de Madrid* se han contabilizado un total de 170 neologismos), mezcla de términos, adjetivación, etc, que nos hablan de un escritor obsesionado por el lenguaje en estado puro, por el trabajo sobre el lenguaje y la violación sistemática de la sintaxis en aras de la creación de un texto autónomo, autosuficiente en su propia estructura verbal y que consigue que el lector sienta eso que Roland Barthes definió como «el placer del texto». De ahí su aversión al adjetivo vanal, al tópico, a las palabras-baúl. Sólo así se entiende la distinción que el propio Umbral hace entre escribir y redactar.

Si los actuales Departamentos de Literatura de las Facultades de Ciencias de la Información tienen como línea prioritaria de estudio la obra periodística de los escritores es porque en ese terreno bífido se ha estado gestando algo que escapa a la teoría clásica de los géneros literarios. Algo se mueve. Y en ese espacio bicéfalo y transgresor, el estudio de la obra de Umbral —sea ésta del género que sea— nos depara a quienes ingenuamente acotamos fronteras o imponemos límites (una forma de taxidermia, de festín pobre y quirúrgico) el encuentro con el relieve jónico de una literatura cincelada en una columna de periódico. Un friso en el que ya se adivinan los rasgos inequívocos de una escritura destinada a permanecer.

Así pues, no podemos menos que disentir con el autor cuando en una de sus novelas más conocidas afirma: «he descubierto que el artículo es una brillante forma de fracasar». Lamento la disidencia.

Son los riesgos de quien estudia a un monstruo.

JUAN GRACIA ARMENDÁRIZ



ÁNGEL-ANTONIO HERRERA (1965). Lleva más de veinticinco años dedicado al periodismo escrito. También ejerce en radio y televisión. Ha publicado la novela “Cuando fui Claudia”, el diccionario de famosos “Esto no es Hollywood”, o el volumen de crónicas “Alta Suciedad”, entre otros títulos de diverso género. Es autor de los poemarios “El demonio de la analogía”, “En palacios de la culpa”, “Te debo el olvido”, “Donde las diabras bailan boleros” y “Los motivos del salvaje”. Dos antologías reúnen parte de su obra poética: “El sur del solitario” y “Arte de lejanías”.